3 1761 09546804 7

EDITORIAL-AMÉRICA

Director: R. BLANCO-FOMBONA

PUBLICACIONES:

I

Biblioteca Andrés Bello (literatura).

II

Biblioteca Ayacucho (historia).

III

Biblioteca de Ciencias políticas y sociales.

IV

Biblioteca de la Juventud hispanoamericana.

V

Biblioteca de obras varias.

De venta en todas las buenas librerías de España y América.

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29; teléf. 14-30.—Madrid.

MOTIVOS DE PROTEO

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

Obras publicadas (á 3,50 ptas. tomo).

I.—M. Gutiérrez Nájera: *Sus mejores poesías.*
II.—M. Díaz Rodríguez: *Sangre patricia.* (Novela) y *Cuentos de color.*
III.—José Martí: *Los Estados Unidos.*
IV.—J. E. Rodó: *Cinco ensayos.*
V.—F. García Godoy: *La literatura americana de nuestros días.*
VI.—Nicolás Heredia: *La sensibilidad en la poesía castellana.*
VII.—M. González Prada: *Páginas libres.*
VIII.—Tulio M. Cestero: *Hombres y piedras.*
IX.—Andrés Bello: *Historia de las Literaturas de Grecia y Roma.*
X.—Domingo F. Sarmiento: *Facundo.* (Civilización y barbarie en la República Argentina.)
XI.—R. Blanco-Fombona: *El Hombre de Oro* (Novela).
XII.—Rubén Darío: *Sus mejores Cuentos y sus mejores Cantos.*
XIII.—Carlos Arturo Torres: *Los Ídolos del Foro.* (Ensayo sobre las supersticiones políticas.)
XIV.—Pedro-Emilio Coll: *El Castillo de Elsinor.*
XV.—Julián del Casal: *Sus mejores poemas.*
XVI.—Armando Donoso: *La sombra de Goethe.*—4 pesetas.
XVII.—Alberto Ghiraldo: *Triunfos nuevos.*
XVIII.—Gonzalo Zaldumbide: *La evolución de Gabriel d'Annunzio.*
XIX.—José Rafael Pocaterra: *Vidas oscuras.* (Novela.) 4 pesetas.
XX.—Jesús Castellanos: *La Conjura.* (Novela.)
XXI.—Javier de Viana: *Guri y otras novelas.*
XXII.—Jean Paul (Juan Pablo Echagüe): *Teatro argentino.*
XXIII.—R. Blanco-Fombona: *El Hombre de Hierro.* (Novela.)
XXIV.—Luis María Jordán: *Los Atormentados.* (Novela.)
XXV.—Carlos Arturo Torres: *Estudios de crítica moderna.*—4 pesetas.
XXVI.—Salvador Díaz Mirón: *Lascas.* Precio: 2,75 pts.
XXVII.—Carlos Pereyra: *Bolívar y Washington.*—4,50 pesetas.
XXVIII.—Rafael M. Merchán: *Estudios Críticos.*
XXIX-XXX.—Bernardo G. Barros: *La caricatura contemporánea.*
XXXI-XXXII—José Enrique Rodó: *Motivos de Proteo.*

L3
R695mo

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

MOTIVOS DE PROTEO

TOMO II Y ÚLTIMO

152415
27/9/19

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 25

LXXX

Reformarse es vivir.—Aun fuera de los casos en que es menester levantar del fondo de uno mismo la personalidad verdadera, falseada por sortilegios del mundo; y aun fuera de aquellos otros en que un hado inconjurable se opone al paso de la vocación que se seguía, del propósito en que se hallaba norma, la tendencia á modificarse y renovarse es natural virtualidad del alma que realmente *vive;* y esta virtualidad se manifiesta así en el pensamiento como en la acción.

Cuanto más emancipado y fuerte un espíritu, cuanto más señor y dueño de sí, tanto más capaz de adaptar, por su libre iniciativa ó por participación consciente en la obra de la necesidad, la dirección de sus ideas y sus actos, según los cambios de tiempo, de lugar, de condiciones circunstantes; según su propio desenvolvimiento interior y el resultado de su deliberación y su experiencia. Y cuanto más pujante y fervorosa la vida, tanto más intenso el anhelo de renovarla

y ensancharla. Sólo con la regresión y el empobrecimiento vital empiezan la desconfianza de lo nuevo y el temor á romper la autoridad de la costumbre. Quien en su existencia no se siente estimulado á avanzar, quien no avanza, retrocede. No hay estación posible en la corriente cuyo curso debemos remontar, dominando las rápidas ondas; ó el impulso propio nos saca adelante, ó la corriente nos lleva hacia atrás. El batelero de Virgilio es cada uno de nosotros; las aguas sobre que boga son las fuerzas que gobiernan el mundo.

Pero esta renovación continua precisa armonizarse, como todo movimiento que haya de tener finalidad y eficacia, con el principio soberano del orden; nuestro deseo de cambio y novedad ha de someterse, como todo deseo que no concluya en fuego fatuo, á la razón, que lo defina y oriente, y á la energía voluntaria, que lo guíe á su adecuada realización. No siempre una inaplacable inquietud, como signo revelador de un carácter, es manifestación de exuberancia y de fuerza. La disconformidad respecto de las condiciones de lo actual, la aspiración á cosa nueva ó mejor, cuando no estén determinados racionalmente y no se traduzcan en acción resuelta y constante, serán fiebre que devora y no calor que infunde vida: el desasosiego estéril es, tanto como la quietud soporosa, una dolencia de la voluntad.

Repara, pues, en que hay dos modos contrarios de ceder á la indefinida sustitución de los deseos. Es el uno propio de espíritus hastiados antes del goce, fatigados antes de la acción; incapaces de hallar su ambiente en ninguna forma de la actividad y ningún empleo de la vida, porque á ninguno han de aplicarse con sinceridad y aliento; espíritus que son como vanas y volanderas semillas, que, á la merced del aire, caen cien veces en tierra y otras tantas veces se levantan, hasta trocarse, disueltas, en polvo del camino. En ellos, la ansiedad perpetua del cambio no es más que la señal de un mal interior. Se trata entonces de la desazón del calenturiento, de la incapacidad del enervado, de la imperseverancia del que se agita y consume entre las representaciones contradictorias de la duda. Pero hay también el anhelo de renovación que es signo de vida, de salud, impulso de adelanto, sostenido por la constancia de la acción enérgica, rítmica y fecunda, que, por lo mismo que triunfa y se realza al fin de cada aplicación parcial, no se satisface ni apacigua con ella; antes la mira sólo como un peldaño que ha de dejar atrás en su ascensión, y mide la grandeza del triunfo, no tanto por la magnitud del bien que él le franquea, cuanto por la proporción que le ofrece de aspirar á mayor bien.

Si comparas la angustiada inquietud de los primeros con la agitación del enfermo que bus-

ca ansiosamente una postura que alivie su dolor, y no la encuentra á pesar de sus esfuerzos desesperados y tenaces, reconocerás la imagen del alma á quien la virtud de su firme voluntad renueva, en el viajero que sube una pendiente, un fresco día de otoño; por acicate, la brisa tónica y fragante; y cada vez que pone el pie en el suelo, con el sentimiento de placer que nace del libre despliegue de nuestras energías, de la elasticidad de los músculos vigorosos y del ímpetu de la sangre encendida en las puras ondas del aire, experimenta el redoblado deseo de subir, de subir más, hasta enseñorearse de la cumbre que levanta, allá lejos, su frente luminosa.

Detestan enfermo y viajero la quietud; sienten ambos la necesidad de modificar, á cada instante, la posición de su cuerpo; de sustituir cada uno de sus movimientos por otro; pero mientras los del enfermo se suceden desordenados, inconexos, y disipan su fuerza en fatiga dolorosa é inútil, ordenados y fáciles los del viajero, son la expresión de una energía que sostiene su actividad sin atormentarse y contenta al deseo sin extinguirlo.

LXXXI

Frecuente es en el vulgo de los caracteres esa misma condición del cambio desconcertado y

baldío, que diferenciamos de la plasticidad del carácter superior; pero no manifestándose ya con angustia y pena y por enfermedad del ánimo, como en el caso del febricitante, sino de modo fácil y espontáneo y por natural deficiencia de personalidad. Si distinta del movimiento que lleva adelante á quien lo ejecuta es la agitación que engendra en el alma enferma la fiebre, no lo son menos la inconstancia é instabilidad de aquel que, no teniendo constituído un carácter propio, se refunde, dócil y variabilísimamente, en deseos, propósitos y gustos, al tenor de las sugestiones de cada tiempo y lugar, sin saber oponerles fuerza alguna de resistencia ni reacción. El carácter así indeterminado y flotante recorre con celeridad pasmosa todo el círculo de la vida moral; pasa por sobre términos de transición que á los demás exigirían laborioso esfuerzo; responde indistintamente á los más varios motivos; pero esta disposición para el cambio instantáneo, sin afán y sin lucha, lejos de ser favorable, es esencialmente opuesta á la aptitud de las modificaciones medidas y orientadas, en que consiste la superioridad del carácter capaz de orgánico desenvolvimiento. Ni la iniciativa propia, ni la moción y ejemplo de otros, tendrán poder de suscitar en el alma privada de cierta energía retentiva de su sér personal, una dirección de conducta que no esté expuesta á fracasar y ser sustituída, sin razón ni ventaja,

con el más mínimo trueque de influencias. El cambio consciente y ordenado implica, pues, fuerza y constancia de personalidad, con que ésta se habilite para esculpirse y retocarse á sí misma. Las construcciones de la educación han menester de un cimiento personal, sin cuyo apoyo equivaldrán á edificar sobre las olas. Echar las bases de una personalidad, si ella no está aún firmemente instituída, es paso previo á la obra de removerla y reformarla.

LXXXII

El más alto, perfecto y típico ejemplar de vida progresiva, gobernada por un principio de constante renovación y de aprendizaje infatigable, que nos ofrezca, en lo moderno, la historia natural de los espíritus, es, sin duda, el de Goethe. Ninguna alma más cambiante que aquella, vasta como el mar y como él libérrima é incoercible; ninguna más rica en formas múltiples; pero esta perpetua inquietud y diversidad, lejos de ser movimiento vano, dispersión estéril, son el hercúleo trabajo de engrandecimiento y perfección, de una naturaleza dotada, en mayor grado que otra alguna, de la aptitud del cultivo propio; son obra viva en la empresa de erigir lo

que él llamaba, con majestuosa imagen, *la pirámide de su existencia.*

Retocar los lineamientos de su personalidad, á la manera del descontentadizo pintor que nunca logra estar en paz con su tela; ganar á cada paso del tiempo, en extensión, en intensidad, en fuerza, en armonía; y para esto, vencer cotidianamente un límite más; verificar una nueva alèccionadora experiencia; participar, ya por directa impresión, ya por simpatía humana, de un sentimiento ignorado; penetrar una idea desconocida ó enigmática, comprender un carácter divergente del propio; tal es la norma de esta vida, que sube en espiral gigantesca, hasta circunscribir el más amplio y espléndido horizonte que hayan dominado jamás ojos humanos. Por eso, tanto como la inacción que paraliza y enerva, odia la monotonía, la uniformidad, la repetición de sí mismo, que son el modo como la inercia se disfraza de acción. Para su grande espíritu es alto dón del hombre la inconsecuencia, porque habla de la inconsecuencia del que se mejora; y no importan las contradicciones flaqueza, si son las contradicciones del que se depura y rectifica.

Todo en él contribuye á un proceso de renovoción incesante: inteligencia, sentimiento, voluntad. Su afán infinito de saber, difundido por cuanto abarcan la Naturaleza y el espíritu, aporta sin descanso nuevos combustibles á la

hoguera devoradora de su pensamiento; y cada forma de arte, cada manera de ciencia, en que pone la mano, le brindan, como en arras de sus amores, una original hermosura, una insospechada verdad. Incapaz de contenerse en los límites de un sistema ó una escuela; reacio á toda disciplina que trabe el arranque espontáneo y sincero de su reflexión, su filosofía es como la luz de cada aurora, cosa nueva, porque nace, no de un formalismo lógico, sino del vivo y fundente seno de un alma. Cuanto trae hasta él, al través del espacio y el tiempo, el eco de una grande aspiración humana, un credo de fe, un sueño de heroísmo ó de belleza, es imán de su interés y simpatía. Y á este carácter dinámico de su pensamiento corresponde idéntico atributo en su sensibilidad. Se lanza, ávido de combates y deleites, á la realidad del mundo; quiere apurar la experiencia de su corazón hasta agotar la copa de la vida; perennemente ama, perennemente anhela; pero cuida de remover sus deseos y pasiones de modo que no le posean sino hasta el instante en que pueden cooperar á la obra de su perfeccionamiento. No fué más siervo de un afecto inmutable que de una idea exclusiva. Agotada en su alma la fuerza vivificadora, ó la balsámica virtud de una pasión; reducida ésta á impulso de inercia ó á dejo ingrato y malsano, se apresura á reivindicar su libertad; y perpetuando en forma de arte el recuerdo

de lo que sintió, acude, por espontáneo arranque de la vida, al reclamo del amor nuevo. Sobre toda esta efervescencia de su mundo interior, se cierne, siempre emancipada y potente, la fuerza indomable de su voluntad. Se dilata y renueva y reproduce en la acción, no menos que en las ideas y en los afectos. Su esperanza es como el natural resplandor de su energía. Nunca el amargo sabor de la derrota es para él sino el estímulo de nuevas luchas; ni la salud perdida, la dicha malograda, la gloria que palidece y flaquea, se resisten largamente á las reacciones de su voluntad heroica. Tomado á brazo partido con el tiempo para forzarle á dar capacidad á cuantos propósitos acumula y concierta, multiplica los años con el coeficiente de su actividad sobrehumana. No hay en su vida sol que ilumine la imitación maquinal, el desfallecido reflejo de lo que alumbraron los otros. Cada día es un renuevo de originalidad para él. Cada día, distinto; cada día, más amplio; cada día, mejor; cada uno de ellos, consagrado, como un Sísifo de su propia persona, á levantar *otro Goethe* de las profundidades de su alma, nunca cesa de atormentarle el pensamiento de que dejará la concepción de su destino incompleta; ambicionaría mirar por los ojos de todos, reproducir en su interior la infinita complejidad del drama humano, identificarse con cuanto tiene sér, sumergirse en las mismas fuentes de la vida....

Llega así al pináculo de su ancianidad gloriosa, aún más capaz y abierta que sus verdes años, y expira pidiendo *más luz*, y este anhelo sublime es como el sello estampado en su existencia y su genio, porque traduce á la vez el ansia de saber en que perseveró su espíritu insaciable, y la necesidad de expansión que acicateó su vitalidad inmensa.

LXXXIII

Tal es el anhelo de renovarse cuando lo mueve y orienta un propósito de educación humana y cuando se sanciona y realiza por la eficacia de la acción. Si la finalidad y el orden que la finalidad impone, faltan; si la realización activa falta también, quédase aquel deseo en el prurito de transformación intelectual característico del *dilettante*. El *dilettantismo* no es sino el anhelo indefinido de renovación, privado de una idea que lo encauce y gobierne y defraudado por la parálisis de la voluntad, que lo retiene en los límites de la actitud contemplativa.

De lo que el impulso de renovación encierra virtualmente de fecundo y hermoso, nacen todas las superioridades y prestigios que en el espíritu del *dilettante* concurren y que le redimen,

para la contemplación y la crítica, de aquello que su filosofía entraña de funesto si se la toma como concepción de la vida y escuela de entendimiento práctico. El dón de universal simpatía; el interés por toda cosa que vive, en la realidad ó en pensamiento de hombre; la *curiosidad* solícita; la comprensión penetrante y vivaz; la nostalgia de cuanto aún permanece ignorado; la aversión por las eliminaciones y proscripciones absolutas; tales son los puntos de contacto entre el *dilettante* y el temperamento de veras amplio y perfectible. Y por esta su parte de virtudes, el *dilettantismo* nos representa hoy en lo mejor que de característico nos queda, y es, en algún modo, la forma natural de los espíritus contemporáneos, como fueron la intolerancia y la pasión la forma natural de los espíritus en las épocas enterizas y heroicas.

El fondo múltiple, que es propio de la humana naturaleza, lo es en nuestro tiempo con más intensidad que nunca. De las vertientes del pasado vienen, más que en ninguna ocasión vinieron, distintas corrientes sobre nosotros, posteridad de abuelos enemigos que no han cesado de darse guerra en nuestra sangre; almas de esparcidísimos orígenes, en las que se congrega el genio de muchos pueblos, el jugo de muchas tierras, la pertinaz esencia de diferentes civilizaciones. Y aún más compleja y contradictoria que la personalidad que recibimos en esbozo de la

Naturaleza, es, en nosotros, la parte de personalidad adquirida; aquella que se agrega á la otra, y la complementa é integra por la acción del medio en que la vida pasa. Cada una de esas grandes fuerzas de sugestión, de esas grandes asociaciones de ejemplos, de sentimientos, de ideas, en que se reparte la total influencia del ambiente donde están sumergidas nuestras almas: la sociedad con que vivimos inmediatamente en relación, los libros que remueven el curso de nuestro pensamiento, la profesión en que se encauza nuestra actividad, la comunión de ideas bajo cuyas banderas militamos; cada una de estas sugestiones es una energía que á menudo obra divergentemente de las otras. Este inmenso organismo moral que del mundo, para nuestros abuelos dividido en almas nacionales, como en islas el archipiélago, han hecho la comunicación constante y fácil, el intercambio de ideas, la tolerancia religiosa, la curiosidad cosmopolita, el hilo del telégrafo, la nave de vapor, nos envuelve en una red de solicitaciones continuas y cambiantes. Del tiempo muerto, de la Humanidad que ya no es, no sólo vienen á nosotros muchas y muy diversas influencias por la complexidad de nuestro origen étnico, sino que el número é intensidad de estas influencias se multiplican á favor de ese maravilloso sentido de simpatía histórica, de esa segunda vista del pasado, que ha sido, en los últimos cien

años, uno de los más interesantes caracteres, y una iluminación cuasi profética, de la actividad espiritual. Ninguna edad como la nuestra ha comprendido el alma de las civilizaciones que pasaron y la ha evocado á nueva vida, valiéndose de la taumaturgia de la imaginación y el sentimiento; y por este medio también, el pasado es para nosotros un magnetizador capaz de imponernos sugestiones hondas y tenaces, no limitadas ya, como cuando el entusiasmo histórico del Renacimiento, al legado y el genio de una sola civilización, sino procedentes de dondequiera que la Humanidad ha perseguido un objetivo ideal y volcado en troquel nuevo y enérgico su espíritu. La anulación de las diferencias sociales suscita, para las aspiraciones de cada uno, vías divergentes y contrapuestos *llamados* que se lo disputan, en vez del camino raso é invariable prescripto antes por la fatalidad de la condición social y del ejemplo paterno. Tan poderosos motivos de diversidad y competencia interior, entrecruzándose, multiplicándose en virtud de la imitación recíproca, que adquiere eficacísimo instrumento con la prodigiosa difusión del pensamiento escrito, ó si decimos mejor: del *álma escrita* (porque lo que se transmite en las letras es también, y con superior dominio, sensibilidad y voluntad); tan poderosos motivos, hacen de nuestro desenvolvimiento personal una perenne elección entre propuestas in-

finitas. Alma musical es la nuestra; alma forjada como de la substancia de la música; vaga, cambiante é incoercible; y á ello se debe que esa arte sin vestidura carnal sea la que, mejor que otra alguna, nos resume y expresa; al modo como la firme precisión y la olímpica serenidad de la estatua son la imagen fiel de la actitud de permanencia y sosiego con que nos figuramos, por su menor ó menos inarmónica complejidad, el alma de las razas antiguas.

LXXXIV

Hay, pues, en el *dilettantismo* un fondo que concuerda con la virtualidad más espontánea y noble del espíritu de nuestra civilización. Pero el *dilettante*, que tiene infinitamente activas la inteligencia, la sensibilidad artística y la fantasía, tiene inactiva y yerta la voluntad; y éste es el abismo que lo separa de aquel superior linaje de temperamentos que hemos personificado en la grande alma de Goethe. La incapacidad de querer del *dilettante*, su radical ineptitud para la obra de formar y dirigir la personalidad propia, reducen el movimiento interior de su conciencia á un espectáculo en que ella se ofrece á sí misma como inagotable panorama. Bás-

tale con la renovación y movilidad que tienen su término en las representaciones de la fantasía; bástale con la sombra y la apariencia. Así todo es digno de contemplación para él; nada lo es de anhelo real, de voluntad afirmativa; todo merece el esfuerzo de la mente puesta á comprender ó imaginar; nada el esfuerzo de la voluntad aplicada á obra viva y concreta. No cuida el *dilettante* del desenvolvimiento de su personalidad, porque ha renunciado á ella de antemano: desmenuza y dispersa su *yo* en el ámbito del mundo; se impersonaliza, y gusta la voluptuosidad que procede de esta liberación respecto de su sér individual; liberación por cuya virtud llega á hacer del propio espíritu una potencia ilimitada, capaz de modelarse transitoriamente según toda personalidad y toda forma. No aspira su razón á una certidumbre, porque, aun cuando reconociera medio de hallarla, se atendría al desfile pintoresco de las conjeturas posibles. No acata un imperativo su conciencia, porque es el instinto del buen gusto la sola brújula de su nave indolente.

En el espíritu activo al par que amplio y educable, el movimiento de renovación es, por lo contrario, obra real y fecunda, limitada y regida mediante las reacciones de una voluntad que lleva por norma la integración de un carácter personal. Mientras, en el *dilettante*, las impresiones, los sentimientos, las doctrinas, á que, con

indistinto amor, franquea su conciencia, se suceden en vagabundo capricho, y pasan como las ondas sobre el agua; aquel que se renueva de verdad *escoge* y *recoge*, en la extensión por donde activamente se difunde: *cosecha*, para el fondo real de su carácter, para el acervo de sus ideas; relaciona lo que disperso halló, triunfa de disonancias y contradicciones transitorias, y ordena, dentro de la unidad de su alma, como por círculos concéntricos, sus adquisiciones sucesivas, engrandeciendo de esta suerte el campo de su personalidad, cuyo centro, la voluntad que mantiene viva la acción y la dirige, persiste y queda siempre en su punto, como uno permanece el común centro de los círculos, aun cuando se les reproduzca y dilate infinitamente. En tanto que, en la contemplación inmóvil de sus sueños, se anula Hamlet para la realidad de la vida, el alma de Fausto, como el espíritu que su magia evoca, *en la tempestad de la acción se renueva; es un torbellino; sube y baja.* No envenena y marchita el alma de este temple las raíces de la voluntad con los sofismas del renunciamiento perezoso: no teme conocer la realidad de lo soñado, ni probar la pena del esfuerzo, ni adelanta y da por cierta la saciedad; sino que, mientras permanece en el mundo, aspira y lucha; y de las sugestiones del desencanto y el hastío, adquiere luz con que emprender nuevos combates. Realiza la concordia y armonía entre el

pensamiento y la acción, sin que la amplitud generosa del uno dañe á la seguridad y eficacia de la otra, ni el fervor de la energía voluntaria se oponga á la expansión anhelante del espíritu. Y realiza también la conciliación de las mudanzas y sustituciones propias del que se mejora, con la persistencia de la integridad individual. Lejos de descaracterizarse en el continuo cambio de las influencias, no amengua, sino que acrece, su originalidad cada día, porque cada día es en mayor proporción artífice y maestro de sí mismo. No degenera su poder de simpatía en negación de su persona; no se desvanece y absorbe en cada objeto, para despertar de este como sueño, en que el *dilettante* se complace, reducido á una pura virtualidad, devuelto á una fluidez indiferente é informe, apto sólo para otras personificaciones flicticias y otros sueños; sino que se sumerge en el nuevo objeto de amor para resurgir de él transfigurado, dilatado, dueño de nuevos aspectos y potencias, y con todo, más personal y más constante que nunca, como quien saliera de un mirífico baño de energía, inteligencia y juventud.

Remedo es el *dilettantismo*, y desorden; orden y realidad, la vida activa y perfectible. Así como antes discernimos la positiva renovación de la personalidad, del equilibrio instable en que vive aquel que de personalidad carece, y de la inquietud angustiada y estéril del calen-

turiento, sepamos discernirla también de la vana y tentadora ilusión del *dilettante*.

LXXXV

Aún hay otro falso modo de flexibilidad de espíritu, que importa separar de aquella que de veras renueva y enriquece los elementos de la vida moral; y es el que consiste en la aptitud del cambio activo, pero puramente exterior y habilidoso; ordenado á cierto designio y finalidad, pero no á los de una superior cultura de uno mismo; suficiente para recorrer, en movimiento serpeante, las condiciones y los círculos más opuestos, ganando en destreza y ciencia práctica, pero no en la ciencia austera del perfeccionamiento interior, ni con moción honda de la personalidad; aptitud histriónica, que ninguna relación íntima tiene con la noble y rara facultad en que se funda el carácter altamente educable; aunque no pocas veces logre la una ennoblecer su calidad, ante los ojos del mundo, con el simulacro y prestigio de la otra.

El talento de acción, rico en diversidad de formas y matices; la inteligencia rápida y aguda; la intuición infalible de las conveniencias de cada papel; el hechizo de una superficial vir-

tud de simpatía; la plasticidad, como de cera, de los distintos medios de expresión, en semblante, modos y palabra: tales son los elementos con que se compone este tipo acomodaticio y flexible, leve y sinuoso, capaz de amoldarse á toda situación, de identificarse con toda sociedad, de improvisar ó suplir toda costumbre; apto para las transiciones más variadas y súbitas, no con la obediente pasividad del sugestionado y el *amorfo*, sino por su libre y sagaz iniciativa; tipo que es al trabajador sincero de la propia personalidad lo que al Hermes helénico, dueño de mil mañas y recaudos, pero en sentido religioso y sublime, su avatar, el Mercurio latinizado, astuto y utilitarista... El legendario abuelo de esta causa de almas es Panurgo; su personificación plebeya y andariega se llama Gil Blas; y Fígaro, si se la enfervoriza con cierta nota de poesía y entusiasmo.

Pero en la realidad de la Historia, y levantándose á mucha más alta esfera de selección y de elegancia, tiene un nombre inmortal: el nombre de Alcibíades.

La gracia del *proteísmo* simulado y hábil fué, en este griego, como una alegre invención de la Naturaleza. Nadie más olímpicamente inmutable en su realidad de vivo mármol jovial. Nadie de alma más ajena á esos impulsos de rectificación y reforma de uno mismo, que nacen de la sinceridad del pensamiento y de la comunica-

ción de simpatía con sentimientos de los otros. Nadie, en lo esencial, más impenetrable á toda influencia desvinculada de aquel ambiente que era como una dilatación de su espíritu: el ambiente de Atenas. Pero Alcibíades, uno en el fondo de su natural ligero y elegante, es legión en la apariencia artificiosa y el remedo feliz. Se despoja á voluntad de todo aquello que lo transparenta y acusa; y allí donde está toma al punto la máscara típica de la raza, ó de la escuela, ó del gremio; de suerte que logra ser hombre representativo entre todos; y si, en Esparta, no hay quien le aventaje en el vivir austero y el temple militar, nadie le supera, en la Tracia, como bebedor y jinete; ni en las satrapías asiáticas por el esplendor y pompa de la vida. Si se le observa en el estrado de Aspasia, es el libertino de Atenas; si cuando asiste á las lecciones de Sócrates: es el dialoguista de *El Convite;* si en Potidea y en Delium: es el hoplita heroico; si en el estadio de Olimpia: es el atleta vencedor. Toma cien formas, usa cien antifaces, arregla de cien modos distintos su aspecto y sus acciones; pero nada de esto alcanza á lo íntimo, al corazón, á la conciencia; en nada se ha modificado al través de tantos cambios lo que hay de real y vivo en su personalidad. Él es siempre Alcibíades, cómico en la escena del mundo, Proteo de parodia, cifra de esa condición sinuosa y falaz del genio griego, que personifica, en la

epopeya, Ulises, y por la cual Taine reconoce á este divino tramposo de la edad heroica en el argumentar de los sofistas y en las artes del *greculus* refinado y artero, parásito de las casas romanas.

. . . . . .

LXXXVI

La práctica de la idea de nuestra renovación tiene un precepto máximo: el viajar. Reformarse es vivir. Viajar es reformarse.

Contra las tendencias primitivas é inferiores de la imitación, que consiste en la obediencia maquinal al ejemplo de lo aproximado, y semejante á la naturaleza del imitador, de donde toma su primer impulso esa otra imitación de uno mismo que llamamos *hábito*, no hay energía tan eficaz como la imitación que obra en sentido nuevo y divergente de la herencia, de la costumbre y de la autoridad del temor ó el efecto. Fuerza servil si se la compara con la invención y con la soberana espontaneidad de la conciencia, que son superioridades á las que no se llega de inmediato desde la imitación rutinaria, y que no cabe extender nunca á todos los pensamientos y actos de la vida, la sugestión de lo

ajeno y apartado es fuerza libertadora en cuanto nos realza sobre la estrecha sociabilidad que circunscriben la familia y la patria; y además comienza á hacer flexible y ágil el espíritu, y ejercita los bríos de la voluntad, para acercarnos á esa completa emancipación del sér propio, que constituye el término ideal de una existencia progresivamente llevada.

Hay en la personalidad de cada uno de nosotros una parte difusa, que radica en las cosas que ordinariamente nos rodean: en las cosas que forman como el molde á que, desde el nacer, nos adaptamos. Trocar por otro este complemento, mudando el lugar en que se vive, es propender á modificar, en mayor ó menor grado, por una relación necesaria, lo esencial y característico de la personalidad. Toda la muchedumbre de imágenes que se ordenan y sintetizan en la grande imagen de la patria: el cielo, el aire, la luz, los tintes y formas de la tierra, las líneas de los edificios, los ruidos del campo ó de la calle, la fisonomía de las personas, el són de las voces conocidas: todo ese armónico conjunto, no está fuera de ti, sino que hace parte de ti mismo, y te imprime su sello, y se refleja en cada uno de tus actos y palabras: es, cuando más objetivamente se lo considere, una aureola ó penumbra de tu *yo*. Y de esas cosas familiares que el sentir material te pone delante á toda hora, válense el hábito, la tradición, el alma

anónima que brota del concierto de una sociedad humana, para uncirte á ciertas maneras de pensar, á ciertas automáticas uniformidades, á ciertas idolatrías, á ciertas obsesiones. Alejadas de tus sentidos aquellas cosas materiales, las fuerzas cautivadoras que se valen de ellas, pierden gran parte de su influjo; y aunque persistan los lazos que responden á inclinaciones perdurables y sagradas de la Naturaleza, aquellos otros, más endebles, que sólo nacen de hosquedad, preocupación ó prejuicio, se rompen y desvanecen, á modo de los hilos de una vasta telaraña, dentro de la cual permanecía impedida, como la mosca prisionera, tu libertad de juzgar y de hacer. La expatriación de los viajes es, por eso, antídoto supremo del pensamiento rutinario, de la pasión fanática, y de toda suerte de rigidez y obcecación. Y aún puede más; y á menudo ejerce, para vencer mayores extravíos morales, si ellos arraigan en la ocasión constante y la costumbre, una inmediata virtud regeneradora; como en el orden físico, alcanza á contener en su desenvolvimiento males inveterados, que se afirmarían para siempre sin un cambio en el método de vida y en influencias circunstantes. El prófugo que deja atrás el teatro de su tentación y de su oprobio, presencia el espectáculo del trabajo remunerador, toma la esteva del arado, y es el colono que exprime en paz el suelo fecundo. Un ambiente impregnado de sen-

sualidad prepara, ya desde las entrañas de la madre, el alma de la cortesana; la permanencia en él la lleva á su fatal florecimiento; la novedad del desierto la redime: tal es la historia de Manon.

En lo que siente quien de luengas tierras vuelve á la propia, suelen mezclarse á la impresión de desconocimiento de las cosas con que fué íntimo y que ve de otra manera que antes, cierto desconocimiento de su misma personalidad del pasado, que allí, en el mundo donde la formó, resurge en su memoria y se proyecta ante sus ojos, como si fuese la figura de un extraño. Aquel cuento de los tratados de San Ambrosio, del amante que, para dar al olvido su pasión, busca la ausencia, y peregrina largo tiempo hasta que, al volver, es requerido por su antigua enamorada, que le dice: *Reconóceme; soy yo, soy yo misma;* á lo que arguye él: *Pero yo ya no soy yo,* presta vivos colores á una verdad psicológica que aparece más patente hoy que sabemos cuánto hay de relativo y de precario en la unidad de la persona humana; verdad la de la respuesta que confirma, entre tantos otros, Sully, en su admirable estudio de las «Ilusiones de la sensación y del espíritu», mostrando cómo un cambio considerable y violento de las circunstancias exteriores no solamente tiende á determinar modificaciones profundas en nuestros sentimientos é ideas, sino que llega

á conmover y escindir, aunque sea sólo parcialmente, la noción de nuestra continuidad personal.

LXXXVII

Para burlar la sugestión del ambiente en que se vive y reivindicar la libertad interior, apartándose de él, hay dos modos de apartamiento: los viajes y la soledad. En rigor, los dos son necesarios; y una vida bien ordenada á los fines de su renovación perseverante y eficaz, sabrá conceder lugar dentro de sí á períodos de incomunicación respecto de la sociedad que sea habitualmente la suya, distribuyéndolos con sabiduría entre el recurso de la soledad y el de los viajes.

La soledad es escudo diamantino, sueño reparador, bálsamo inefable, en ciertas situaciones de alma y por determinado espacio de tiempo. Pero como medio único y constante de asegurar la plenitud de la personalidad contra las opresiones y falacias del mundo, marra la soledad, porque le faltan: un instrumento eficacísimo conque desenvolver el contenido de nuestra conciencia: la acción, y una preciosa alianza á quien fiar lo que no logre consumar de su

obra: la simpatía. Sólo el sacudimiento de la acción es apto para traer á la superficie del alma todo lo que en el fondo de ésta hay posado é inerte; y sólo el estímulo de la simpatía alcanza á corroborar y sostener nuestra reacción espontánea hasta el punto que se requiere para emanciparse firmemente de los vínculos de la preocupación y la costumbre. La soledad continua ampara y fomenta conceptos engañosos, no sólo en cuanto á la realidad exterior, de cuya percepción nos aparta, sino también en cuanto á nosotros mismos, sugiriéndonos quizás, sobre nuestro propio sér y nuestras fuerzas, figuraciones que luego, al más leve tropiezo con la realidad, han de trocarse en polvo, porque no se las valoró en las tablas de la comparación con los demás, ni se las puso á prueba en las piedras de toque de la tentación y de la lucha.

EL MONJE TEÓTIMO

Acaso nunca ha habido anacoreta que viviese en tan desapacible retiro como Teótimo, monje penitente, en alturas más propias que de penitentes, de águilas. Tras de placer y gloria, gustó lo amargo del mundo; debió su conversión al dolor; buscó un refugio, bien alto, sobre la

vana agitación de los hombres, y le eligió donde la montaña era más dura, donde la roca era más árida, donde la soledad era más triste. Cumbres escuetas, de un ferruginoso color, cerraban en reducido espacio el horizonte. El suelo era como una gigantesca espalda desnuda: ni árboles, ni aun rastreras matas en él. A largos trechos se abría en un resalte de la roca una concavidad que semejaba negra herida, y en una de ellas halló Teótimo su amparo. Todo era inmóvil y muerto en la extensión visible, á no ser un torrente que precipitaba su escaso raudal por cauce estrecho, fingiendo llantos de la roca, y las águilas que solían cruzarse entre las cimas. En esta espantosa soledad clavó Teótimo su alma, como el jirón de una bandera destrozada en lides del mundo, para que el viento de Dios la limpiase de la sangre y el cieno. Bien pronto, casi sin luchas de tentación y sin nostálgicas memorias, la gracia vino á él, como el sueño al cuerpo vencido del cansancio. Logró la entera sumersión del pecho en el amor de Dios; y al paso que este amor crecía, un sentimiento intenso, lúcido, de la pequeñez humana, se concretaba dentro de él, en este diamante de la gracia: la más rendida y congojosa humildad. De las cien máscaras del pecado tomó en mayor aborrecimiento á la soberbia, que, por ser primera en el tiempo que las otras, antes que máscara del pecado le pareció su sem-

blante natural. Y sobre la roca yerma y desolada, frente al adusto silencio de las cumbres, Teótimo vivió sin otros pensamientos que el de la única grandeza velada allá tras la celeste bóveda que sólo en reducida parte veía, y el de su propia pequeñez é indignidad.

Pasaron años de esta suerte; largos años durante los cuales la conciencia de Teótimo sólo reflejó de su alma imágenes de abatimiento y penitencia. Si acaso alguna duda de la constancia de su piedad humilde le amargaba, ella nacía del extremo de su misma humildad. Fué condición que Teótimo había puesto en su voto ir, una vez que pasase determinado tiempo de retiro, á visitar la tumba de sus padres y volver luego, para siempre, al desierto. Cumplido el plazo, tomó el camino del más cercano valle. La montaña perdía, en lo tendido de su falda, parte de su aridez, y algunas matas, rezagadas de vegetación más copiosa, interrumpían lo desnudo del suelo. Teótimo se sentó á descansar junto á una de ellas. ¿Cuántos años hacía que no posaba los ojos en una flor, en una rama, en nada de lo que compone el manto alegre y undoso colgado de los hombros del mundo?... Miró á sus pies y vió una blanca florecilla que nacía de un tallo acamado sobre el césped; trémula y como medrosa, con el soplo del aura. Era de una gracia suave, tímida, sin hermosura, sin aroma... Teótimo, que reparó en ella sin querer-

lo, se puso á contemplarla con tranquilo deleite. Mientras notaba la sencilla armonía de sus hojuelas blancas, el ritmo de sus movimientos, la gracia de su debilidad, una idea súbita nació de la contemplación de Teótimo. ¡También cuidaba el cielo de aquella tierna florecilla; también á ella destinaba un rayo de su amor, de su complacencia en la obra que vió buena!... Y esta idea no era en él grata, afectuosa, dulcemente conmovida, como acaso la tuvimos nosotros. Era amarga, y promovía dentro de su pecho como una hesitante rebelión. Sobre la roca yerma y desolada nunca había nublado su humildad el pensamiento que ahora le inquietaba. ¿Todo el amor de Dios no era entonces para el alma del hombre? ¿El mundo no era el yermo sobre el cual, única flor, flor de espinoso cardo, el alma humana se entreabría, sabedora de no merecer la luz del cielo, pero sola en gozar del beneficio de esta luz? Vano fué que luchara por quitar los ojos del alma de este obstinado pensamiento, porque él volvía á presentársele cual si lo empujase á la claridad de la conciencia de Teótimo una tenaz persecución. Y tras él sentía el eremita venir de lo hondo de su sér un rugido cada vez más cercano... un rugido cada vez más siniestro... un rugido cuyo són conocía, y que brotaba de unas fauces que creyó mortalmente secas en su alma. Bastó una débil florecilla para que el monstruo oculto, la soberbia

apostada tras la ilusión de la humildad, dejase con avasallador empuje su guarida... Bajo la alegre bondad de la mañana, mientras tocaba en su pecho un rayo de sol, Teótimo, torvo y airado, puso el pie sobre la flor indefensa.

LXXXVIII

La reclusión en el pedazo de tierra donde se ha nacido es soledad amplificada ó penumbra de soledad. Todos los engaños que la soledad constante é ininterrumpida cría en la imaginación del solitario, en cuanto al juicio que forma de sí mismo, suelen arraigar también en el espíritu del que no salió nunca de su patria, y cuando ha respirado el aire del extranjero se disipan: ya se traduzca esto en desmerecimiento ó en reintegración; ya sea para palpar la vanidad de la fama que le lisonjeaba entre los suyos; ya, por lo contrario, para saber que ha de estimarse en más y que puede dar de sí más que pensaba; ya como el ermitaño cuya ilusión de santidad se deshizo en presencia de la silvestre florecilla; ya como aquel que, viviendo en retraimiento é inacción, se creyera á sí propio débil y cobarde, hasta que, envuelto inopinadamente en la ocasión del peligro, desplegase un

valor que él no sospechaba, y una vez adquirida la conciencia de esta superioridad, obrase en adelante estimulado por ella, subiendo el tono de su altivez y extendiendo el vuelo de sus ambiciones.

LXXXIX

El viajar dilata nuestra facultad de simpatía, fuerza que obra en la imitación transformante, redimiéndonos de la reclusión y la modorra en los límites de la propia personalidad. Mientras nuestra figuración de los hombres y cosas distintos de los que nos rodean no se apoya en el conocimiento de una parte de la realidad infinita que hay más allá de nuestro inmediato contorno, nunca tal vez las imágenes que de ellos concibamos tendrán sobre nuestra sensibilidad la fuerza de que son capaces cuando, nutrida y amaestrada la fantasía con las preseas de una varia y extensa visión real, queda luego en aptitud de representarse con cálida semblanza de vida otras cosas que no han llegado á ella por intermedio de los ojos.

El primer viaje que haces es una iniciación liberadora de tu fantasía, que rompe la falsa uniformidad de las imágenes que has forjado sólo

con elementos de tu realidad circunstante. Tu capacidad para prevenir y figurar desemejanzas en el inagotable contenido de la Naturaleza se hace mayor desde el momento en que quebrantas, del modo como sólo es posible mediante el testimonio directo del sentido, la tendencia inconsciente á generalizar todo lo de esa estrecha realidad que te circunda. Por eso no enseña el viajar únicamente á representarse luego con exactitud las cosas que pasen, en ausencia nuestra, en los países que hemos visto; también aumenta la perspicacia y el brío de la imaginación para suplir al conocimiento real de lo demás que hay en el mundo. Y aun más que en el mundo de nuestro mismo tiempo: la propia intuición de lo pasado, la concepción viviente y colorida de otras épocas, de otras civilizaciones, ganan en ti desde que viajas una vez, aun cuando sea por pueblos donde no haya huellas ni reliquias de aquel pasado. Lo que importa es que te emancipes, por la eficacia de tu viaje primero, de la torpeza imaginativa á que más ó menos nos condena siempre la visión de una sola cara de la realidad: la que hallamos al nacer delante de los ojos. De esa manera, desentumida y estimulada tu fantasía, será ágil después para transportarse, ya en el espacio, ya en el tiempo, á la visión de cualquiera realidad distinta de la que el sentir material te pone delante.

En la andantesca escuela del mundo, la fa-

cultad de concebir imágenes se extiende, se realza, se multiplica; y como la sensibilidad es potencia sometida al influjo de la imaginación, y siente más quien mejor imagina aquello de que siente, cuanto mejor y con más brío imagines la vida de remotos hombres, tanto más apto serás para participar por simpatía de sus dolores, de sus regocijos y entusiasmos; y de este modo se ensanchará el horizonte de tu vida moral, como el de tus ojos cuando subes á una montaña; y conocerás, compartiéndolas, emociones diferentes de aquellas que te han herido en carne propia ó de los tuyos; de donde nace que para el hombre de imaginación difundida y adiestrada por el mucho ver, haya siempre mayor posibilidad de aflojar los lazos opresores del hábito y de redimir ó reformar su personalidad.

XC

Sagrada es la melancólica voz que, en tu ausencia de la tierra nativa, viene de lo hondo de tu alma á pedirte que tornes á su seno y á despertar el leve enjambre de las dulces memorias. Bella y compasible es la nostalgia. Pero á su idealidad de pena que nace de amor, mézclanse, en realidad, elementos menos nobles y puros; y

no siempre es una delicada forma de sentir lo que obra en ella.

¡Cuántas veces lo que tienes por impulso fiel del corazón en tu desvío de las cosas nuevas que ves y de las nuevas gentes que tratas, no es sino la protesta que tu personalidad, subyugada por el hábito, entumecida en la quietud, opone á cuanto importe de algún modo dilatarla y moverla!... Todo lo que nace en ti de limitación, de inactividad, de servidumbre, se disfraza entonces, para tu propia conciencia, con la máscara de aquel amor. Te enoja, inconscientemente, aquello que te pone á la vista tus inferioridades ó las de los tuyos; eludes el esfuerzo íntimo que reclama de ti la comprensión de cuanto, en lo humano, te es ajeno; tocas el límite de tu capacidad simpática; resguardas, por instintivo movimiento, los prejuicios con que estás encariñado y las ignorancias lisonjeadoras de tu egoísmo ó de tu orgullo; y todo esto se decora y poetiza con la melancolía del recuerdo amante, que es lo más puro y mejor de la nostalgia; aunque en el complexo de ella predominen elementos menos nobles, como son: las resistencias de una personalidad esquiva y huraña; el desequilibrio de su economía á favor de los elementos de conservación y de costumbre; su defecto de aptitud *proteica*, llamando así á la virtud de renovarse y transformarse merced á esa facultad de adaptación que hace del hombre ciudadano del mun-

do, y que, en su expresión más intensa, engendra otra especie de nostalgia, conocida de las organizaciones bien dotadas de simpatía y amplitud: la nostalgia de las tierras que no se han visto, de los pueblos á que aún no se ha cobrado amor, de las emociones humanas de que nunca se ha participado.

XCI

Por que los viajes son incentivo de renovación; inquietud y laboriosidad enemigas de toda suerte de herrumbre, orín y moho; fuego y martillo con que se rehacen las ideas y los sentimientos, suelen mirarlos con desvío quienes propenden á asegurar la constancia de la personalidad por las cadenas de una idea votiva, huraña é inmutable. La variedad en el escenario de la vida no se compadece con la mortal permanencia de las cosas de adentro. El viajero de instinto es, en la historia natural de las almas, una especie antagónica de las del asceta y el estoico. Recuerda cómo el estoicismo de Séneca truena en las *Cartas á Lucilo* contra los que piensan, viajando, variar de alma, «como si no viajasen en compañía de ellos mismos»; y recuerdan á Kempis cuando enseña que «la ima-

ginación y mudanza de lugar á muchos han dado engaño».

Tal vez el solo espíritu comprensivo y curioso que haya mirado con desvío el placer de viajar es Montaigne; pero en este amable escéptico la vocación sedentaria fué, sin duda, más que rasgo de su naturaleza, persuasión de la enfermedad, que le movía á horror por la agitación y afán de los viajes. Entre los inventores, los rebeldes, y los aguijoneados por la perspicacia de la duda y la crítica, compusieron siempre mayor número las almas que guardan algo de los nómadas; las almas para quienes el no ver lo lejano es tedio y melancolía de ceguera; para quienes el cambiar alguna vez de aire y de luz es necesidad vital, cuya insuficiente satisfacción origina una angustia y un padecimiento tan duros de sobrellevar como ese que ha llamado Beaunís, en sus *Sensaciones internas*, «dolor de inacción», si entendemos por tal el que nace de inmovilidad prolongada en una misma actitud, siquiera sea la del mejor dispuesto reposo: género de dolor que vence acaso los extremos de crueldad á las más descompasadas tensiones del movimiento y el esfuerzo.

En esta inclinación ambulativa, á veces tiránica y como proveniente de obsesión, radica esa nota del *vagabondaggio*, que incluyen entre los estigmas congeniales al entendimiento superior los que ven en éste una degeneración de cierta

forma; *estigma* casi siempre bienaventurado y fecundo, como cuantos dan lugar á esa asimilación, en que las máculas del empobrecimiento vital participan de nombre con los caracteres de una centuplicada y todopoderosa salud de espíritu; *vagabondaggio* que, en Jordano Bruno, es aquel ir y venir de su batalladora madurez, de ciudad en ciudad, de una á otra escuela famosa, anhelando por la autoridad con quien pelear, por el sofisma y la preocupación que destruir, á modo del lebrel que husmea inquieto el rastro de la pieza; y que, en Byron, es el desasosiego inaplacable, la aspiración nostálgica é inmensa, que, como al Satán de Milton, cuando desde las sombras busca la senda de los cielos, le arrebata al través de tierras y de mares, en pos de un sueño de libertad indómita y sublime, de belleza, de verdad, de amor; más allá, más allá siempre, dejando atrás los jardines de la Bética... atrás los mármoles de Italia... atrás el Paternón, más allá siempre, mientras no interpone los brazos la pálida cerradora del camino; traslado fiel de la agitación de las olas, que más de una vez mostraron á sus ojos imágenes que hablaban de su destino y de su alma, saltando á los costados del bajel errabundo de Harold y el Corsario:

Once more upon the waters! yet once more!...

XCII

¡Al Norte!, ¡al Sur!, ¡al Oriente!, ¡al Occidente! Son las naves que parten; son las naves de la antigua hechura; los galeones y las carabelas, tras cuyo suelto velamen sigue un dios de inflados carrillos; son las gloriosas naves del Renacimiento, que parten á redondear la forma del mundo... Y cuando los redivivos argonautas que van en ellas vuelven de sus Cólquidas, no traen sólo magnificada idea de la tierra y milagrosa riqueza material: traen consigo también un alma nueva, una nueva concepción de la vida, una nueva especie de hombres que se propaga por emulación y simpatía, y que consiste, en cuanto á la inteligencia, en el sentido de la observación y la malicia de la duda; en cuanto al sentimiento, en la alegría de vivir y el amor de la libertad, que han de volver estrecho el recinto del claustro; y en cuanto á la voluntad, en el ánimo de las heroicas empresas y la ambición de gloria y fortuna, que alza del polvo la frente en penitencia y empuja hacia adelante la cavidad del pecho hundido entre los hombros bajo la humilde cota del sayal.

Pero no es en estos épicos viajeros en quie-

nes me propongo figurar la influencia de los viajes sobre el desenvolvimiento del espíritu. Yo quiero figurarla más bien en otra suerte, menos extraordinaria y gigantesca, de almas nómadas que, por el mismo tiempo, y ya desde otros siglos, aparece encarnada para la posteridad en nombres famosos. Aludo al *caminante*, al que viajaba por sus pies: obrero que, para completar su aprendizaje, ó curioso que, para dar vado á su pasión, medía á lentos pasos comarcas y naciones enteras; de burgo en burgo, de castillo en castillo, viviendo del trabajo de sus manos ó de la misericordia del cielo y acariciando con miradas morosas la belleza desnuda de la realidad.

La personificación de este viajero libador de saber y «ciencia de mundo»; vago de noble especie; estudioso cuya biblioteca está á lo largo del camino; sabio cuya mano conoce menos la pluma que el bordón, podría ser aquel grande y singular Paracelso. Rebelde alzado, sin otros fueros que su propio juicio, contra la enseñanza de la tradición; alquimista por quien la alquimia pasó á ser conocimiento real y destinado en lo moderno á insigne gloria; renovador de la ciencia médica y el arte de curar, y, por lo exterior y aparente de su espíritu, pintoresco ejemplo de hombres raros, Paracelso trajo como innata en la mente la idea de leer á la Naturaleza en sí misma, más que en las páginas de los

libros ilustres. La escuela de este observador y experimentalista instintivo fué su infatigable viajar, de que la tradición ha hecho leyenda; viajar voluntarioso y errabundo, de pordiosero ó de juglar, en que corrió todas las tierras sabidas de su tiempo; el saco al hombro; nunca seguro del rumbo que habría de seguir el día de mañana; atentos los ojos y el oído no sólo al más leve movimiento y al más vago rumor que partiesen del vulgo de las cosas, sino también á todo testimonio y juicio venidos del vulgo de las almas: la prédica del fraile, la observación del menestral, el cuento del barbero, la profecía del gitano, la receta del ensalmador, la experiencia del verdugo.

Á esta casta de espíritus pertenece siempre, en lo íntimo y esencial, el viajero que lo es por naturaleza, aunque viva siglos después de Paracelso y viaje en alas de la locomotora, de la cual, por otra parte, sabrá prescindir alguna vez. Porque el monstruo flamígero conque hemos vencido á las distancias es símbolo glorioso si lo juzgamos en cuanto á la utilidad de cambiar rápidamente ideas y productos, y á los lazos que estrecha y los prejuicios que aparta; pero si se le refiriese á la disciplina del viajar, sería símbolo del ver mal y somero y del ser llevado en rebaño por el invariable camino que fijan en la inmensidad del campo dos cintas de hierro, á las ciudades donde luego gobernará

los pasos del huésped una oficiosa *guía*, que reune, en octavo menor, las instrucciones del Sentido Común, personificado en un librero de Leipzig ó un impresor de la Street Albemarle. El genuino viajero es aquel que acierta á rescatar, por la espontánea tendencia de su espíritu, todo lo que esos medios de facilidad y bienestar quitan á los viajes, tratándose de la generalidad de las gentes, de su interés original y sabroso y de la virtud de educar que siempre tuvieron. Por el modo intuitivo de dirigir su observación, como á favor de una aguja magnética que llevase dentro del alma; por la manera de guardar su libertad, y de palpar para creer lo que está escrito, y de tomar por la senda desusada, y de detenerse allí donde se ha convenido que no hay cosa que ver, el viajero de instinto es siempre el *caminante*, el andariego, el vagabundo.

XCIII

Para los superiores elementos de la sociedad, á quienes está cometido modelarla por lo que proponen á la imitación y la costumbre, debieran ser en todas partes los viajes una institución, un ejercicio de calidad, como el que, en pasados tiempos, cifraba en la pericia de las ar-

mas el brillo y honor de la nobleza. Allí donde el hábito educador de los viajes falte á los que prevalecen y dominan y dan la ley de la opinión y del gusto, todas las aplicaciones de la actividad social se resentirán, en algún modo, de esa sedentaria condición de los mejores ó preponderantes.

En el desenvolvimiento del espíritu, en el progreso de las leyes, en la transformación de las costumbres, un viaje de un hombre superior es, á menudo, el *Término* que separa dos épocas, el reloj que suena una grande hora. Vuelve el viajero trayendo fija en el alma una sugestión que irradia de él y se propaga hasta abarcar, en su red magnética, toda una sociedad. El viaje de Voltaire á Inglaterra es un hecho en que se cifra la comunicación de las doctrinas de libertad al espíritu francés, donde ellas debían engrandecerse y transfigurarse para asumir la forma humanitaria y generosa de la inmortal Revolución; como, más tarde, el viaje de madama de Staël á Alemania indica el punto en que comienza el cambio de ideas que llegó á su plenitud con la renovación literaria, filosófica y política de 1830. Del soplo de los vientos de Italia al oído de Garcilaso vino, ó adquirió definitiva forma, el nuevo estilo de rimar, que dió su instrumento adecuado y magnífico á la gran literatura española; como, pasados los siglos, el duque de Rivas había de traer, de sus viajes de pros-

cripto, el primer rayo de la aurora literaria que devolvió á la fantasía de su pueblo alguna parte de su fuerza y originalidad: viajes, éstos del autor del *Don Álvaro*, como paralelos y concordes con los que Almeida Garret realizaba al propio tiempo, y también aventado por la discordia civil, para infundir, á su vuelta, en el espíritu patrio, el mismo oportuno fermento del romanticismo. Los legendarios viajes de Miranda, héroe al lado de Washington y héroe al lado de Dumouriez; y el viaje de Bolívar por la Europa inflamada en la gloria de las campañas napoleónicas, son los resquicios que dan paso, en la clausura colonial de América, á las auras presagiosas de la libertad.

Estos viajes históricos obran generalmente por la virtud de la admiración y el entusiasmo de que el ánimo del viajero viene poseído; pero no falta la ocasión en que la eficacia de un viaje glorioso consiste, por el contrario, en la influencia negativa de la decepción y el desengaño. Si el caso es el primero, la nueva realidad conocida queda en la mente como un original, como una norma, á la que luego se procura adaptar la vieja realidad á cuyo seno se vuelve. En el segundo caso, las cosas con que se traba conocimiento defraudan y desvanecen el anticipado concepto que de ellas se tenía, ó ponen á la vista del viajero males que él no sospechaba; y entonces el modelo que el viajero trae de retorno obtiénelo

por negación y oposición. Ejemplos típicos de estas opuestas formas de la influencia de los viajes, son, respectivamente, el de Pedro el Grande á los países de Occidente, y el de Lutero á la corte de Roma. Sugestionado Pedro por los prestigios de la civilización occidental, vuelve á su imperio, concentrando toda el alma en el pensamiento de rehacer esta bárbara arcilla según el modelo que le obsede; y pone mano á la obra, con su feliz brutalidad de Hércules civilizador. Espantado Lutero de las abominaciones de la Roma pontificia, adonde ha ido sin ánimo aún de rebelión, compara esa baja realidad con la idea sublime que ella invoca y usurpa; siente despertarse dentro de sí la indignación del burlado, la consternación del cómplice sacrílego, y arde desde ese instante en el anhelo de oponer á aquella impura Babilonia la divina Jerusalén de sus sueños.

XCIV

Todo viajero en quien la observación perspicaz se anima con una centella de la fantasía, tiene, al volver, algo del antiguo aventurero de viajes legendarios; del tripulante de los buques que, allá cuando el mundo guardaba aún el he-

chizo del misterio, fueron á grandes cosas; del camarada de Marco Polo ó Vasco de Gama, que torna de extrañas tierras con mil preseas de los climas remotos y fecundos: oro, y esencias, y marfil, y el tesoro de los cuentos pintorescos, flamantes de gloria y de color, que se escuchan en corro por el auditorio suspenso y extasiado.

Para el espíritu inventor del artista el viajar es como, para melificadora abeja, el libre vuelo por prados florentísimos. Uno y otra volverán á su laboriosa celda cargados de botín. No solamente porque la imaginación, provisionada con nuevos despojos de la realidad, podrá descubrir ó componer ignotas armonías, dentro de la variedad infinita de las cosas. Los que han sondado los misterios de la invención artística nos hablan de cómo, sin que á menudo lo sepamos, todos los elementos que han de entrar en una obra de nuestra imaginación están presentes y semiordenados en ella. Faltan sólo una impresión, una idea, un objeto visto, que den el toque por cuya virtud se completará y animará aquella síntesis inacabada, apareciendo viva á la conciencia del artífice y á la mirada de los hombres. Es la operación inefable y decisiva de un momento. Mientras él no llega, la obra es como el cuadro en cuarto obscuro; es como Galatea antes del beso de amor. Tal vez no llega nunca, y la obra que pudo ser gloriosa queda abismada y perdida para siempre. Pero cuanto mayor sea el

cambio y movimiento de tu sensibilidad; cuanto más percibas de las confidencias sutiles de las cosas, tanto más fácil será que la ocasión del dichoso toque se produzca. Así una forma que te hiere al pasar, un matiz, un acento, un temblor de realidad humana sorprendido en la varia superficie del mundo, pueden ser la piadosa mano que salve á una inmortal criatura de tu mente.

Los cuadros de la Naturaleza, el espectáculo de la hermosura difundida sobre lo inanimado y lo vivo, sobre la tierra y las aguas, por virtud de la forma ó del color, en la inmensa tela ondulante que el viajar extiende ante tus ojos, no educan sólo tu sentido plástico y tu fantasía, sino que obran en lo más espiritual é inefable de tu sentimiento, y te revelan cosas hondas de ti y del alma humana, en cuya profundidad está sumergida tu alma individual; porque, merced á nuestra facultad de proyectar la sombra del espíritu sobre todo cuanto vemos, un paisaje nos descubre acaso un nuevo estado íntimo, y como que se descifra en la conciencia por una clave misteriosa, y abre nuevas ventanas sobre el alcázar encantado de Psiquis.

Viaje quien sienta en sí una chispa capaz de alzarse en llama de arte. Para el que no ha de saber penetrar en la viva realidad con ojo zahorí, el misterio del mundo se acaba con la estampa y el libro; pero, para el artista, todo viaje es un descubrimiento, y para artistas gran-

des, más que un descubrimiento, una creación. Cada vez que uno de esos magos vencedores de la Naturaleza mueve los sentidos y el alma por entre la extendida multitud de las cosas, un orbe nuevo nace, de rico color y de vida. Un grande artista que viaja es el Dios que crea el mundo y ve que es bueno. No ve el artista lo que había, creado por la mano de Dios, sino que lo vuelve á crear y se complace en la hermosura de su obra.

XCV

Naturaleza y Arte, el eterno original y el simulacro excelso, la madre joven y amantísima y el hijo lleno de gracia que brinca en su regazo, compiten en provocar, con las señas que nos hacen, la sugestión que despierta las vocaciones latentes y define y encauza las que permanecen en incertidumbre. ¡Qué potestad, como de iluminación extática, puede ejercer la visión de las cosas sublimes del mundo material, en aquel que por primera vez las ve, con el candoroso júbilo, ó con el candoroso pasmo, de quien las descubriera!... El mar... la montaña... el desierto... En la soledad de la selva americana, Chateaubriand encuentra la espaciosidad infinita

necesaria para volcar el alma opresa por las convenciones del mundo; y entonces nace *René*, y en un abrazo inmenso se juntan la grandeza de la tierra salvaje con la grandeza del humano dolor. Y en cuanto á la virtud de las maravillas del Arte sobre los espíritus en quienes una facultad superior espera sólo ser llamada y sacudida, hable Italia, que sabe de esto; hablen sus ruinas, sus cuadros, sus estatuas; hablen las salas de sus teatros y los coros de sus iglesias, y si el tiempo tiene capacidad para contener tantos nombres, digan los de aquellos que, en un momento de sus viajes, sintieron anunciarse á su espíritu una vocación que ignoraban, ó bien corroboraron y dieron rumbo cierto á una ya sabida; los que, como Poussin, desbastaron allí su genio inculto; los que, como Rubens, fueron á redondear su maestría en la contemplación de los modelos; los que, como Meyerbeer y Mendelssohn, en el divino arte de la Música, debieron á la que allí escucharon un elemento indispensable para la integración de su personalidad y de su gloria.

Quien una vez ha hecho esta romería, queda edificado para siempre por ella. Si Milton logró preservar, dentro de sí, del humo de tristeza y de tedio con que el puritanismo enturbiaba su ambiente y su propia alma, la flor de la alta poesía, ¡en cuánta parte no lo debió á la unción luminosa que el sol de Italia dejó en las recon-

diteces de su espíritu, desde el viaje aquel en que trabó conocimiento con la alegría de la Naturaleza y con el orden soberano de la imaginación! La austeridad teológica, la moral desapacible y árida, la limitación fanática del juicio, subyugaron, en él, la parte de personalidad que manifestó en la acción y la polémica; pero su fantasía y su sensibilidad guardaron, para regocijo de los hombres, el premio que recibió su alma de aquella visitación de peregrino.

Aún más hermoso ejemplo es el de Goethe, transfigurado por el mismo espectáculo del arte y la naturaleza de Italia. En el constante y triunfal desenvolvimiento de su genio, esta ocasión de su viaje al país por quien luego hizo suspirar á Mignon, es como tránsito glorioso, desde el cual, magnificado su sentimiento de la vida, aquietada su mente, retemplada y como bruñida su sensibilidad, llega á la entera posesión de sí mismo y rige con firme mano las cuadrigas de su fuerza creadora. Cuando, frente á las reliquias de la sagrada antigüedad y abierta el alma á la luz del Mediodía, reconoce, por contemplación real y directa, lo que, por intuitiva y amorosa prefiguración, había vislumbrado ya de aquel mundo que concordaba con lo que en él había de más íntimo, es la honda realidad de su propio sér la que descubre y la que, desde entonces, prevalece en su vida, gobernada de lejos por la serenidad y perfección de los

mármoles, limpia de vanas nieblas y de flaquezas de pasión.

XCVI

En el escritor y el artista que han pasado con amor y aprovechamiento por esta iniciación de los viajes, hay un soplo inconfundible de realidad, de animación, de frescura, que transciende de lejos, como el fragante aliento del mar, ó como el aroma de la tierra mojada por la lluvia.

Este soplo más se siente que se define. Los libros que lo contienen son ambrosía de la imaginación. Contiénelo el *Quijote*, donde á cada página está transparentándose, bajo lo que se narra ó describe, el hombre que ha andado por el mundo; y si nos remontamos al ejemplo original y *arquetípico*, contiénelo, con argumento aún más adecuado, la *Odisea*, en cuyos deleitosos cantos el genuino sentimiento de curiosidad y de aventura, y aquella exactitud y precisión que no fallan, en la descripción de rutas y lugares, revelan claramente la experiencia del viajador: del isleño de Chíos ó el costeño de Smirna, que, antes de referir los trabajos de su héroe, ha surcado, en la balsa movida con remos, las ondas «de color vinoso», y ha gozado, entre

gentes distintas, las mercedes de Júpiter hospitalario.

En un mismo escritor es fácil discernir, á menudo, por las condiciones, ya de pensamiento, ya de estilo, la obra que precede, de la obra que sigue, á esta ocasión transcendente de sus viajes. Teófilo Gautier nació para ver y expresar lo hermoso de las cosas; pero mientras no hubo espectáculo real que cautivase sus sentidos, dominados por el instinto de lo extraordinario, su mirada anhelante, vuelta á lo interior de la propia fantasía, se satisfizo en una naturaleza de convención y de quimera. Fué el viaje á España; el viaje que dura en aquel maravilloso libro por quien la prosa entra, como bronce fundente, á tomar las formas de la realidad material, y transparenta, mejor que el aire mismo, sus colores; fué el viaje á España el que reveló á Gautier la grande, inmortal Naturaleza. Ebrio del viento tibio y la esplendente luz; hechizado por la magia oriental de Andalucía; presa de tentaciones pánicas ante los torrentes y abismos de las sierras, Gautier descubrió entonces los tesoros de la realidad, y su imaginación, encendida para siempre en el amor de los viajes, se apercibió á extenderse (así un rio que se desbordara, ávido de nuevos tintes y reflejos) por la inmensidad gloriosa del mundo.

XCVII

Si, tratándose de la vocación del artista, la variedad de objetos propios para interesarle favorece al hallazgo del que acertará á despertar el estímulo de la obra, otro tanto sucede con los géneros de aptitud que caen dentro de los términos de la Ciencia. Un objeto que la perpetua mudanza de los viajes pone ante los ojos, mueve acaso el impulso original de atención, de curiosidad, de interés, que se prolonga en obsesión fecunda y decide á la actividad perseverante y entusiástica en determinado orden de investigación. Sea éste, por ejemplo, la Historia. De paso Gibbon en la Ciudad Eterna, detiénese, un día, allí donde era el Foro; y la contemplación de las ruinas, preñadas de recuerdos, suscita en él la idea de su magno propósito de historiador. Viajando Irving por los pueblos de Europa, sin haber hallado aún la manera como debe concretar una vaga vocación literaria, llega á Castilla; reanímanse en su mente, en aquellas muertas ciudades, los grandes tiempos del descubrimiento de América; busca sus huellas en los archivos y los monumentos, y esto le pone en el camino por donde ha de vincular

su nombre á la inmortalidad de tanta gloria.

Pero más todavía que en la revelación de la aptitud, vese este influjo en su desenvolvimiento y ejercicio. Los viajes son escuela inexhausta de observación y de experiencia; museo donde nada falta; laboratorio cuya extensión y riqueza se miden por la superficie y contenido del mundo; y dicho esto, huelga añadir en qué grado eminente importan á la cultura y el trabajo del pensamiento investigador. Aun prescindiendo de las ciencias de la Naturaleza, en las que el viajar es modo de conocimiento sin el cual no se concebiría cabalmente la obra de un Humboldt, un Darwin ó un Haeckel; aun en las ciencias del espíritu y de la sociedad, donde la observación sensible no es tanta parte del método, pero es siempre parte importantísima, fácil será imaginar hasta qué punto puede acrisolarse la eficacia de la observación, en quien ha nacido para ejercitarla, con la infinita diversidad de las circunstancias y los hechos; y el apartamiento de las cosas tras que se amparan la pasión y la costumbre; y el cotejo de la versión vulgar ó libresca con el hecho vivo; y el poner á prueba cada día la inducción naciente en nuevas piedras de toque, con que se lleve á sus posibles extremos de rigurosidad las que llamó Bacon *tablas de ausencia y de presencia.*

La tradición antigua, que muestra antecedida de largos y prolijos viajes la labor de los primi-

tivos historiadores, como Herodoto; de los legisladores y educadores de pueblos, como Licurgo y Solón; desde los filósofos, desde Thales y Pitágoras, no indica sólo un hecho derivado de las condiciones peculiares de una civilización naciente y menesterosa del impulso extraño: encierra un ejemplo más alto y esencial, para la disciplina del espíritu y la sólida confirmación del saber; y la oportunidad de este ejemplo persiste, aun después que los libros impresos traen al acervo común la averiguación de cada uno, y que la noticia de las cosas se transmite casi instantáneamente á las antípodas, de donde se producen ó de donde se piensan. Dos ilustres maestros de las ciencias políticas, entre otros que pudieran citarse, dieron prueba de tener en su justo valor la observación real y directa, que en los viajes se aplica, como medio para la originalidad y sinceridad del pensador: Montesquieu, que cuando vislumbra la idea del *Espíritu de las leyes* dedica años de su vida á recorrer los pueblos de Europa, antes de recluirse en su castillo de Brede, á fin de concentrar el pensamiento en la porfiada ejecución; y Adam Smith, cuya magna obra *De la riqueza de las naciones* fué precedida por los viajes que, en compañía del duque de Buckleng, realizó acumulando los elementos que con la observación de cada sociedad adquiría, para retirarse luego á elaborar esta preciosa cosecha en su casa de campo de

Kirkaldi, que vió nacer á aquella Biblia de la utilidad.

....

XCVIII

Lo mismo en las regiones de la superioridad de espíritu, que en el nivel de la vulgaridad, hállanse almas constituídas para una mayor permanencia que las otras; almas que parecen sustraerse al imperio omnímodo del cambio y la evolución. Tallada su naturaleza de una vez para siempre, los sentimientos é ideas que componen el fondo de su vida se mantienen unos y constantes, así en su número y especie, como en su intensidad y en sus maneras de relacionarse ó asociarse. No menos que el sér real, el aparente desconoce en ellas todo arte con que se reduzca á circunstancias distintas. Nada ganan ni pierden en el comercio del mundo, respecto del patrimonio con que entraron á él. El paso del tiempo las deja relativamente íntegras é intactas, diferenciando apenas los matices de su carácter según las condiciones de cada edad, sin llegar á removerlo en lo hondo; así la cúpula de hierro ó la pared de granito, donde á medida que el sol pasa se pintan los cambiantes de la luz

y la sombra, sin que esta modificación exterior alcance en lo mínimo á lo inmutable de su contextura.

Este tipo de almas adquiere su manifestación más característica y completa cuando las tendencias entre que se reparte la extensión de la personalidad son muy pocas y simples, y hay entre ellas una que somete con rigor despótico á las otras; de manera que á la monotonía sucesiva que nace de aquella inalterable igualdad, se une la monotonía simultánea de un conjunto psíquico en que todo se reduce á algunos elementos muy sencillamente combinados. Pocos sentimientos é ideas, y éstos duraderos cuanto la vida misma, y convergentes dentro de la más rígida unidad; tal es la fórmula extrema de estos caracteres, que ocupan las antípodas de las almas ricas y educables, siempre en vía de formación, siempre capaces de acrecentar su contenido y de modificar las relaciones entre unas y otras de las partes que lo constituyen.

Nuestra natural complexidad, que no consiente alma sin alguna lucha interior y alguna inconsecuencia, se opone á la realización perfecta de este tipo, más abstracto que humano; pero la Naturaleza suele dar la perfección relativa de él: el monolito adecuado para esculpir la estatua de una sola pieza, y luego la voluntad se aplica á trabajar esa estatua por el gobierno de sí misma, por la práctica de la única especie de

educación que se aviene con la índole de tales caracteres desde que se consolidan y toman su camino en el mundo; la educación que consiste en restringir, depurar y sistematizar, cada vez más, el campo de la propia conciencia, haciendo, de día en día, más netos y fijos sus aspectos, más tiránicos los principios por que se rige, más indisolubles las asociaciones en que reposan sus costumbres; á diferencia de la educación realmente progresiva, que sistematiza y ordena, pero con cargo de aumentar correlativamente los elementos que reduce á una superior unidad.

Es el concepto de la perfección que inspiró el ideal lacedemonio, la disciplina férrea calculada para reprimir la libre y armoniosa expansión de los instintos humanos, en beneficio de un único é idolátrico deber. Es también la inmovilidad de abstención y resistencia que se predicó en el pórtico de Stoa; y es la idea que, en aquel linaje de espíritus que representan el lado adusto y ascético del cristianismo, responde al anhelo de modelarse á imitación de la absoluta permanencia de lo divino: *Soy el Señor, y no cambio.*

Visible es la grandeza de esta forma personal en el magnetizado por una idea ó pasión de calidad sublime; en el fanático superior; en el iluminado ó visionario, en el monomaníaco de genio: en todas esas almas que, yendo en derechura á su objeto, cruzan, como quien anduviese por los aires, sobre los tortuosos senderos de la

vida real. Figúrate la prolongación indefinida de dos instantes que en tu existencia no se reproducen sino en contadas ocasiones; figúrate que la sucesión alternativa de ambos dura y persiste, sin solución de continuidad, y que, entre ellos solos, tejen, uno la trama, otro la urdimbre, de tu vida. Recuerda, por una parte, aquel momento en que una extrema atención reune todo el sér de tu alma en un punto; ya sea cuando, deteniendo tu marcha al través de medrosa soledad, pones el oído á un rumor vago; ya cuando, resolviendo arduo problema, llegas al ápice del raciocinio, á la mayor tensión de pensamiento y de interés. Y por otra parte, recuerda aquel instante en que la pasión estalla en ti con su más ciego impulso; en que un movimiento superior á ti mismo, arrollada tu voluntad por tu emoción, junta en una tus fuerzas; las multiplica, si es preciso, con maravillosa intensidad, y te arrebata á defender el bien que te disputan; á atacar al enemigo á quien odias; á realizar, ó hacer tuyo, el objeto que anhelas.

No de otro modo hemos de representarnos ciertas vidas: un solo término de atención, una solitaria idea, dueña y absoluta señora del alma; y por concomitante afectivo, un solo impulso de entusiasmo y deseo, supeditado á aquella idea para su servicio y ejecución. Ya es el ardor guerrero, ya la fe religiosa, ya la pasión de mando,

ya el amor de la Ciencia ó el Arte, la potestad absoluta que excluye del alma cuanto no se acomoda incondicionalmente á su dominio. No quita esto que, aun en las existencias más uniformes y fatales, haya, como en la de toda humana criatura, instantes rebeldes al orden del conjunto, gérmenes de diversidad y novedad, que podrían ser el punto de partida de una ampliación, y aun quizás de una sustitución del carácter; pero si el plan de la voluntad, en vez de estimularlos, los reprime y ahoga en su nacer, y no hallan fuerzas con que pasar de tales instantes y gérmenes en el transcurso de la vida, ésta mantendrá hasta el fin su imponente unidad. Ejemplos de semejante concentración anímica son: en lo religioso, San Bruno, el fundador de la Cartuja, como personificación del asceta que sacrifica al inextinguible anhelo de su fe, no ya toda otra forma superior de sentimiento, sino el natural instinto de la libertad y la prerrogativa racional de la palabra; y en lo guerrero, Carlos XII de Suecia, el conquistador que vive á perpetuidad sobre el lomo de su caballo, sin experimentar jamás una emoción de amor, ni una tentación de placer, ni una necesidad de tregua y respiro. Preciso es convenir en que el secreto de la eficacia del genio es á menudo esta avasalladora obsesión, la fuerza implacable de una idea que ha clavado la garra en una conciencia humana. Sólo para esa idea tiene

entonces capacidad el tiempo. «Mi oración es tan continua—dice Santa Teresa de Jesús—que ni aun en sueños puedo interrumpir su curso.» Nada hay que de alguna manera no confirme la idea y se le amolde: todo lo del mundo se derrite y rehace según ella, como por la operación de un fuego divino. Para las demás ideas, ceguedad, ininteligencia, desprecio. Es la pasión de celos que suele acompañar al entusiasmo de la vocación, al fervor del apostolado: *¡Marta, Marta! ¡Una sola cosa es necesaria!*

La faz estética de estos caracteres, si se les toma en lo eminente de su especie, mira, más que á lo bello, á lo sublime. La igualdad perenne, yendo unida á un dón superior del alma; la alteza trágica de esa despiadada inmolación de todas las pasiones á una sola, dan de sí una sublimidad, ya estática y austera, como la del desierto y la montaña: la de la abnegación altiva y silenciosa, la de la voluntad firmísima acompañada de poco ímpetu de sensibilidad; ya dinámica y violenta, como la del huracán y el mar desencadenado: la de una formidable pasión en movimiento, la del alma en perpetua erupción de amor ó de heroísmo.

XCIX

... Y, sin embargo, cabe también cierta gracia peculiar en esta absorción tirana del espíritu por un solo y exclusivo objeto, que, en su grandeza ó su pequeñez, circunscribe para aquél el horizonte del mundo. Cuando, por la calidad del alma y la del objeto, éste es capaz de hechizar al alma y serenarla, como *serenaba* el aire el músico ciego con el són melodioso; cuando la actividad que al objeto se consagra se desenvuelve como en rítmica y suave ondulación, sin dificultad ni esfuerzo, y entre sus anhelosos afanes florece el contento de la vida, la gracia está con la despótica idea de estos espíritus estrechos. Recuerda la idea entonces aquella única manzana que, en los versos de Safo, después de esquilmado el árbol por los segadores, se ha eximido, por demasiado alta, del esquilmo, y queda sola, en rama eminente, acumulando para sí la savia y la hermosura que se hubieran repartido entre todas. Este es el pensamiento único, el solo objeto de amor, que se albergan bajo una toca blanca de lino, nunca rizada por el soplo del mundo; ó bien la pertinacia de un curioso artífice que, sin ojos ni oídos para lo demás, gasta los años en cincelar una custodia.

C

Grande es la unidad que enlaza todas las partes de nuestra existencia bajo una idea soberana; pero más bella y fecunda, si, poniendo á prueba la extensión de su fuerza ordenadora, se diversifica por la flexibilidad y la amplitud. Dentro de toda comunión, de toda fe, de toda sociedad ideal, es fácil distinguir dos especies de almas sinceras y entusiastas. Hay el entusiasta inflexible, alma monocorde y austera; y hay aquel cuyo entusiasmo asume las múltiples formas de la vida, y consiente, generoso con su riqueza de amor, otros objetos de atención y deseo que el que preferentemente se propone. De aquella pasta están hechos el estoico y el asceta, el puritano y el jansenista; de ésta, los espíritus amplios, comunicativos y curiosos, sin mengua de su fidelidad inquebrantable ni su férvida consagración. De los unos y de los otros, es decir, de los perseverantes, de los entusiastas, de los creyentes, y sólo de ellos es el secreto de la acción; pero la más alta forma de la perseverancia, del entusiasmo y de la fe, es su aptitud para extenderse y transformarse, sin desleirse ni desnaturalizarse.

LOS SEIS PEREGRINOS

Cuentan leyendas que no están escritas, que Endimión, no el que recibió favores de Diana, sino un evangelista de quien nada sabe la Historia, recorría, después de doctrinado en Corinto por Pablo de Tharso, las islas del Archipiélago. En una ciudad pequeña de la Eubea, su palabra tocó el corazón de seis jóvenes paganos que formaron un grupo lleno de adhesión hacia él, no menos que de fe pura y sencilla. Esta comunidad naciente vivió, durante cierto tiempo, en la intimidad afectuosa con que la vida de las iglesias primitivas imitaba los lazos fraternales. Un día, un día *del Señor*, en la expansión cordial de la cena, maestro y discípulos fueron heridos de un pensamiento que les pareció una vocación: partirían á propagar la buena nueva siguiendo la ruta de Alejandro; soldados de una mansa conquista, llegarían, sobre las huellas del conquistador, hasta donde el cielo quisiera; pero juraban que no se detendría, falta de impulso, la divina palabra, en tanto que uno solo de sus propagadores quedara, con vida y libertad, sobre el camino, que por ellos sería, otra vez y con más pureza, glorioso.

La fe, radiante, ofuscaba la temeridad de la

intención. Aún no estaba formulada la idea, y ya la impaciencia por la acción y la gloria hacía aletear las voluntades. Pero como Endimión, el maestro, necesitaba completar, ante todo, su viaje por la isla, convinieron que, pasado el término que para ello se consideraba menester, él y sus seis discípulos se encontrarían en un vecino puerto, desde donde atravesarían el mar para emprender la ruta soñada.

El tiempo transcurrió para todos como en el éxtasis de una visión. Llegaron los días de la cita. Una mañana alegre, apenas provistos de pan y frutas los zurrones, en la dirección de la marcha un claro sol, y dentro de sí, como la mano de Dios en el timón del alma, el entusiasmo, los seis amigos partieron á reunirse al maestro.

Corría, suavísimo y opulento, el otoño. La Naturaleza parecía concertar con la felicidad de los viajeros sus galas; diríase que de cada cosa del camino nacía una bendición para ellos. Sintiéndola, recogiéndola en su corazón, se regocijaban y hacían sonar todo el tesoro de su sueño en joviales coloquios, cuando de improviso distrajeron su interés unos lastimeros ayes que venían de unas breñas cercanas. Dirigiéronse allí, y viendo tendido entre las zarzas á un pastor que se desangraba, herido acaso por los lobos, se aproximaron á valerle. Sólo uno de los seis, Agenor, laconio enjuto y pálido, de grandes

ojos absortos, había permanecido indiferente, desde el primer momento, á los ayes, atribuyéndolos á uno de los mil rumores del viento, y extraño á todo lo que no fuese la idea sublime á cuya ejecución se encaminaban; en la impaciencia de ver convertirse en realidad las imágenes deslumbradoras de su sueño, se había negado á desviarse y á esperar que se satisficiera la curiosidad de sus amigos. Agenor siguió adelante, adelante, como en el ciego ímpetu de una fascinación.

Ellos, en tanto, después de haber lavado y vendado con jirones de sus propias ropas las heridas del rústico, le condujeron á su choza, que descollaba á cierta distancia, sobre una ladera donde se columbraban restos dispersos del hato. Allí, prolongando sus cuidados, les sorprendió la noche. Cuando, abriendo la aurora, llegó el momento de partir, he aquí que Nearco, otro de los seis compañeros, permaneció apartado y melancólico, con el aire de quien no se resuelve á hacer una confidencia dolorosa. Instáronle los demás á confesar lo que sentía.—Sabéis—dijo Nearco—que, desde que este episodio nos obligó á alterar por compasión el rumbo que llevábamos, me entró en el alma la duda de la inoportunidad de esta empresa, y oí una voz interior que me decía: «Si hay tanto y tan desamparado dolor, tanto abandono y tanta impiedad cerca de nosotros donde emplear el fuego

de caridad que nos inflama, ¿por qué buscar objeto para él en climas extraños y remotos?» Me dormí con este pensamiento en el alma; y soñé; y así como el apóstol vió en sueños la imagen del macedón que le llamaba, lo que él interpretó como un ruego de que fuera á redimir á los suyos, á mí se me apareció la imagen de este pastor que, intentando yo continuar el viaje, me cerraba el camino, y lo aparté para avanzar; y entonces, en los enebros y las zarzas á cuyo lado le encontramos, sentí que se enredaban mis ropas y me detenían...

Dicho lo cual, Nearco, en quien un sueño disipó el encanto del otro, abrazó á sus amigos, que ya daban cara al sol para continuar su ruta, y volvióse en dirección á la ciudad.

El grupo siguió con entusiasmo intacto, adelante. De los cuatro que le componían ahora, Idomeneo parecía ser el que, por su superioridad, llenaba la ausencia del maestro. Él había sido el primero en percibir y atender los ayes del herido. Era de Atenas; era suave, inteligente, benévolo. En su fisonomía se reflejaba algo de la inquietud con que se significaría la curiosidad espiritual de un estudiante, y algo de la ternura con que se expresaría el omnímodo amor de un panteísta. Pero el sello de expresión más hondo lo imprimía el dulce estupor con que aún lo embargaba la inmensidad de la fe nueva que había conquistado su alma.

Cuando en los bordes de algún soto vecino asomaba una lozana flor silvestre, Idomeneo, desviándose, se acercaba á admirar su forma, su color, ó á aspirar su perfume. Cuando el viento traía, de cercanas cabañas de pastores, un són de zampoña ó caramillo, ó bien si una cigarra levantaba su canto, Idomeneo se detenía un instante á escuchar. Cuando una guija pintada lucía entre la arena del camino, Idomeneo, con el afán de un niño, la recogía, y bruñéndola, la llevaba en la mano. Y cuando allá, en la profundidad del horizonte, un ave ó una nube pasaban ó se descubría el triángulo blanco de una vela sobre la línea obscura del mar, el alma del neófito parecía tender presurosamente hacia ellos sobre el riel de una mirada anhelante...

Ya el sol había templado la fuerza de sus rayos cuando los viajeros vieron aparecer, en la caída de una loma, las casas dispersas de una aldea.

Gigante encina descollaba, en lo más avanzado del lugar, sobre los techos, que esmaltaba el oro de la tarde; y en derredor del árbol veíase un gran grupo de gente, que formaba corro, con muestras de atención y respeto. Preguntando á unos labradores que habían interrumpido su trabajo para dirigirse hacia allí, supieron que era un cantor ambulante, mendigo consagrado por la vejez y por el numen, que todos los años recorría, en ocasión de las cosechas,

aquella parte de la isla. —¿Oigámosle?—propuso Idomeneo.

Acercándose al corro, los cuatro amigos se empinaron para ver al cantor. Un soplo de antigüedad heroica llegó á ellos. Todo lo del Homero legendario reaparecía en una dulce y majestuosa figura: el continente regio, la luenga barba lilial, la frente olímpica; á la espalda el zurrón, la lira á la cintura, el nudoso báculo en la diestra, el can escuálido y enlodado á sus plantas. Hízose un silencio solemne; y desatando al dios ya inquieto en su seno, el mendigo cantó; y sobre el aliento de sus labios, mientras las manos trémulas tocaban las cuerdas de la lira, flotaron cosas de historia y de leyenda, cosas que estaban en todas las memorias, pero que parecían recobrar, en versos ingenuos (tal como se serena el agua en cántaro de barro), la frescura y el resplandor de la invención. Cantó del germinar de los elementos en las sombras primeras; de la majestad de Zeus; de los dioses y sus luchas sublimes; de los amores de las diosas y los hombres. Cantó de las tradiciones heroicas: Hércules y Teseo lidiando, en el amanecer del mundo, con monstruos y tiranos; la nave que busca el vellocino; Tebas y su estirpe fatídica... Mostró después la cólera de Aquiles, y á Héctor en los muros de Ilión; y luego, á Ulises errabundo, los encantamientos de Circe, y la castidad de Penélope. Todos escuchaban arroba-

dos: Idomeneo, con la expresión del que contempla una imagen que evoca en él el recuerdo de otra más bella ó más querida; Lucio, uno de sus tres compañeros, con gesto en que alternaban el embeleso y la angustia. —Este canto divino—dijo Lucio—me ha hecho sentir de nuevo la hermosura de los dioses que abandonamos. Conozco que mi fe ha sido herida de muerte por el poeta... —Tu fe era débil—contestó Idomeneo—; yo siento magnificada y victoriosa la mía; yo guardo para mí el dulzor del canto, y como se arroja la corteza de la almendra, desecho la vanidad de la ficción.

Pero, insistiendo Lucio en su arrepentimiento, sólo siguieron viaje Idomeneo, Merión y Adimanto. Á mitad de la jornada siguiente, atormentados por la sed, divisaron, no lejos del camino, el mirador de una alquería, y se dirigieron á ella. La casa estaba ceñida, en ancho espacio, por un huerto frondoso, que vides opulentas, enlazadas, por todas partes, á los árboles, adornaban con el oro de sus sazones. Cuando los viajeros llegaron, vieron que se preparaba en el huerto la vendimia. Ocupábanse unos en remover toneles y disponer para la obra el lagar. Otros afilaban, para segar los racimos, hoces que llenaban de desapacible música y de rojas chispas el aire. Un grupo de mujeres tejía los cuévanos y las cestas de mimbres para recogerlos. Por dondequiera reinaba la animación comuni-

cativa con que se anuncia el trabajo preparado de buena voluntad; la animación que provoca el desasosiego del estímulo en los corazones y los brazos robustos.

Satisfecha su sed, los viajeros hacían señal de despedirse, cuando el viñador preguntóles si querían quedarse aquella tarde y ayudar á las faenas, porque sus hombres eran pocos, y debía apresurar la vendimia, á fin de terminarla para el día que había indicado su señor. Agregó que hasta la otra mañana no vendrían, de los pueblos vecinos, los braceros que necesitaba, y que el tiempo que ganaría con el auxilio de los huéspedes sería bastante para evitar la demora y el castigo.

Ellos, que no habían permanecido insensibles á la sana tentación del trabajo; que recordaron la parábola de los pocos obreros para la mucha mies, y que agradecían además la hospitalidad que habían recibido, accedieron, y puestos á la obra, no fueron avaros de sus fuerzas. Adimanto contribuyó á recolectar los racimos, Merión á transportarlos, Idomeneo á la faena del lagar. La jornada acabó con tal suma de adelanto que el viñador, lleno de júbilo, abandonó sus temores. Empezó luego la fiesta con que se celebraba la vendimia, junto al báquico altar que descollaba en lo más alto del huerto, bajo brutesca arquitectura de ramas. Los vendimiadores fueron congregándose allí, mientras se distribuía,

con prodigalidad, vino de anteriores cosechas. Cuando recibieron su parte, Idomeneo invitó á los suyos á beber, al modo de los festines eucarísticos. Apartándose de los demás algún espacio, levantaron las copas. En alto las miradas extáticas, invocaron el nombre del Señor. Y como dos zuritas, de las que acudían á picar en el suelo granos dispersos de la uva, cruzasen en aquel mismo instante sobre ellos: «¡Irene y Agape!», dijo con gracia mística el de Atenas, recordando á las dos escanciadoras invisibles, mientras un rayo de sol inflamaba en las copas levantadas al aire el oro burbujante del vino...

Poco después, siendo ya de noche, y en el deseo de estar de pie con la aurora, los tres amigos buscaron un rincón protegido por los árboles y se tendieron á dormir. Pero en los ojos de Merión, beocio que llevaba en el semblante los rasgos de la sensualidad, el vino había dejado un toque de luz cálida. Sentíase allí cerca la agitación del festejo que congregaba á los trabajadores en derredor del ara del dios. El circular de sarmientos encendidos pintaba de fuego las sombras de la noche. Por todas partes parecía vagar en libertad el alma del vino. En el viento, embriagado con las exhalaciones del lagar, venían risas, canciones y el resonar de rústicos instrumentos, que denunciaba alegres danzas. Merión, incorporándose, levantó su copa del suelo y se perdió con paso sigiloso en la sombra.

Aún no se había disipado la fiesta cuando sus dos amigos saludaban de pie la bandera de la mañana, que les mostraba la dirección de su camino. No encontraron á Merión junto á ellos. «¿Estás despierto, Merión?» Tendido en tierra, desceñido, faunesco, coronado de pámpanos, como Dionysos joven á la sombra de las grutas de Nisa, el beocio les respondió, cuando le hallaron, alargándoles negligentemente su copa. Idomeneo y Adimanto partieron.

Y ¿qué era en tanto de Agenor, el que desde la primera jornada se había adelantado en su impaciencia á los otros?... Agenor había llegado acaso al término del viaje, ó tal vez seguía adelante, adelante, como en el ciego ímpetu de una fascinación.

Á poco andar, Adimanto é Idomeneo vieron abrirse ante su paso una hermosísima llanura, por donde el camino serpeaba con deliciosa volubilidad, como atraído á un tiempo por mil cosas. Blancas aldeas, rubias y onduladas mieses; tupidos bosques, á cuyos pies se deslizaba la corriente sosegada de un río, y en lo remoto, el mar azul y profundo. Caminaban absortos en la contemplación, cuando, percibiendo de cerca un aroma de manzanas silvestres, traspusieron, no sin esfuerzo, el natural vallado que orillaba el camino; y el soto más ameno, la más risueña espesura rústica que pueda imaginarse, apareció ante sus ojos y los envolvió en la fragancia de

su aliento. Bajo la bóveda que extendían los árboles más altos tejía la vida una gloriosa urdimbre, entre la cual formaba caprichosos cambiantes con la sombra la luz que descendía tenuamente velada. De aquí y de allá partían, buscando el corazón de la espesura, senderos estrechos y tortuosos, y no tardaban en oponerse á su paso las vigilantes zarzas y las hiedras cuajadas de corimbos. Los frutos todavía sujetos á la rama veíanse en tan gran copia como los que, ya desprendidos, yacían en el suelo y le alfombraban de tintes más obscuros que los que desparramaban los otros por el aire. A pesar del otoño, no escaseaban, junto á esta riqueza, galas más tempranas que el fruto. Y todo estaba virgen, radiante, como húmedo aún de la humedad del soplo creador. Fresco aposento de quién sabe qué divinidad esquiva, no había señales de haber tocado en aquel retiro planta humana. A medida que se internaban en lo espeso del soto, Idomeneo sentía cómo iba estrechándole el alma, dulcemente, el abrazo de la Naturaleza, y se abandonaba sin recelos á él. Admiraba, con la admiración que pone húmedos los ojos, todo cuanto le rodeaba; parecía beber con delicia en el ambiente; perdíase de intento allí donde formaban más hondo laberinto las frondas; tenía dulces palabras para las flores que le embalsamaban el camino; se detenía á grabar el signo de la cruz en la corteza de

los árboles, como en el corazón de catecúmenos; recordaba, de los libros sagrados, el Paraíso y la tierra que mana leche y miel; los cedros del Líbano y las rosas de Jericó, y el fondo de imágenes campestres del Evangelio. Como en la copa donde se mezclan dos vinos para mitigar los humos del más fuerte, en él el entusiasmo, la embriaguez de la vida, cosa de su raza, que, sin él quererlo, subía de las raíces de su sér, se dulcificaba con el sabor de la fe nueva, con el recuerdo del Dios que también había sabido detenerse ante la gracia de un ave, de una colina ó de una flor... Idomeneo bautizaba toda aquella hermosura al difundirse en ella por obra del amor, que identifica el alma y las cosas.

Pasóse el tiempo en aquel vagar infantil y les sorprendió en la soledad del monte el crepúsculo. Sus sombras graves parecieron una reconvención á Adimanto. Cuando, á la mañana siguiente, Idomeneo recordó que sólo faltaba una jornada para terminar el viaje, y se echó al hombro el zurrón con renovado júbilo, Adimanto confesó tristemente que no se atrevía á ponerse en presencia del maestro... Pensaba que los recibiría con severidad por su tardanza, si es que ya no había partido á la llegada de Agenor; y á pesar de las instancias de su compañero se despidió y marchó cabizbajo á desandar su camino.

Idomeneo, solo ya, siguió adelante. No tardó

en divisar, sobre la playa graciosamente enarcada, las casas blancas y risueñas de una ciudad marina, y las palmeras que la engalanaban agitándose con señas como de llamamiento, que le parecieron dirigidas á él. Inquirió, por los que hallaba á la puerta de alguna finca rústica ó ejerciendo las labores del campo, si había pasado en aquella dirección Agenor, y conoció que sí cuando le describieron la prisa, como de quien huye; el gesto extático, que les habían admirado días antes en un extraño pasajero; su palidez, el cansancio inconsciente, ó desdeñado, que revelaba, y la indiferencia con que proseguía, en medio á la curiosidad de los que se detenían á observarle.—¡Parecía un sonámbulo!—decían.

Tal como estas noticias lo pintaban, Agenor había llegado al término del viaje en un solo impulso de deseo desde su partida, insensible á la fatiga de su cuerpo, insensible á los accidentes del camino, insensible al espectáculo de la Naturaleza. No bien llegó, cayó extenuado á las plantas del maestro, aunque, más feliz que el soldado de Maratón, no fué sin vida. Durante tres mañanas y tres tardes, maestro y discípulo consultaron, de lo más alto de la ciudad, como desde una atalaya, la dirección por donde esperaban ver venir á los otros, hasta que apareció Idomeneo, y por él supieron dolidos, mas no desalentados, la inutilidad de esperar más. En-

dimión puso á Agenor á su derecha, puso á su izquierda á Idomeneo, y entonando uno de los salmos que cantan la felicidad del caminante, marchó con ellos hacia el mar. Nubes extrañas fingían maravillosas rutas en el confín del horizonte. La vela de la nave que los conduciría palpitaba sobre las aguas turbias é inquietas, á modo de un gran corazón blanco...

Y así, junto al maestro que representaba para ellos la verdad, inmunes de las tentaciones á que habían sucumbido los discípulos que, por veleidosos ó cobardes, no continuaron el camino, partieron: Agenor, el entusiasmo rígido y austero, la sublime obsesión que corre arrebatada á su término, con ignorancia ó desdén de lo demás; Idomeneo, la convicción amplia, graciosa y expansiva, dueña de sí para corresponder, sin mengua de su fidelidad inquebrantable, al reclamo de las cosas: el convertido de Atenas que, de paso para su vocación, supo atender á las voces con que lo solicitaron la caridad, el Arte, el trabajo, la Naturaleza, y que de las impresiones recogidas en lo vario del mundo formaba, alrededor del sueño grande de su alma, un cortejo de ideas...

CI

Á través de todas las transformaciones necesarias de nuestra vida moral, perdura en ella, renaciendo bajo distintas formas, manifestándose en diferentes sentidos, nunca enervada ni en suspenso, una potencia dominante, una autoridad conductora; principio á un tiempo, de orden y de movimiento, de disciplina y de estimulación.

En la esfera de la voluntad, sea ella un propósito que realizar, un fin para el que nuestras energías armoniosamente se reunan. En la esfera del pensamiento, una convicción, una creencia, *ó bien* (no olvides esto) *un anhelo afanoso y desinteresado de verdad que guíe á nuestra mente en el camino de adquirirlas.*

Sólo por la sustitución positiva de ambas potestades será eficaz nuestro desasimiento de las que en determinado instante nos dominen, porque, para emanciparse de una fuerza, no hay medio sino suscitar en contra de ella otra fuerza. Y sólo por la función que es propia de ellas, entonaremos nuestra vida, impidiéndola adormecerse en el estancamiento del ocio, ó disiparse en la estéril fatiga del movimiento sin objeto.

Vano sería que, con menosprecio de la com-

plejidad infinita de los caracteres y destinos humanos, se intentara reducir á pautas comunes cuáles han de ser tal propósito y tal convicción: bástenos con pedir que ellos sean sinceros y merecedores del amor que les tengamos. No juzguemos tampoco de la realidad y energía de estos principios directores poniéndoles por condición la transparencia, la lógica y la asiduidad con que aparezcan en la parte de vida exterior de cada uno. Aun más: bien pueden ellos asistir en un alma sin concretarse en idea definida y consciente: sin que el alma misma lo sepa; como bien puede ceder á una atracción aquel que piensa que se mueve con voluntariedad; y no por esta causa es fuerza que sea menor la eficacia y poder de tales principios. Así mientras hay quienes presumen de llevar en sus actos una superior finalidad y de alimentar en su alma una creencia, y todo es vanidad y engaño, porque las que toman por tales no son sino mirajes de su fantasía, sombras que tocan y no mueven los resortes de la voluntad, hay también quienes, alardeando quizás de indiferentes, ó acusándose de escépticos, llevan, muy abrigada y en seguro, una luz interior, una oculta fuerza ideal que, sin que ellos lo sepan, concierta y embalsama su vida, guiando, con el tino genial de lo inconsciente, sus pasos, que ellos consideran errabundos, y su corazón, que ellos tienen por santuario sin dios...

CII

Dicen de San Pedro de Alcántara que, por el hábito humilde de llevar siempre puestos en el suelo los ojos, no supo nunca cómo era el techo de su celda. Imaginemos que pueda suceder otro tanto al escritor á quien la continuidad de fijar la vista en el papel, desacostumbra de mirar á lo alto de su estancia; ó bien al hombre apesadumbrado, al reflexivo, al encorvado por enfermedad ó vejez. Pues á pesar de este desconocimiento del techo bajo el cual pasan la vida, en cuanto ven y perciben á su alrededor hay una modificación que procede virtualmente del techo. Porque él *domina*, de todas veras, en la estancia; y no se reduce á ser en ella límite y abrigo, ni á completar y presidir la apariencia, sino que, á modo de genio tutelar, asiste en el ambiente y las cosas. Por su color y pulimento, el techo influye en el grado de la luz. Según la especie de su composición, refuerza ó atempera el calor. Por su forma y altura, rige en el modo como se propagan los sonidos. La reverberación de ese espejo, el matiz de esa tapicería, el tono de ese bronce, algo, de intensidad ó atenuación, le deben. Ejércese su imperio sobre el eco que

levanta la voz y sobre el rumor que hacen los pasos: todo está en relación de dependencia con él.

Así una soberana idea, una avasalladora pasión, que ganan la cúspide de nuestra alma, influyen, en nuestros pensamientos y obras, mucho más allá de su directo y aparente dominio; y si bien no alcanzan nunca á sojuzgar del todo las discordancias y contradicciones que nos son connaturales, participan á menudo en lo que parece más ajeno y remoto de sus fines. Y aunque tal idea ó pasión permanezcan, como suelen, fuera de la luz de la conciencia, y tú no sepas cuál es la fuerza ideal que tiene mayor poder sobre ti—nuevo Pedro de Alcántara que desconozcas el techo de tu celda—; ó aunque sabiéndolo, apartes de esa fuerza el pensamiento, y porque la olvidas imagines que la alejas, ella, mientras no sea arrancada de raíz, influirá constantemente en tu alma; ella dominará tu vida espiritual, hasta el punto de que no se dará dentro de ti cosa relativamente duradera que no lleve, en algo, su reflejo.

Por esta razón, no es menester que una suprema finalidad á que consagramos nuestra vida, ahuyente, celosa, de su lado, á las otras que quieran compartir con ella, en menor parte, nuestro amor é interés. Déjelas vivir; y secreta y delicadamente, las gobernará y aplicará á su antojo; y lejos de tener en ellas rivales, tendrá

amigas y siervas. Tal vimos que pasaba en el espíritu de Idomeneo, que, concediendo su atención á las cosas del camino, en todo lo que sentía y admiraba ponía un recuerdo del móvil superir que le llevaba sin premura á su término.

CIII

La imagen fiel, el caso ejemplar, de esta omnipresencia de una idea que ocupa el centro del alma, es el espíritu del enamorado, que se agita en mil lides y trabajos del mundo, sin que por ello se aparte en un ápice, de su pasión. Un grande amor es el alma misma de quien ama, puesta en una honda, original armonía; de suerte que todo lo que cabe dentro de ese vivo conjunto, está enlazado á aquel amor con una dependencia semejante (por no negar palabras á otra imagen que me las pide) á la que vincula á la varia vegetación de una selva con la tierra amorosa, de cuyo seno brotan los jugos que luego ha de transformar cada planta según las leyes propia de su generación. Todo lo de la selva: la frondosa copa y la hierba escondida; la planta que compone el bálsamo y la que produce el veneno; la que despide hedor y la que rinde perfume; la serpiente y el pájaro; todo lo de

la selva se auna y fraterniza dentro de la próvida maternidad de la tierra. Así á un grande amor no hay recuerdo que no se asocie, ni esperanza y figuración del porvenir que no esté subordinada. Cuanto es estímulo de acción, cuanto es objeto de deseo, viene derechamente de él. Él preside en la vigilia y el sueño, numen del día y de la noche; y si hay un acto ó pensamiento en la vida que parezca ajeno á esta concorde unidad, pronto una mirada atenta encontrará la relación misteriosa; como cuando miramos el reflejo de la orilla en el agua, y vemos, entre otras, una forma fluctuante que no parece corresponder á cosa de afuera, hasta que luego la atención descubre que aquello viene, como lo demás, de la orilla.

CIV

Con esta aptitud de una potencia directora del alma, para avasallar, habilidosa é indirectamente, todo lo que medra en torno de ella, sin necesidad de propender á quedar solitaria y única, tiene congruencia el tema que llamaré de la *asociación* ó la *subordinación* de vocaciones. Á los casos en que el tiránico y receloso absolutismo de una vocación, como el que indicamos

en Carlos XII y en San Bruno, hiela y aridece el espíritu para cuanto se aparte de una perenne idea; pueden oponerse aquellos en que una vocación predominante, sin disminución de su fervor, sino, por el contrario, persuadida de éste mismo, suscita y estimula otras vocaciones secundarias, conviviendo con ellas y empleándolas como instrumentos suyos, con lo que se resarce de la parte que les cede de fuerza y atención.

La universalidad legitimada por una omnímoda é igual suficiencia es privilegio rarísimo; y aquella falsa universalidad que disipa en aplicaciones vagas y dispersas las energías que pudieran ser fecundas si se las fijara un objeto constante, es como rasero que allana todo relieve del pensamiento y de la voluntad; pero la unión de dos, y aun más, vocaciones, cuando las vincula una correlación orgánica, que hace que se complementen ó auxilien entre sí, es eficaz y dichosa armonía, que la Naturaleza frecuentemente concierta, y constituye un interesante sujeto á que referir la observación de los espíritus.

Veces hay en que no puede hablarse de asociación de dos vocaciones, ni de subordinación de la una á la otra, sino sólo de coexistencia. Viven ambas en incomunicación, sin que las enlace ni una afinidad esencial, proveniente de su índole y objeto, ni una relación que traben ac-

cidentalmente en la unidad personal de quien las reune. Cada vocación es un sistema autónomo, y como un alma parcial, que se manifiesta por actos á que para nada transciende el influjo de la otra. Ejemplo de ello hallaríamos en la personalidad de Garcilaso, movida, á un tiempo, por los númenes de la guerra y de la poesía, y en quien el poeta no se acordó jamás de que era á la vez heroico soldado, porque cantó, no glorias épicas, sino escenas pastoriles y tiernos amores. Serían ejemplo de ello también los sabios en las ciencias de la Naturaleza, que, como Arago y como el químico Dumas, concedieron parte de su tiempo á la acción ó la propaganda política. Pero, con mucha más frecuencia, dos vocaciones que coinciden en una sola alma, mantienen entre sí relaciones, más ó menos claras y directas, de ayuda y colaboración. Y aun cuando no concurran, ni tengan modo de concurrir, á un objeto común, sino que aparentemente se separen para la obra, esas dos aptitudes que un mismo espíritu abarca, suelen auxiliarse, cada cual desde su campo, de tan eficaz y recíproca manera, que se las compararía con el alga y el hongo contenidos en la unidad maravillosa del liquen: asociación inquebrantable, conmovedor ejemplo de mutuo socorro para las primeras luchas por la existencia, en que el alga toma del hongo la humedad que ella no tiene y necesita, y el hongo toma del alga los principios asimi-

lables que él no podría elaborar por sí. Cada aptitud proporciona á la otra elementos, sugestiones, estímulos, medios de disciplina ó de expresión.

Pocas veces este lazo solidario entre dos aptitudes que comparten la extensión y fuerza de un espíritu, está fundado sobre tan justa reciprocidad y tan exacta proporción, que no sea posible señalar cuál de las dos descuella y tiene el mando; aunque no por esta preferencia de una ha de entenderse que el beneficio de la unión sea para ella sola, sino común á entrambas; á la manera como hay común interés en las relaciones entre el amo y el obrero, ó entre el maestro por oficio y el alumno. Aun en aquellos espíritus universales en que multitud de aptitudes se congregan, determinando una como ausencia de vocación diferenciada y precisa, no es difícil empeño acertar con la nota fundamental. Así, en Don Alfonso el Sabio predomina el carácter del legislador; en el Dante, el del poeta; en Raimundo Lulio, el del filósofo; el del pintor en Leonardo de Vinci.

CV

Indiquemos algunas de estas subordinaciones de aptitudes. Las distintas formas de vocación

contemplativa, entendiendo por tal la que se cifra en el ejercicio del pensamiento y el cultivo de la Ciencia ó el Arte, aparecen frecuentemente en el espíritu del hombre de acción, como medios encaminados al logro del objeto que persigue su voluntad: como auxiliares de esta preponderante vocación activa. Así en los grandes capitanes y en los grandes conductores de multitudes, á quienes la posesión de cierta facultad literaria ha servido, ya para realzar la influencia de su personalidad y su ejemplo con el poder arrebatador de la palabra caldeada en las fraguas de la pasión y del arte; ya para esculpir ellos mismos, con la narración de sus hazañas, el pedestal de su inmortalidad: Xenofonte, Josefo, Julio César, Bonaparte, Bolívar... Así también en los hombres de Estado, consejeros y agitadores, para quienes la aptitud oratoria, incluyendo, como especie de ella, la de la propaganda escrita, propia de nuestro Agora moderno, ha sido instrumento eficaz de su principal carácter de hombres de acción: Pericles, lord Chatham, William Pitt, Danton, Guizot, Thiers...; y aun pudiera decirse que es de la naturaleza de este dón de la oratoria elocuente, no manifestarse en su plenitud sino por semejante consorcio ó vasallaje; porque el dón de la oratoria no es grande por sí: es grande como aptitud subordinada al arte soberano de la acción, de donde toma, no sólo su transitoria utilidad,

sino también su perenne y peculiar belleza. Subordínanse igualmente las letras á la acción en aquellos otros hombres políticos que han dejado la substancia de su experiencia, ó la historia de sus recuerdos, en obras que la posteridad lee, no únicamente por su interés histórico, sino por su valer literario: como Maquiavelo, como Antonio Pérez, como Felipe de Comines. Y subordinándose también en los descubridores y exploradores que han sabido reflejar, en páginas donde circula el aire y la luz, la emoción de las aventuras gloriosas, y la palpitación de la Naturaleza sorprendida en su desnudez y candor: desde el más alto de todos, desde Colón, con la pintoresca é ingenua poesía de ciertos pasajes de su *Diario*.

Relación semejante ofrece el espíritu del apóstol favorecido con la virtud, ya cariciosa, ya flageladora, de la expresión, ó que resueltamente penetra en los términos del Arte para pedir á la obra bella alas con que propagar su doctrina. Del anhelo de comunicar la propia fe y de mover el impulso de la caridad, fluye en los siglos ese doble río de elocuencia; poderoso; encrespado y bramador en Crisóstomo, en Tertuliano, en Jerónimo: de cuya casta de espíritus viene el alma de fuego de Lamennais; manso, suave y arrullador en Ambrosio, en Gregorio Nacianceno, en Basilio, que prestan el secreto de su gracia á Fenelón y á Francisco de Sales. Y tanto

en el pastor que se auxilia de la palabra para formar ó conducir una piadosa grey, como en cualquier otra especie de hombre de acción que sea dueño á la vez del dón de la forma, frecuentemente ocurre que esta aptitud subordinada es la que lleva en sí el superior merecimiento y la promesa de la gloria cierta, por más que la mayor intensidad de la vocación y del anhelo esté de parte de la otra; y quizás cuando ha pasado la virtud de la palabra para mover las voluntades, su hermosura aparece mejor, más limpia y patente; al modo como, quebrada la redoma, transciende y se difunde el bálsamo.

Pero no es sólo la aptitud de hablar ó escribir bien lo que, en los espíritus preferentemente consagrados á las obras de la voluntad, vale como potencia accesoria de la acción. Otras maneras de Arte se prestan igualmente á desempeñar ese auxilio. Cómo la facultad de la composición musical, subordinándose á la vocación del apóstol, del reformador, la sirve de instrumento precioso de convocatoria y simpatía, muéstralo el *Choral-Buch* de Lutero, donde la conciencia religiosa emancipada y entonada halla su expresión en el lenguaje sublime á que dos grandes almas, encendidas en igual fuego de original y cándido fervor: Ambrosio, el mismo de la suave elocuencia, y Gregorio Magno, dieran norma y medida cuando los balbuceos de la fe. Y si en las notas de la Música cabe el ge-

nio de propaganda del apóstol, cabe también en los colores y las líneas; y el apóstol pintor encarna en la figura de Metodio, el monje griego que, poniendo ante los ojos de Bogoris su *Juicio final*, comunicó al pecho del rey búlgaro la llama de piedad que le había movido á pintarlo.

Esta tendencia de la vida de acción: el apostolado religioso, préstase, más que otra alguna, para ejemplo de cómo una vocación que pertenece al orden de la voluntad, suscita y mantiene bajo su amparo y sugestión otras vocaciones, de la voluntad misma ó del pensamiento. Cuando la vocación religiosa asume forma ascética y contemplativa, es, por su aciaga fuerza de inhibir y sofocar todo expansivo impulso del alma, ejemplo cabal de lo contrario: ejemplo cabal de vocación que se recoge á su centro y queda en monótona quietud; pero si tiende á la acción y al proselitismo, entonces, por la propia razón de que dispone de los más formidables apasionamientos y las más imperiosas disciplinas que puedan subyugar la naturaleza del hombre, da aliento é inspiración á diversísimas actividades y vocaciones secundarias, que se desenvuelven en el Arte, ó en la Ciencia, ó en las más varias direcciones de la vida activa. Una comunión de creyentes ha menester las formas de un culto; y así para la eficacia de este medio de obrar sobre la imaginación y la sensibilidad, como para realzar la dignidad del obsequio que tribu-

ta á su Dios, propende á acoger en su regazo los primores y magnificencias del Arte: ya levantando las columnas y torres de sus templos; ya tallando en la piedra sus imágenes venerandas; ya fijándolas, por el color, en el lienzo; ya cincelando el oro y la plata para las alhajas del altar; oficios todos que se confundieron con la misma profesión religiosa, en los monjes arquitectos, escultores, imagineros y orífices, de los tiempos medios; ya expresando y comunicando la emoción por los sones de la Música, que, hasta después de entrado el siglo XV, fué también oficio de eclesiásticos; ya, finalmente, recurriendo á la virtud de la palabra, en la oratoria y el himno. Pero, no satisfecha con los auxilios del Arte, esta idea avasalladora requiere los de la Ciencia, y los de distintos géneros de acción. Desde luego aspira á prevalecer por la enseñanza, y esto determina una vocación pedagógica que se complementa, para el gobierno perenne y sutil de las conciencias, con la práctica de la observación del psicólogo y el moralista; y además vincula á sus propósitos el ejercicio de la caridad, lo que la pone en fácil relación con la ciencia de curar los males del cuerpo, cien[illegible] que, subordinada á la inspiración caritativa, imprime carácter á la figura del monje cirujano, del famoso Baseilhac. Por otra parte, una fe religiosa tiende, de suyo, á expandirse, á llegar á remotas gentes, á convertir á los que perma-

necen fuera de la verdad que ella cree poseer: y de aquí nacen dos vocaciones tributarias que, como las demás de esta especie, transcienden más allá de su inmediata finalidad piadosa: la vocación científica del filólogo y la vocación activa del explorador. El impulso á estudiar las lenguas bárbaras ó extrañas para buscar camino por ellas en el corazón del infiel; impulso que llevó á Raimundo Lulio, en su reclusión del Monte Randa, á sumergirse en las fuentes de la ciencia árabe, y que contribuyó poderosamente á iniciar á la Europa cristiana en el conocimiento del árabe mismo y del hebreo, fué también el que inspiró á los misioneros españoles y portugueses que, yendo tras las huellas de los conquistadores, trajeron la Filología, el estudio de las lenguas americanas, y dilataron ó perfeccionaron el de las asiáticas. La vocación del explorador de tierras incógnitas, identificada con la del misionero, aparece, aun modernamente, en espíritus como el de Livingstone, que llevaba consigo, á lo ignorado del África, junto con los instrumentos de la observación científica, la Biblia del evangelizador.

Como la vocación religiosa, las demás manifestaciones de la vida de acción: la del soldado, la del navegante, la del político, toman con frecuencia también bajo su protección y tutela actividades del espíritu, que no se reducen á la que indicamos ya de la expresión literaria. Do-

cumentos de esto son aquellas mismas obras en que marinos, hombres de gobierno y guerreros han dejado testimonio de sus hechos y de su experiencia; siempre que en las páginas de tales obras predomine, sobre los prestigios de la forma y el arte de la narración, el caudal de observaciones recogidas en el trato con la naturaleza física, ó de nociones referentes al arte de la guerra, ó á la ciencia y el arte de la política. Montalembert es ejemplo de ilustre capitán, cuya eminente aptitud en las ciencias que tienen conexiones con la profesión de las armas le valió para unir á los lauros de la acción, y aún mejor ganados, los del estratégico teórico. Igual cosa se diría del archiduque Carlos, que después de resistir gallardamente á los ejércitos de Napoleón dejó, por fruto de su experiencia y su saber, dos obras clásicas en la estrategia.

Una patente demostración social ó colectiva de cómo una apasionada efervescencia de las energías de la acción provoca y estimula, como actividad subordinada, los afanes del conocimiento científico, particularmente en su aplicación á las artes de la utilidad, ofrécela la Francia revolucionaria: cuando, respondiendo la Convención al doble propósito de la defensa nacional y de la consolidación del nuevo régimen político, mantiene en los espíritus electrizados por los entusiasmos de la libertad aquella emulación de descubrimientos ó invenciones con que poner,

en manos del heroísmo, más poderosas fuerzas; de donde nacieron el telégrafo de señales, los primeros ensayos de la aerostación militar, el perfeccionamiento de la fabricación del acero y de la pólvora; mientras, en esfera más alta y permanente, el nuevo espíritu alentaba la reorganización de la enseñanza común y de toda suerte de estudios; congregándose, para las distintas manifestaciones de esta obra del saber, puesta al servicio de una acción titánica, entendimientos científicos como el de Condorcet y el de Lagrange, el de Berthollet y el de Fourcroy. En pasados siglos, los romanos de Marcelo habían visto multiplicarse y agigantarse, cual si interviniesen artes de magia, la resistencia de la ilustre Siracusa á sus armas conquistadoras, por inspiración del matemático de genio, que, sublimando su ciencia en amor de patria, oponía á las naves del sitiador sus espejos ustorios, sus palancas guarnecidas de garfios y sus catapultas ciclópeas; para luego personificar la trágica fatalidad de la caída, sucumbiendo al golpe del soldado que le encuentra absorto, mientras raya en el suelo las líneas de un problema.

Así como la acción se vale de la sociedad del pensamiento, las diferentes formas de la vida de acción trábanse, frecuentemente, en aptitudes compuestas, donde una á otra se realzan y estimulan. El genio militar asociado á la superior capacidad del mando civil y la inspiración de

las leyes, fulgura en Carlomagno, en Napoleón, en Federico el Grande. La voluntad perfecta del santo, conciliada con un dón que, como el de gobernar á los pueblos, parece incluir por necesidad algo de malicia ó violencia, se llama Marco Aurelio en el paganismo, Luis IX en los siglos cristianos. La gloria del marino y la del guerrero se confunden en quienes, como Nelson, ganaron fama luchando con las tormentas y los hielos, antes de realzarla luchando con los hombres; y en quienes, como Alburquerque, después de orientarse sobre la mar á tierras remotas, las sojuzgaron por la espada. La compañía del heroísmo guerrero y la vocación del amor caritativo y piadoso de que nace el heroísmo de la santidad, es unión contradictoria y tremenda, como de principios enemigos, que mientras se abrazan, se repelen, y mientras se socorren, se odian; pero de esta contradicción, comparable á las disonancias con que el músico de genio suele obtener estupenda y paradójica armonía, nace aquel género de sublimidad que admiramos en el alma ardiente del cruzado, en quien compiten el derretimiento de piedad y el ímpetu vengador.

Asociaciones como ésa, de principios antagónicos que se sintetizan y levantan á una inesperada unidad, suelen producir, en el orden de la vocación, como en todas las manifestaciones del espíritu, eficaces y sorprendentes resultados, con lo que se corrobora lo que dijimos al

hablar de las complexidades y contradicciones de nuestra naturaleza, que, aproximando á veces elementos que nunca estuvieron juntos ni parecerían capaces de estarlo, dan con ello ocasión á una originalidad superior, persistente y fecunda. El ejemplo más alto y significativo que pudiera citarse es el de Colón. Dos vocaciones diversísimas, y aun antitéticas, dentro de la general categoría de la vida de acción, reuniéronse en aquella alma extraordinaria: una vocación de iluminado, de profeta, de apóstol, persuadido de su predestinación para ensanchar los dominios de su fe y rescatar el sepulcro de su Dios; y una vocación de logrero, de mercader, de negociante codicioso y tenaz, como de raza liguria, que le llevaba en fascinación tras los imaginarios reflejos del oro soñado en sus visiones de lejanas Cólquidas. Acaso, separado y solo cada uno de estos estímulos, no hubiera sido capaz de llevar el hervor de la voluntad al punto necesario para sazonar la perseverancia inquebrantable de la resolución; pero los dos se unieron y la voluntad tomó su punto.

El sentido común propende á considerar alejados, por natural antipatía, el fervor de una apasionada idealidad, y la inteligencia del dinero y el sentido de los intereses materiales. Pero si so piensa en que, aun allí donde el desprendimiento y la abnegación de todo bien terreno resplandezcan más puros, cabe estimar los

medios de acción que proporciona la riqueza para llevar adelante una obra magna ó acudir á las necesidades de los otros, se concebirá fácilmente la posibilidad de un espíritu inflamado en un grande amor ideal y que, por instrumento de este amor, pone en ejercicio, no energías heroicas ni inspiraciones remontadas, sino una habilidosa y perseverante aptitud de administración y economía. El cristianismo primitivo, naciendo del seno de una raza donde se unieron siempre la más ferviente religiosidad y el más fino tacto económico, confió la dirección y vigilancia de las cosas temporales, en las comunidades que instituyó, á manos de los *diáconos;* y estos trabajadores prudentes y celosos, á quienes la idea cristiana debe la parte más sólida, aunque menos aparente, de su propagación, fueron hombres de idealidad y de fe, que al servicio de la suprema vocación de su alma pusieron un admirable sentido de la vida práctica y de conservación y de equidad en el cuidado de los bienes comunes y el reparto de sus rendimientos.

CVI

Si una preponderante vocación activa usufructúa á menudo, como de vocación accesoria,

de la aplicación á una ciencia ó un arte, dase también la subordinación opuesta: una preponderante vocación de ciencia ó arte que se auxilia para los fines que le son propios de la tendencia á determinado género de acción.

Suele la voluntad del héroe hacer compañía al genio del poeta, el cual diríase que arranca entonces, por su propio brazo, de las entrañas de la realidad, el material que luego su genio doma y esculpe. Del rojo cobre heroico fundido con el resplandeciente estaño de la imaginación del poeta, nació el bronce del alma de Esquilo y del alma de Camoens, y del alma de Ercilla; y héroe y poeta á la vez, Kœrner cae gloriosamente en Mecklemburgo, después de haber exaltado, como el Tirteo de otra Esparta, el sentimiento de la libertad. No menos suele infundirse eficazmente la vocación del heroísmo en un alma de artista, para suscitar el estallido del dón de belleza en obra grande y vividora; como cuando la fiebre del entusiasmo bélico desata en Rouget de Lisle la inspiración de su himno inmortal. De la acción puede partir el primer impulso del Arte, como del Arte el primer impulso de la acción: el anhelo de fijar en forma sensible los recuerdos de sus campañas en la epopeya napoleónica, despierta el numen del pintor en Lejeune; y en orden inverso, la preferencia por las escenas de guerra como objeto de pintura, induce á Adolfo Beaucé á abrazar

el género de vida en que podrá observar de inmediato la realidad que prefiere para original de su arte.

El instinto de libertad, de aventura, de indagación curiosa, de la vocación del marino, aportando materiales é inspiraciones á una dominante facultad de escritor, produce á Marryat, á Fenimore Cooper; y en nuestra época, y en más alta esfera de arte, al encantador Loti, último y alambicado vástago de la posteridad de Marco Polo.

Una vocación científica puede, igualmente, buscar en la acción instrumento que le valga ú objeto que la inspire. Basta, para imaginarlo, comparar la existencia sedentaria del sabio recluído en la clausura de la biblioteca, del laboratorio ó del museo, con la del sabio explorador, con la del viajero por amor de la Ciencia: La Condamine, Bonpland, Stanley..., en cuyo espíritu concurren necesariamente, con las facultades propias de la sabiduría, muchas de las condiciones esenciales del hombre de acción: la voluntad resuelta, la familiaridad con el peligro, la experiencia del mundo, la disposición y agilidad para las marchas arduas y penosas, y á veces el heroísmo sublime y la abnegación del sacrificio. De semejante modo, la vocación del arte médica, vinculándose, por el objeto á que se aplica, con la actividad y las costumbres de la carrera de las armas, produce un cirujano mi-

litar como Percy, incorporado á los ejércitos de la Revolución y del Imperio hasta el mismo día de Waterlóo, para llevar adelante, paralelamente á los combates de la ambición y del odio, y con táctica no menos vigilante y rápida, los combates de la Humanidad y de la Ciencia.

CVII

Prescindiendo ya de la acción, las distintas aptitudes de la mente forman, las unas con las otras, vocaciones complexas, en que cada aptitud pone, según el fin que predomina, ya lo fundamental, ya lo accesorio.

Para el genio científico el privilegio anexo de la aptitud literaria es instrumento preciosísimo, con el que vuelve diáfana y comunicable la verdad, por la virtud de la exposición luminosa, y logra la notación distinta y neta de todos los matices del pensamiento. Tal en Galileo, en Buffon, en Humboldt, en Claudio Bernard, en Pasteur... Si las condiciones literarias se levantan á más alto grado, comprendiendo aquellas virtudes esenciales de la imaginación y el sentimiento, que invaden los dominios de la creación poética, resultan de ella espíritus como el de un Renan ó un Guyau, en quienes el entendimien-

to de verdad y el dón de realizar belleza se compenetran y ensimisman, de modo que no parecen formar sino una única aptitud: una aptitud compuesta, dentro de la cual sería difícil discernir la parte que toca á cada género de facultades. Diríase entonces, usando el lenguaje de la Química, que hay entre ambos combinación, no mezcla solamente. ¿Quién apartaría en la *Vida de Jesús*, ó en *La Irreligión del porvenir*, la obra del pensador de la obra del artista?...

Recíprocamente, la presencia de todas ó una parte de las facultades propias del sabio, completando un espíritu en que prevalecen las del poeta, imprime un sello peculiar á esas almas que compiten, hasta donde es posible en tiempos de plenitud de cultura, con el carácter del poeta primitivo, revelador y educador: los Homeros y Valmikis de las edades refinadas y complejas; desde Lucrecio, por quien la savia del saber antiguo cuajó en pomposa magnolia, hasta Goethe, que llegó en la ciencia á la originalidad y la invención, y Schelling, á quien deliberadamente cuento como soberano poeta de la prosa, en síntesis *sublimemente didáctica* del mundo, antes que como filósofo. La inspiración de Leopardi, evocando, en su purísima integridad, la más íntima belleza antigua, y exprimiendo en sus formas transparentes la amargura de una propia y personal filosofía, que tiene su lugar bien diferenciado en la historia de las ideas, n

pudo nacer sino, como nació, de espíritu que era el de un filólogo eminente y el de un metafísico de genio. La ciencia de las cosas pasadas, subordinándose á la intuición, por medio artístico, de la misma muerta realidad, concurre á la aptitud peculiar de los novelistas históricos, como Walter Scott, Freytag y Manzoni. Si se invierte el orden de esta subordinación, dando el primer rango á la verdad estricta y comprobable, se pasa á la ciencia de la historia tal como la conciben y ejecutan los historiadores coloristas: Thierry, Barante, Michelet; pero, aunque abstractamente considerado este género, sea ciencia que se auxilia del arte, es más frecuente que, en la obra concreta y en las facultades del autor, el arte prevalezca sobre la otra vía de conocimiento. Ni es menester que se aplique á una de estas formas intermedias entre Ciencia y Arte, la producción del escritor artista, para que su ciencia, si es honda y potente, transcienda á la belleza que él crea, y circule por bajo de ella como la corriente invisible de la sangre que presta aliento y calor á un cuerpo hermoso. La acrisolada sabiduría de un Flaubert ó un Merimée, ¿qué suma de luces y elementos no habrá aportado á la realización porfiadísima de aquel ideal de belleza fundada en verdad, precisión y limpidez, que ambos persiguieron?... El modo como el naturalismo literario soñó en identificar al Arte con la Ciencia, no fué sino transitorio

desvarío, porque importaba desconocer la autonomía inviolable y esencial de los procedimientos del Arte; pero toda relación es posible y fecunda mientras se contenga en el fondo y sedimento del espíritu, donde hunde sus raíces la obra, y deje libre el sagrado misterio de la generación estética.

El acuerdo de una afición científica circunscripta á un objeto limitado y único, con una inspiración de poeta, aplicada y ceñida al mismo y único objeto, de modo que formen entre ambas una simple y graciosa armonía, como fruto y flor que una menuda rama sustenta, vese en la sencilla dualidad de espíritu de Rodrigo Caro, el arqueólogo contraído á las vejeces de su tierruca, que, volviendo de remover, en las orillas del Betis, el polvo de las ruinas romanas, supo decir inmortalmente á Fabio la tristeza de los *campos de soledad* donde fué *Itálica famosa.*

En el artista plástico y el compositor de música, no menos que en el escritor y el poeta, un fondo de saber extenso y vario, que se dilate, más allá de lo técnico de la cultura, con honda perspectiva de ideas, que para el artista son visiones, es mina que enriquece la imaginación, y roca sobre que ella adquiere seguridad y firmeza. Pero además en el conocimiento teórico de cada arte, que complementa y acrisola la maestría de la práctica, caben vínculos más directos y constantes con la aptitud en determinado gé-

nero de ciencia. Así nadie podría determinar con precisión dónde acaban los términos de la anatomía pictórica dentro de la descriptiva, ni hasta qué punto el cabal dominio de esta última es capaz de fortalecer y afinar las vistas que infunde la primera, cuando, como en Leonardo de Vinci, el estudio de las formas humanas, iluminado por la observación genial del pintor, se apoya en aquella comprensión, más honda y analítica, de nuestro cuerpo, que adquirió de experiencias é investigaciones por las que merece lugar entre los precursores de Vesalio. Alberto Durero señoreó también un fundamento de cultura que excede de los límites estrictos de la disciplina del pintor y le habilita para escribir, con discreción y originalidad, ya sobre las medidas geométricas, ya sobre las proporciones humanas. El arquitecto artista es, por esencia de su oficio, el ejecutor de una obra de utilidad á que concurren la Geometría y la Mecánica, y para complemento y realce de lo que hay, en su labor, de ciencia aplicada, pone su intuición de belleza. En el teórico de la Música, que frecuentemente lleva en sí, como aptitud accesoria, y aun predominante, la facultad de la creación ó de la interpretación, la inteligencia matemática es elemento precioso, y al que le vincula natural afinidad y simpatía, tratándose de un arte que reposa todo él en relaciones numéricas de sonidos é intervalos. Así es matemático eminen-

te un Choron, y obra de matemáticos fué en la antigüedad, desde Architas de Tarento y Pitágoras hasta Boecio, cuanto se razonó sobre la concordia de los números sonoros. Ciencia matemática es la Astronomía, y tanto Herschell como Tolomeo, entendieron de música, y Herschell fué ejecutante y cifró en ello la vocación de su adolescencia.

Por otra parte, dos aptitudes: una, científica; otra, artística, que coexisten en un espíritu, aun cuando no se relacionen de modo persistente y orgánico, que nazca de conexiones reales y objetivas entre la una y la otra, pueden vincularse accidentalmente y con resultado fecundo. La vocación artística interesa y estimula al espíritu para una tarea en que aplique las luces de su ciencia, y este ha sido el origen de más de un descubrimiento glorioso y más de una eficaz investigación. La antigüedad atribuía la primera determinación de las leyes de la perspectiva al genio de Esquilo, que, movido del deseo de asegurar el efecto y propiedad de las decoraciones teatrales de sus obras, habría convertido la atención á aquel punto de la Matemática. Van-Eyck, el gran artista flamenco, á quien pertenece, segun toda probabilidad, la invención de la pintura al óleo, era un hombre de ciencia, que fué llevado, por sugestión de su facultad dominante de pintor, á emplear su dominio de la rudimentaria Química de entonces, en la búsqueda del pro-

cedimiento que diese brillo y gradación á las huellas del pincel. De análoga manera, Daguerre, que halló el modo de fijar las imágenes obtenidas en la cámara obscura, fué un espíritu en que se reunía á la vocación y la aptitud del experimentador científico el interés por la reproducción artificial de las formas, propio de su naturaleza de pintor. En memorias del gran Cuvier se hizo el elogio de los sabios trabajos de Bennati, el médico mantuano que, poseyendo una hermosísima voz y una apasionada vocación de cantante, concretó su ciencia fisiológica al objeto que le señalaba la predilección de su facultad artística, en perspicaces investigaciones sobre el mecanismo de la voz humana.

Si de la relación entre Arte y Ciencia pasamos á la de las diferentes artes entre sí, siempre en cuanto á la posibilidad de asociarse dentro de la capacidad de un mismo espíritu, la frecuencia de estas asociaciones acrece. De la unión de las tres artes plásticas en un artista dimos ejemplos cuando hablamos de la universalidad de la aptitud. La Pintura y la Escultura se concilian, ya en quienes fueron ante todo pintores, como Paul Dubois; ya en quienes fueron preferentemente estatuarios, como Millet. Todavía más fácil y común es el consorcio de las dos artes de la piedra: Arquitectura y Escultura, que, hasta muy adelantado el moderno resurgir del Arte, no se separaron, emancipándose la estatua de la

unidad del organismo arquitectónico; y que, aun después de consumada esta emancipación, juntan sus luces en artistas como Jacobo Sansovino, Ammanati y Juan de Bolonia. Reunir á la inspiración de un arte plástica la de la Música, ya es caso más singular y peregrino, como que requiere el desposorio de dos formas, en cierto modo antitéticas, de imaginación. La universal facultad de los espíritus del Renacimiento las presenta unidas, sin embargo, aunque en muy desigual proporción de aptitudes, en pintores insignes, como Miguel Angel, Leonardo y el Verocchio, y aun entre los artistas plásticos modernos no faltan quienes, como Delacroix y el Ingrés, tuvieron una secundaria aptitud musical, que si hubiera gozado de preferente vocación, acaso excediera de la medianía. Difícil parece concebir cómo maneras de imaginar tan divergentes podrían auxiliarse ó cambiar entre sí estímulos y sugestiones; pero si se considera que en una imaginación plástica de enérgica virtud las impresiones del sonido, como cualquier otro género de sensación, sentimiento ó idea, propenderán naturalmente á sugerir formas visuales, es fácil admitir que la emoción musical, traduciéndose en el espíritu del pintor por representaciones corpóreas, que expresen correspondencias más ó menos personales y arbitrarias entre las sensaciones de la vista y del oído, sugiera é inspire motivos de pintar; ó que, recípro-

camente, la forma plástica con anterioridad concebida tienda en el pintor, que es al propio tiempo músico, á reflejarse en determinado orden de sonidos. Oportuno es recordar, á este respecto, que uno de los artistas que abarcaron ambos extremos de la imaginación, Salvator Rosa, compuso con el mismo nombre de *La Hechicera*, un cuadro y una melodía.

Menos raramente conviven las dotes del artista plástico y del poeta; y esta convivencia toma forma cooperativa y hermanable cuando ambas facultades de un espíritu convergen por distinta vía á un mismo fin *(ut pictura poessis...)*, ciñéndose la Poesía á la imitación del mundo físico, como en el idílico Gesner, cuyos poemas son la traducción verbal de sus cuadros, ó bien cuando la palabra del poeta se consagra á la devoción de la otra arte para celebrar su grandeza ó acuñar en aúreos versos sus preceptos; así en Pablo de Céspedes, una de las más gallardas figuras de las letras y el arte en la España del gran siglo, pintor en quien la concomitante aptitud poética se dedicó exclusiva ó preferentemente á cantar de la gloria y hermosura del arte del color. Astistas que, como Flomentin y Guillaumet, tuvieron, además del dón de colorear el lienzo, el de manejar artísticamente la palabra, hicieron de la pluma, igual que del pincel, un instrumento con que fijar las líneas y colores prisioneros en sus retinas. Poetas como Víctor

Hugo y como Bécquer, aplicaron con verdadera inspiración una accesoria aptitud de dibujantes, á interpretar y traducir plásticamente las concepciones de su imaginación poética.

La facultad literaria, reunida dentro de una misma personalidad, con la del músico, para obra en que ambas participan, tiene magnífica realización en el espíritu de Wagner, que persiguiendo á favor de esta dualidad de su genio, la perfecta concordia de la expresión musical con la inventiva dramática, dió tipo á ese drama bifronte, cuya manifestación cumplida no se logrará sin la conformidad y confluencia de ambas suertes de inspiración, desde sus nacientes en el misterio de una sola alma inspirada. Arrigo Boito, con la doble obra poética y musical del *Mefistófeles*, es otro ejemplo insigne de esta asociación de aptitudes. Unidos en más simple y candorosa armonía, para el leve organismo de la *canción*, música y verso suelen brotar de un sólo aliento del alma: así en los cánticos y *lieder* á que Hans Sachs puso la tonada y la letra, ó en el himno glorioso de que Rouget de Lisle es doblemente autor; cual si por un momento recobrasen las dos artes del sonido su elemental y primitiva hermandad, volviendo al tiempo en que, de la lira de los Terpandros, Simónides y Timoteos, nacían, como merced de un numen único, el son melodioso y la palabra rítmica. Otras veces, coexistiendo dentro de una misma

personalidad, pero sin concurrir á obra común, la facultad del músico y la del poeta, únense por simpatías é inspiraciones eficaces, como las que á menudo transparentan las historias fantásticas de Hoffmann, que, escritor más que músico, aunque también lo fué de alto mérito, toma con frecuencia para sus ficciones, asuntos y motivos que debe á un profundo sentimiento de la sugestión infinita y el poder, como taumatúrgico, vinculados á la vibración musical.

El florecimiento en la vocación y aptitud de un mismo espíritu, de más de un género literario, es hecho más frecuente que la absoluta consagración del escritor á un género único. Puntualizando esto, se patentizarían relaciones casi constantes. Apenas podrá nombrarse gran poeta que no haya sido además notable prosador. Apenas se hallará poeta dramático de primera magnitud que no haya llevado dentro de sí un poeta lírico más que mediano. Los oradores escritores (si se les busca en lo alto y verdaderamente superior de la elocuencia) se cuentan, sin duda, en mayor número que los que carecieron de estilo capaz de emanciparse de la tutela de la expresión oral.

En aquellas artes que por su índole requieren, para poner de manifiesto la belleza que crean, el auxilio de otra arte interpretativa, no es raro caso que concurra, con la aptitud creadora, la aptitud de la interpretación. Grandes composi-

tores excedieron también como ejecutantes: Mozart, Beethoven, Mendelssohn... Grandes poetas dramáticos: Plauto, Shakespeare, Molière, fueron asimismo actores, y Molière lo fué genialmente. Aun fuera del género poético destinado á la representación, esta aptitud de interpretar activamente las propias ficciones, aptitud que en los orígenes de la Poesía se identificó quizás y fué una sola, con la esencial inspiración del poeta, se reproduce á veces en el mismo autor de ficciones narrativas, como en Dickens, cuyas lecturas públicas de sus obras novelescas eran maravillas de declamación y mímica, y en Alfonso Daudet, de quien se cuenta que tuvo prodigiosa gracia para contar, con todos los colores y palpitaciones de la vida, las escenas que imaginaba. La facultad del cómico, como dominante ó sustantiva, y la de producción dramática, como accesoria, reúnense en el espíritu de Garrick, y en el de Paganini la soberana capacidad del ejecutante, del *virtuoso*, descuella por encima del positivo ingenio del compositor.

El entendimiento crítico y el dón de la propaganda y la polémica, haciendo de auxiliares de la creación literaria para mantener la doctrina y los procedimientos que ésta ejemplifica, han sido dados, respectivamente, á artistas reflexivos como Goethe, y á innovadores arrebatados como Zola, y á su vez, una facultad crítica eminente suele traer junto consigo dotes relati-

vas de poeta con que poner en arco tirante las flechas del precepto y la sátira, según vemos en el ritmo preciso y autoritario de Boileau, ó con que cultivar en huerto propio cierta flor de belleza, que en Macaulay y en Sainte-Beuve transciende con la escogida y concentrada esencia de la *Canción del lago Regilo* y de algunas de las *Consolaciones*.

¡Cuántos volúmenes de críticos de oficio y de doctores de la estética podrían cambiarse por fragmentos de crítica nacidos de la conciencia reflexiva de la propia producción, como la *Carta de las unidades dramáticas* de Manzoni, el prólogo del *Cinq Mars* de Alfredo de Vigny, el del *Cromwell* de Víctor Hugo, el de los *Sonetos eclesiásticos* de Wordsworth y cualquier página teórica ó polémica de Carducci!

Vulgar prejuicio es entender que el dón y energía de la práctica, en algún orden de generación de belleza, inhiba ó reste fuerzas á la aptitud de la teoría. El artista creador tiene, desde luego, para doctrinar sobre su arte y hacer la historia de él, la superioridad que le confiere sobre los otros su iniciación é intimidad en los secretos de la obra, y además esa segunda vista que el amor ferviente del objeto presta para todo linaje de conocimiento. Es así como la inteligencia teórica y la apreciación sentida de lo bello deben á la contribución personal de los artistas invalorables tesoros. Dictando, como Alfonso el

Sabio, las leyes de su monarquía, Leonardo de Vinci produce su didáctica *Della pittura*, que Rubens había de emular con disquisición de igual género. En páginas escritas por pintores: Vicente Carducci ó Palomino, Reynolds ó Lebrún, duran observaciones, enseñanzas y juicios de arte, que, cuando no tienen valor definitivo, lo tuvieron histórico. Aún leemos la vida de los artistas del color en libros del pintor Vasari. Aún guarda su interés mucho de lo que sobre el arte de la Música teorizaron ejecutantes y compositores, desde Salinas y Rameau, hasta Schumann y Liszt. La obra revolucionaria de Wagner reposa, no menos que en sus maravillas de creación, en la ciclópea columna de sus escritos de propaganda y doctrina, y Berlioz, al propio tiempo que, con sus sinfonías y sus óperas, daba los modelos que debían modificar en Francia los rumbos de la Música, mantenía, con la pluma de sus revistas del *Journal des Débats*, uno de los más animados, interesantes y fecundos movimientos de ideas, de que haya ejemplo en la crítica del arte.

No es menos fácil de hallar la recíproca subordinación de aptitudes: la facultad de la teoría, como talento capital; la de producción, como aptitud complementaria. Los grandes teóricos de la Música tuvieron en su mayor parte, y algunos más que medianamente, la capacidad de producirla; así Matthesson, Martini, Choron, Fe-

tis, Castil-Blaze. Artistas plásticos de nota fueron muchos de los escritores que mejor han doctrinado y juzgado de colores y líneas; baste citar á Gautier, á Delecluze, á Charles Blanc. En Viollet-le-Duc, el escritor insigne de Arquitectura y Arqueología, parte su gloria con el ilustre restaurador de los monumentos góticos. La prédica inspirada de Ruskin, que ha dado cuerpo al más original, al más ferviente, al más religioso entusiasmo por el Arte, que en modernos tiempos se haya propagado en el mundo, es la palabra de un pintor.

CVIII

Si buscamos la complexidad de la aptitud dentro de los distintos modos y objetos de conocimiento que abarca el inmenso espacio de la ciencia, no serán menos las vocaciones que hallaremos frecuentemente vinculadas, con lazo orgánico y fecundo.

Comenzando por la aptitud científica más sintética y alta: la del filósofo, apenas podrá citarse ejemplo de superior capacidad metafísica que no haya venido acompañada del saber original é inventivo, ó, cuando menos, de la versación vasta y profunda, en algún genero de cien-

cia particular. Este como punto de apoyo puede ser las Matemáticas; así en Platón, en Descartes, en Malebranche; ó las ciencias naturales ó biológicas, como en Hartmann, Spencer y Bergson; cuando no se fija indistintamente, con la universalidad de Aristóteles ó de Leibnitz, en las más varias partes de los conocimientos humanos. A su vez, una ciencia particular, dominada con poderosa fuerza de síntesis y pensamiento transcendente, implica una aptitud de generalización filosófica, que habilita á un Lamarck para remontarse, de la labor paciente del naturalista, á una concepción de los orígenes y las transformaciones de la vida en el mundo, y á un Vico, del conocimiento de los hechos históricos, á la idea de las normas que sigue el desenvolvimiento de las sociedades humanas.

El genio matemático se manifiesta á veces en su exclusivo é incomunicado campo de abstracción, sin fijar en las líneas y los números otro interés que el que ellos llevan en sí mismos para quienes los comprenden y aman; pero con no menor frecuencia busca después de ejercitarse en ese campo, el camino de una realidad concreta, y transciende ya á la Astronomía, levantándose con Huygens, Laplace y Leverrier, á medir los movimientos y distancias celestes; ya á la Física, para completar en el examen de las propiedades de los cuerpos, los recursos del saber experimental. Este último caso es patente demos-

tración de dos aptitudes heterogéneas que se unen y tienden en eficaz compañerismo á una sola finalidad. La mayor parte de los grandes observadores de la Naturaleza, á quienes se deben en la indagación de sus leyes ó el sometimiento de sus fuerzas al poder del hombre, las más preciadas conquistas, desde Galileo y Newton hasta Helmholtz, fueron espíritus en que se reunieron la aptitud del experimentador y la del matemático.

La observación del mundo material tiene por objeto abstraer las leyes generales á que obedecen las cosas y los seres, de donde nace la sabiduría del físico, del químico y del biólogo, ó bien estudiar concretamente las cosas y los seres mismos, describiéndolos y caracterizándolos, como hacen el geógrafo y el naturalista. Estos distintos sentidos de la observación se relacionan entre sí de modo que ninguno puede considerarse en absoluto ajeno de los otros, y sus relaciones objetivas se reproducen, á menudo, subjetivamente, en la vocación y la aptitud del sabio. El geógrafo naturalista, favorecido en ambos respectos por la facultad de aproximar dos órdenes de hechos tan fundamentalmente vinculados, se personificaría en la gran figura de Humboldt. Otras veces, el estudio concreto de los cuerpos vivos ó inorgánicos tenderá á complementarse por el de las propiedades abstractas de los cuerpos, y el naturalista será físico á

la vez, como Reaumur, ó se levantará el naturalista, del conocimiento particular de los diferentes organismos, á la consideración general de la existencia orgánica, y será desde ese instante fisiólogo como Haller y Spallanzani. Aun con la abstracción matemática de la que la separa el campo intermedio de las ciencias físicas, cabe que se asocie alguna vez, inmediata y eficazmente, la aptitud del observador en las ciencias concretas de la Naturaleza; y de este modo, un mineralogista como Hauy, necesitó la maestría del geómetra para desenvolver su descubrimiento de las leyes de la cristalografía. Si la relación se circunscribe á las tres ciencias que por antonomasia llamamos «naturales», los lazos son tan íntimos en el objeto y los procedimientos, que el paso de una á otra es aún más fácil y lógico. Un botánico como Linneo extiende á los dominios de la Zoología su genio clasificador, y promueve en cuanto mineralogista, el estudio de los cristales; zoólogos como Buffon y Cuvier, salvan con gloria los límites de la Geología.— El género de observación del físico y el del químico, después de alternar en espíritus como el de Gay Lussac, se identifican en las experiencias que llevaron á Berthelot á convertir las reacciones de la Química en problemas de mecánica molecular, sentando con ello los fundamentos de una ciencia compleja que participa del objeto de las dos. Y si la tarea del químico se

enlaza por un extremo con la del experimentador de la Física, por el otro se enlaza y confunde con la del fisiólogo y el biólogo, según quedó probado en el laboratorio de Lavoisier, y lo corroboran luego los trabajos del mismo Berthelot sobre la química orgánica, y aún más patentemente, la grande obra de Pasteur, que para dejar huella indeleble en la fisiología experimental y la ciencia médica, hubo de empezar por ser químico eminente.

Vocaciones científicas de aun más ostensible complejidad arraigan en esas dilatadísimas fronteras entre las ciencias del espíritu y la sociedad, por una parte, y las físicas y naturales por la otra; fronteras en que la portentosa labor del último siglo encontró campo casi virgen y obtuvo de él pingüe rendimiento; ya buscando en los datos de la Biología nueva luz para las ciencias sociales, ya uniendo en apretado lazo los estudios psicológicos con las experiencias de la Fisiología, ya tendiendo á modificar por las conexiones entre lo moral y lo físico, el concepto del delito y la pena; ya, en fin, haciendo retroceder los límites de la ciencia del pasado, mediante la fundación de la arqueología prehistórica, que por sus vínculos con el objeto propio del geólogo, ha sido preferentemente estudio del naturalista.

Fuera de las relaciones persistentes entre dos distintas ciencias, cuando de la propia índole y

naturaleza de ambas influye que puedan asociarse para un objeto común, caben relaciones accidentales, suscitadas por un motivo histórico que hace que en determinado tiempo y lugar, la vocación de una ciencia implique, necesaria ó ventajosamente, la de otra. Así cuando el renacer de la cultura clásica, y hasta muy adelantada la emancipación del pensamiento científico respecto del magisterio de la antigüedad, la ciencia médica fué tributaria de la Filología. La dualidad de aptitudes, que luego es excepcional privilegio en el espíritu de un Littré, aparece entonces con relación orgánica en los Cornario, los Foes, los Leonicello, los Montano, los Guido Guidi. Todo médico sabio había de ser, en aquel tiempo, filólogo, radicando como radicaba el conocimiento de las leyes y preceptos de su disciplina, antes que en la observación y la experiencia, en el dominio de las lenguas en que hablaba la autoridad de los antiguos. Otra vinculación accidental de la Filología con las ciencias naturales, ya que su vinculación con las antropológicas é históricas es persistente y clarísima, vese en el maestro de Linneo y precursor de su gloria: en Olao Celsio, que concertó su maestría de filólogo y su sabiduría de botánico, para obra en que tanto se había menester de ambas disímiles capacidades como la determinación y clasificación precisas de las plantas nombradas en el Antiguo Testamento.

La relación accidental que entre dos diferentes objetos de conocimiento científico establece su coincidencia fortuita en la vocación de un mismo espíritu, aunque objetivamente no sean capaces de asociarse de modo íntimo y estable, puede sugerir el propósito de enlazarlos de esta suerte, y conducir á un ensayo de unión artificiosa y forzada, que se disipará apenas pase la causa meramente personal que la mantiene; pero, aun así, raro será que de esa unión efímera no quede algún recuerdo precioso, alguna sugestión feliz, algún resultado positivo. Un matemático de alto valer, como Borelli, guiado por una secundaria vocación de fisiólogo, intenta unir disciplinas tan separadas, en su naturaleza y su método, como la que considera el orden abstracto de la cantidad y la que estudia el orden concreto de la vida: marra el intento en lo fundamental, pero deja de su paso ideas que prevalecen, en una parte capaz de relación con el objeto de la Mecánica, como el movimiento muscular.

Asociación de aptitudes que frecuentemente se realiza es la del entendimiento teórico de una ciencia, con la facultad de su aplicación, en invenciones prácticas, ó en el ejercicio de alguna de las artes de utilidad que toman su savia de las distintas ramas de los conocimientos humanos. En lugar medio entre aquellos espíritus que sobresalieron exclusivamente en lo especu-

lativo de la Ciencia, desenvolviendo una teoría sin otro objeto que probar la verdad, como Copérnico, ó instituyendo un método sin tener la aptitud de aplicarlo, como Bacon; y aquellos, de condición opuesta, de índole únicamente utilitaria, que nunca se remontaron á las generalidades y las leyes; un Watt, un Edison, un Morse..., hay lugar para aquellos otros en quienes se reunieron ambas facultades: tanto Arquímedes, que, con el religioso candor de un sacerdote de la Ciencia pura é ideal, se acusaba de haber rebajado la alteza de lo verdadero aplicándolo á la realización de lo útil, como Galileo, Pascal y Huygens. Ningún caso más adecuado para poner de manifiesto la verdad de lo que dijimos sobre la mutualidad de las ventajas de una orgánica correlación de aptitudes: que no beneficia sólo á la mayor y preponderante, ni sólo á la menor y sumisa. El saber teórico y fundamental presta luz é inspiración para la práctica y la utilidad; pero, á su vez, éstas concurren á confirmar y precisar aquel saber, pasándolo por el crisol de una experiencia prolija. Palmario ejemplo de ello es la ciencia fisiológica, que se ha desenvuelto paralelamente con el arte médica, debiendo sus mayores adquisiciones y adelantos á la estimulación constante y poderosa del interés de esa nunca interrumpida aplicación. El fisiólogo, y luego el biólogo, son, históricamente, médicos que abstraen y emancipan

una parte de sus estudios. Aun en el puro médico, cabe diferenciar del que reproduce y concilia en su aptitud lo que su consagración profesional tiene de ciencia, como una especie dentro de la Fisiología, y lo que tiene de arte aquel que descuella exclusivamente en la teoría, y el que exclusivamente luce en los vislumbres, intuiciones y aciertos semiempíricos de la práctica de arte tan conjetural é insegura. La Química, no menos que la Fisiología, fué, desde un principio, utilitaria, como heredera de los codiciosos sueños de la alquimia; y los Lavoisier, los Guyton, los Priestley, reunieron á su ciencia la inspiración de las aplicaciones útiles. La física experimental, vinculada, en sus orígenes, á espíritus exclusiva ó preferentemente teóricos, pasa, desde el último siglo, á ser también, y con preferencia, objeto de los de mera aplicación y utilidad; y en cuanto á las Matemáticas y la Mecánica, tuvieron siempre, además de los entendimientos fundamentales y especulativos, los consagrados á aplicarlas á las necesidades de la subsistencia social: ya cortando y sobreponiendo las piedras, ya conduciendo las aguas, ya guiando el curso de las naves; pero lo mismo en el matemático que en el físico, reúnense, en mil casos, la facultad de la teoría y la de su aplicación; de esto dimos ya ejemplos, encabezándolos con el gran nombre de Arquímedes. Menos frecuente es hallar una relación semejante en el es-

píritu del naturalista; porque las artes de utilidad que se agregarían teóricamente á sus dominios, en el cultivo de la tierra y el aprovechamiento de sus dones, se desenvuelven, casi siempre, aparte del saber desinteresado y superior.

Interesante facultad accesoria de la sabiduría en determinado género de ciencia, es el dón de enseñarla; la virtud de comunicación y simpatía que constituye el genio del maestro, y que, por su valor propio y substantivo, determina y caracteriza en ocasiones la superioridad de un espíritu, más que lo que hay en él de ciencia original, de modo que es su verdadera facultad dominante; según se manifiesta en profesores que, no ya hablando de Letras ó de Historia, donde brota de suyo la elocuencia, sino en cátedras de Medicina, levantaron la oratoria didáctica á la eficacia y el brillo que hacen famosos los nombres de Fourcroy y Felipe Pelletan, eminentes, sin duda, por la calidad de su saber, pero más por la maestría con que lo transmitieron.

Aun aptitudes de menos aparente valor y transcendencia suelen ser preciosas en el espíritu del sabio, para complementarle ó facilitarle camino.

La destreza del dibujante, como aptitud subordinada á un género de investigación que requiera, para comunicar sus resultados, el medio

objetivo de la estampa, luce en los naturalistas y anatómicos que, como Camper, Andebert ó Lyonnet, fueron, al propio tiempo, grabadores ilustres.

La habilidad de construir por propia mano los instrumentos y mecanismos adecuados al modo de observación ó de experiencia de que ha menester la principal aptitud, fué siempre como sierva humilde y oficiosa en los más altos espíritus investigadores: desde Rogerio Bacon hasta Newton; desde Pascal hasta Franklin; desde Galileo hasta Humphry Davy.

CIX

Opuesto caso al de estas eficaces complejidades, es aquel en que coexisten una vocación real y fecunda y otra falsa y baldía. No hay entonces sociedad coadyuvante, lazo vital, como entre el alga y el hongo; antes bien, se reproduce la unión del parásito incapaz de fruto que sirva, con el árbol á quien quita jugo (puesto que jugo de toda aptitud es la atención), sin compensar en modo alguno el mal que le causa. Así, en Napier, el exégeta delirante junto al genial matemático; y en Lamartine, junto al poeta glorioso el vano político.

No menos importa deslindar de la asociación

ó subordinación de vocaciones el caso en que la única que realmente existe, induce á tomar, sin impulso que nazca del corazón ni responda á la conciencia de nueva aptitud, un estado profesional, una manera de actividad determinada, sólo por las ventajas que esto ofrece, en virtud de circunstancias accidentales y exteriores, para el libre desenvolvimiento de la inclinación verdadera. Tal hubo de pasar á menudo cuando el claustro, ó la vida sedentaria y pacífica del clérigo, eran el medio propicio á que solían acogerse los espíritus de meditación y de estudio: como Copérnico, que toma las órdenes al volver de los viajes de su juventud, acaso más que por fervor religioso, por gozar de la paz que le permitió contraerse, durante el resto de su vida, á la contemplación del *cielo* real y sensible. Y tal pasa también, para citar otro ejemplo, cuando San Sebastián, el mártir de Narbona, inflamado en la vocación caritativa, sienta plaza de soldado en el ejército del César, sólo por estar en aptitud de tender su mano protectora á los que son objeto de persecución.

CX

De otro punto de vista merecería estudiarse la relación entre dos vocaciones coexistentes en

un mismo espíritu, comparándolas no ya en cuanto al auxilio que se presten, sino en cuanto á la fisonomía y estilo de sus obras, ó de los actos en que se traducen.

Por disímiles que sean, si se las considera abstractamente, las dos actividades en que una conciencia divide su atención, y por más separadamente que se desenvuelvan, cabe precisar entre ellas, encarándolas según la manera personal como se desempeñan y caracterizan, semejanzas que revelen que ambas aptitudes están subordinadas á la unidad orgánica de una personalidad en que dominan ciertas propiedades de espíritu. Así el sabio artista pondrá en las obras de su arte y en las de su ciencia, condiciones comunes: la fineza de la observación, el procedimiento laborioso, la nimiedad y pulcritud, ó, por lo contrario, la iluminación instantánea, el procedimiento intuitivo, la audacia de la concepción. Pero, ¿será tan constante y segura esta relación de semejanza que pueda convertírsela en ley?

Sainte-Beuve esbozaba, hablando de Pascal, una cuestión interesante: ¿no podría decirse que en este grande espíritu el geómetra manifiesta unas mismas cualidades de genio que el escritor, á diferencia de D'Alembert, que imprime en sus trabajos matemáticos caracteres, en cierto modo reñidos con los que muestra en su literatura?

.....

CXI

Una potencia ideal, un numen interior; sentimiento, idea que florece en sentimiento; amor, fe, ambición noble, entusiasmo; polo magnético según el cual se orienta nuestro espíritu, valen para nosotros tanto como por lo que valga el fin á que nos llevan (y en ocasiones más), por su virtud disciplinaria del alma, por su dón de gobierno y su eficacia educadora.

Aunque su obra no aparezca desenvuelta exteriormente en acción y mueran encerrados dentro de sí mismos, como un sueño, su obra es realísima y fecunda.

Cuando falta en tu alma una energía central que dé tono y norte á tu vida, tu alma es un baluarte sin defensa, y mil enemigos que de continuo tienen puestos los ojos sobre él caen á tomarlo, compareciendo así de la realidad que te circunda como del fondo de tu propia personalidad. Los que proceden de afuera son las tentaciones vulgares, ocultas tras la apariencia de las cosas. Quien no tiene amor y aspiración donde se afirme, como sobre basa de diamante, su voluntad se expone á ceder á la influencia que primero ó con más artificiosidad lo solicite

en los caminos del mundo, y ésa viene á ser así su efímero tirano, substituído luego por otro y otros más, con el sol de cada día. Queda su alma en la condición de la Titania de Shakespeare cuando, durante el sueño, fueron restregados sus párpados con la hierba que tenía virtud de infundir amor por lo que antes se viere. Desconoce el liberal y razonable poder de un sentimiento maestro que la ordenaría como en una bien concertada República, y sufre ser pasto á la ambición de multitud de advenedizos. A los que la acechan en las emboscadas del mundo, únense los que ella esconde en su interior: esos enemigos domésticos que son las propensiones viciosas, los resabios mal encadenados, los primeros ímpetus de nuestra naturaleza. Fácil es ver cuán contradictorio y complejo (y cuán miserable, siempre, en gran parte) es el contenido de un alma. Sólo la autoridad de una idea directora que sujete, aunque sin tiránico celo ni desbordado amor de sí misma, la libertad en sus límites, puede reducir á unidad la muchedumbre de tantas fuerzas opuestas. Faltando esta idea directora, nadie sino el acaso y el desorden suscitarán quien se arrogue su poder de entre la encrespada muchedumbre, y es del acaso y el desorden hacer prevalecer antes lo malo que lo bueno.

Así como en lo material se ha dicho con exactitud que nuestra marcha no es sino una caída

continuamente evitada, así, por lo que toca al espíritu, la recta voluntad es la constante inhibición de un extravío, de un móvil tentador, de una disonancia, de una culpa. Una potencia ideal que nos inspira fija la norma á esa función de nuestra voluntad y es á menudo como el demonio socrático, que se manifestaba en el alma del filósofo, más por la inhibición de lo que no concordaba con su ley, que no por su capacidad de iniciativa. Dondequiera que elijamos la potencia ideal, y aun cuando nos lleve en dirección de algo vano, equivocado ó injusto, ella, con sólo su poder de disciplinarnos y ordenarnos, ya encierra en sí un principio de moralidad que la hace superior á la desorientación y el desconcierto, porque la moralidad es siempre un orden, y donde hay algún orden hay alguna moralidad.

CXII

Relaciónase con esto que digo de la virtud disciplinaria de una potencia interior que nos domina, una proposición llena de dudas: ¿Valdrá más, para el buen gobierno de la vida, ausencia de amor ó amor consagrado á quien sea indigno de inspirarle?

En una primera consideración de las cosas, ello se resolvería de acuerdo con la propiedad que el amor tiene de asemejar á quien lo tributa y á quien lo inspira, siendo éste el original y aquél el traslado; de suerte que la virtud del amor no sería en sí mala ni buena, sino relativa á la calidad del objeto en que él pone la mira, y según fuese el objeto, la virtud del amor variaría entre lo sumo de las influencias nobles y lo ínfimo de las causas de abatimiento y abyección, entre lo más alto y lo más bajo, porque tal como el amado es y tal como necesita para su complemento á quien le ama, así lo rehace y educa con la más sutil y poderosa de las fuerzas. Condición del alma que, ya por útil á sus propósitos, ya sólo por la complacencia que halla en ella, desea en el amante el amado, ó la descubre en él ó la crea, y de este modo la sugestión de amor vuelve al amante en hechura del espíritu que le enamora. En la poética expresión del amor es sentimiento frecuente el anhelo de refundirse y transformarse, para ser aquello que pueda determinar más íntima vinculación con el sér á quien se ama, ó que ofrezca modo de hacerle mayor bien y de rendirle homenaje más singular y fervoroso. Quisiera ser, dice el amante, el aire que se embebe en tu aliento; la flor humilde que huella tu pie; el rayo de sol que te ilumina; la lejana estrella en que fijas la mirada cuando el éxtasis de tus sueños... Natural aspiración del

que ama es ser amado; suspira el amador por ser amable; pero como la amabilidad que granjea correspondencia es relativa al parecer y dictamen del amado, para cada objeto de amor la amabilidad es una, y de la calidad de este objeto á quien se ha de complacer toma inspiración y modelo la amabilidad. Si en lo antiguo era sentimiento común que amar á una diosa deificaba, no es menos cierto que aquel amor que se cifre en lo propincuo á la bestia dará por fruto el salto atávico de Nabucodonosor... Sabiduría, torpeza; esperanza, duda; candor, perversidad; luces y sombras del juicio; arrojos y flaquezas del ánimo: todo bien y todo mal, todo desmerecimiento y toda excelencia, son capaces del alma á quien amor posee, según la sueñe y ambicione la otra alma su señora; lo mismo cuando obre ésta por cálculo y voluntad consciente, que cuando domine por fatal y como magnético influjo. En todo amor hay abnegación de misticismo, sea el misticismo divinal ó diabólico; porque, desposeyéndose de su voluntad y su sér propio el amante, se transporta al objeto de su amor, renace en él y participa de él: «vive en su cuerpo», según el enérgico decir de Euripides; y si el objeto es ruin ó ha menester, para el término que se propone, los oficios de la ruindad, ruin hará al amador, y le hará noble y grande si por afinidad busca estas alturas, ó si, para el destino á que, de su natural, gravita, re-

quiere como valedores nobleza y grandeza. Dame que mire al fondo del alma donde está el norte de tu amor, y yo te diré, como visto en cerco de nigromántico, para dónde vas en los caminos del mundo, y lo que ha de esperarse de ti en pensamientos y en obras.

Si esto fuese absolutamente verdadero, una helada impasibilidad valdría más que el amor que se cifra en quien no merece ser amado. Sólo que en la misma esencia de la amorosa pasión está contenido, para límite de esa fatalidad, un principio liberador y espontáneo, de tal propiedad y energía, que con frecuencia triunfa de lo inferior del objeto; y así, aun aplicado á objeto ruin, infinitas veces el amor persevera como potencia dignificadora y fecunda, no porque el amor deje entonces de adecuar la personalidad del enamorado á un modelo, ni porque este modelo sea otro que la imagen de su adoración, sino porque es virtud del alma enamorada propender á sublimar la idea del objeto, y lo que la subyuga y gobierna es, más que el objeto real, la idea que del objeto concibe y por la cual se depura y magnifica la baja realidad, y se ennoblece, correlativamente, el poder que, en manos de ésta, fuera torpe maleficio. Una cosa hay, en efecto, capaz de superar la influencia que el sér real de lo amado ejerce en la persona del amante; y es el sér ideal que lo amado adquiere en el paradigma de la imaginación caldeada de amor,

con omnipotente arbitrio sobre la sensibilidad y la voluntad que á aquella imaginación están unidas. Éste es el triunfo que sobre su propio dueño logra á menudo el siervo de amor, siendo el amor desinteresado y de altos quilates: redimir, en idea, de sus maldades al tirano, y redimido el tirano en idea, redimirse á sí mismo de lo que habría de funesto en la imposición de la tiranía, valiéndose para su bien de aquella soberana fuerza que en la intención del tirano iba encaminada y prevenida á su mal: vencedor que utiliza las propias armas del vencido, como Judas Macabeo lidiaba con la espada de Apolonio. Porque lo que importa es, no tanto la calidad del objeto, sino la calidad del amor; y más que de la semejanza con el sér real, del objeto ha de nacer la belleza de la imagen, de la virtud del amor sincero, generoso y con sazón de idealidad. Común hazaña de esta estirpe de amor es trocar en oro el barro, en bálsamo el veneno; fecundizar lo vano, mundificar lo inmundo; poner en el corazón del amante la sal preciosa que le guarde de la corrupción, y en sus labios el ascua ardiente que depuró los del profeta. Si en el encarnizamiento y el vértigo del amor bastardo va incluído un principio de descomposición moral, una *idea febrilis*, cuyo proceso sugirió á Alfonso Daudet las páginas despiadadas de su *Safo*, el amor alto y noble lleva en sí una capacidad de ordenación y de sublime discipli-

na que corrobora y constituye sobre bases más fuertes todas las energías y potencias de la personalidad. Aun en su manifestación violenta, procelosa y trágica, el escogido amor mantiene su virtud purificadora y el poder de dejar levantada y entonada la voluntad que halló en indigna laxitud: del modo como ha solido suceder que cae un rayo á los pies del paralítico, y lejos de causarle daño, le vuelve en un instante y para siempre la libertad de sus miembros.

CXIII

Otra benéfica influencia de una idea ó sentimiento superior, que domina dentro de nosotros es que se opone á la dispersión y el anonadamiento de infinitas minuciosidades de nuestra actividad interna.

Cuando tu alma no está sujeta á un poder tal, multitud de pensamientos é imaginaciones cruzan cada hora de tu vida por ella, que se pierden, uno tras otro, sin nada que los detenga y ordene á un fin en que sean provechosos; pero si una fuerza ideal domina, activa y vigilante, en tu espíritu, gran parte de esos tus vagos pensamientos, de esas tus fugaces y leves imaginaciones, son atraídos al círculo de aquella

fuerza dominante, y si algún valor de utilidad llevan en sí, ella se lo adueña y lo junta con lo demás que tiene dispuesto para su uso y provisión; porque es propio de estas grandes fuerzas del alma allegar su caudal como el avaro, que no desprecia más el ruin maravedí que la moneda de oro. Pasa, en más amplio terreno, como mientras componemos un libro, que cuanto vemos, pensamos y leemos, se relaciona con la idea que preside á la obra de nuestra fantasía, y de uno ú otro modo la enriquece y va abriendo campo para ella. Y no se limita la idea que gobierna soberanamente nuestro espíritu á subordinar á su imperio esos elementos que congrega: su poder, más que con el yugo que somete, debe compararse con la simiente que fecunda; porque al detener y penetrar de su esencia á un pensamiento que pasa por su lado, le excita frecuentemente á dar de sí un orden nuevo de ideas, acaso superior á ella misma, no de otro modo que como la generación vital obtiene del amor de los padres una distinta, autonómica, y quizás más noble criatura.

Así como en tiempos de cándida y ferviente religiosidad, un resplandor, un rumor, cualquier cosa nimia, adquiere fácilmente para el alma sobresaltada del neófito un significado místico y una transcendencia profunda, por donde se explican avisos é iluminaciones sublimes, así para quien lleve en el alma un grande amor ideal,

mil pequeñeces de la realidad de cada hora, mil leves impresiones del sentimiento y del sentido que para el común de los hombres pasan sin dejar rastro de sí, toman un poder movedor de asociaciones nuevas y fecundas, una sugestiva virtud que abre inopinadas vistas sobre lo útil ó lo hermoso.

. . . . . .

¡Cuánto pensamiento fecundo, cuánta invención feliz, cuánta verdad nueva ó nueva hermosura, ó victoria para el bien, ó mejora en la condición de muchos no habrá perdido la Humanidad de este modo: cruzar por una mente, como inesperado relámpago, una idea; negarle, la misma mente que la tuvo, la caridad de su atención; despreciarla, juzgarla paradoja nacida del libre juego de la fantasía; y en la profundidad adonde caen las cosas que desampara la memoria perderse la idea para siempre, cuando atendida, cuidada, puesta bajo los auspicios de la reflexión, ella hubiera podido recorrer el trecho que va del germen al fruto y de la quimera á la gloria!

. . . . . .

En suma: una devoción ideal que prevalece por cierto tiempo en tu vida, aun cuando luego se marchite y pase deja en ti el bien de la disciplina á que te sometió, de las tentaciones de que te apartó, del empleo que dió á fuerzas errátiles de tu sensibilidad y de tu mente, del entusias-

mo con que embelleció tu alma, de la necesidad de orden y armonía que instituyó en ella, para siempre, con la autoridad de la costumbre.

CXIV

HYLAS

Hylas, efebo de la edad heroica, acompañaba á Hércules en la expedición de los Argonautas. Llegadas las naves frente á las costas de la Misia, Hylas bajó á tierra para traer á sus camaradas agua que beber. En el corazón de un fresco bosque halló una fuente calma y límpida. Se inclinó sobre ella, y aún no había hecho ademán de sumergir bajo el cristal de las aguas la urna que llevaba en la mano, cuando graciosas ninfas surgieron, rasgando el seno de la onda, y le arrebataron, prisionero de amor, á su encantada vivienda. Los compañeros de Hylas bajaron á buscarle, así que advirtieron su tardanza. Llamándole, recorrieron la costa y fatigaron vanamente los ecos. Hylas no pareció; las naves prosiguieron con rumbo al país del áureo vellocino. Desde entonces fué uso en los habitantes de la comarca donde quedó el cautivo de amor, salir á llamarle al comienzo de cada primavera,

por los bosques y prados. Cuando apuntaban las flores primerizas, cuando el viento empezaba á ser tibio y dulce, la juventud lozana se dispersaba, vibrante de emoción, por los contornos de Prusium. ¡Hylas! ¡Hylas!, clamaba. Ágiles pasos violaban misterios de las frondas; por las suaves colinas trepaban grupos sonoros; la playa se orlaba de mozos y doncellas. ¡Hylas! ¡Hylas!, repetía el eco en mil partes, y la sangre ferviente coloreaba las risueñas mejillas y los pechos palpitaban de cansancio y de júbilo, y las curvas de tanta alegre carrera eran como guirnaldas trenzadas sobre el campo. Con el morir del sol, acababa, sin fruto, la pesquisa. Pero la nueva primavera convocaba otra vez á la búsqueda del hermoso argonauta. El tiempo enflaquecía las voces que habían sonado briosa y entonadamente; inhabilitaba los cuerpos antes ágiles para correr los prados y los bosques, generaciones nuevas entregaban el nombre legendario al viento primaveral: ¡Hylas! ¡Hylas! Vano clamor que nunca tuvo respuesta. Hylas no pareció jamás. Pero de generación en generación se ejercitaba en el bello simulacro la fuerza joven, la alegría del campo florecido penetraba en las almas, y cada día de esta fiesta ideal se reanimaba con el candor que quedaba aún no marchito, una inquietud sagrada: la esperanza en una venida milagrosa.

Mientras Grecia vivió, el gran clamor flotó

una vez por año en el viento de la primavera: ¡Hylas! ¡Hylas!

CXV

Exista el Hylas perdido á quien buscar en el campo de cada humano espíritu; viva Hylas para cada uno de nosotros. Pongamos que él no haya de parecer jamás: ¿qué importa, si sólo el afán de buscarle es ya razón y estímulo con que se mantiene el halago de la vida?

Un supremo objeto para los movimientos de nuestra voluntad, una singular preferencia en el centro de nuestro corazón, una idea soberana en la cúspide de nuestro pensamiento...; no á modo de celosas y suspicaces potestades, sino de dueños hospitalarios y benévolos, á cuyo lado haya lugar para otras manifestaciones de la vida que las que ellos tienen de inmediato bajo su jurisdicción; aunque, indirecta y delicadamente, á todas las penetren de su influjo y las usen para sus fines.

Ya por el moroso Idomeneo supimos cómo la perseverancia en una alta idealidad, cómo el fervor de un gran designio puede hermanarse con un tierno interés por las demás cosas bellas y buenas que abarca la extensión infinita del

mundo. Fijemos otro aspecto de esta misma virtud de simpatía; pasémosla de la relación entre las distintas vocaciones y formas de la actividad á la relación entre las diferentes doctrinas y creencias; considerémosla por su influjo en nuestra convicción ó nuestra fe. En esta esfera esa virtud es la fecunda y generosa tolerancia.

La tolerancia: término y coronamiento de toda honda labor de reflexión; cumbre donde se aclara y engrandece el sentido de la vida. Pero comprendámosla cabalmente: no la que es sólo luz intelectual y está á disposición del indiferente y del escéptico, sino la que es también calor de sentimiento, penetrante fuerza de amor. La tolerancia que afirma, la que crea, la que alcanza á fundir, como en un bronce inmortal, los corazones de distinto timbre... No es el eclecticismo pálido, sin garra y sin unción. No es la ineptitud de entusiasmo, que en su propia inferioridad tiene el principio de una condescendencia fácil. No es tampoco la frívola curiosidad del *dilettante*, que discurre al través de las ideas por el placer de imaginarlas; ni la atención sin sentimiento del sabio, que se detiene ante cada una de ellas por la ambición intelectual de saberlas. No es, en fin, el vano y tornadizo entusiasmo del irreflexivo y veleidoso. Es la más alta expresión del amor caritativo, llevado á la relación del pensamiento. Es un transporte de la personalidad (que no se da sin un piadoso prejuicio

de benevolencia y optimismo) al alma de todas las doctrinas sinceras; las cuales, sólo con ser creaciones humanas, obra de hombres, trabajada con los afanes de su entendimiento, y madurada al calor de su corazón, y ungida por la sangre y las lágrimas de sus martirios, merecen afecto é interés, y llevan en sí cierta virtud de sugestión fecunda, porque no hay esfuerzo sincero encaminado á la verdad que no enseñe algo sobre ella, ni culto del Misterio infinito, que, bien penetrado, no rinda al alma un sabroso dejo de amor...

CXVI

Y además de caldearse en las fraguas de esta tolerancia, ha de ser *dinámica* nuestra convicción ó nuestra fe; ha de ser modificable y perceptible, capaz de acompañar al progresivo desenvolvimiento de nuestra personalidad: condición, si bien se mira, entrañada en la otra, porque la idea que se relaciona y comunica con las que divergen de ella por una activa tolerancia, es idea que sin cesar está plasmándose en manos de una infatigable simpatía.

De este modo la suma de ideas que aquella que fundamenta nuestra convicción reune y con-

cilia, en determinado instante, en nuestra mente, no ha de ser considerada nunca como orden definitivo, como término y reposo, sino como hito con cuya ayuda proseguir una *dirección* ideal, un rumbo que llevamos: así el viajero que no conoce su camino y pregunta á los que viven junto á éste, se orienta, por direcciones sucesivas, y va del árbol á la casa, de la casa al molino, del molino al sembrado.

Para que nuestro pensamiento cumpla esta ley de su desarrollo vital y no se remanse en rutinario sueño, es menester, á la vez que su aptitud de comunicación tolerante, el hábito de la *sinceridad consigo mismo;* rara y preciosa especie de verdad, mucho más ardua que la que se refiere á nuestras relaciones con los otros; mucho más ardua que la que consiste en el acuerdo de lo que aparentamos y decimos con la inmediata representación de nuestra conciencia; testimonio que puede ser infiel, superficial, ó mal depurado. Aquella honda sinceridad interior obliga á rastrear las fuentes de este testimonio; á saber de sí cuanto se pueda y con la claridad y precisión que se pueda, celando las mil causas de error que comúnmente nos engañan sobre nuestros propios pensamientos y actos, y ejercitándose cada día en discernir lo que es real convicción en nuestra mente, de lo que ha dejado de serlo y dura sólo por inercia y costumbre, y de lo que nunca fué en ella sino eco ser-

vil ó vana impresión. Consagrado á la práctica de este conocimiento reflexivo, buscándose á sí mismo en sus veneros hondos, el pensamiento varonil no teme, aunque ese constante esfuerzo de sinceridad y de verdad perpetúe en su seno las desazones de la agitación y de la lucha, porque desdeña la voluptuosidad de la quietud con tal de eliminar de sí lo exánime y caduco y vivir sólo, á ejemplo del trabajador, de lo que gana cada jornada con sus fuerzas.

CXVII

Al través de las dudas, de los desmayos y reanimaciones, de las angustias y porfías de la lucha que se desenvuelve en lo interior de la conciencia y de la que se sostiene al pleno sol de la contradicción humana, la idea que resiste y triunfa de cuantas armas se le oponen, se forfortalece, acicala y magnifica.

No es la mejor y más acreditada prueba con que pueda abonarse la sinceridad de una fe la que consiste en afirmar su igualdad inalterable, sin borrascas, sin alternativas, sin más y menos de fervor y confianza; como no sea en aquellas almas anticipadas á la celeste beatitud, que por candor del corazón ó simplicidad de la mente

salen fuera de la ley común á las otras. Pero en quien palpita con el turbio torrente de la naturaleza humana, en quien lidia los combates del mundo, una fe perennemente igual, sin tentaciones, sin deliquios, una fe que no oyó nunca pasos de enemigo interior, antes suele acusar la escasa profundidad á que ha arraigado en el alma donde asiste, manteniéndose limpia y serena, porque no la frecuentan la mente con una atención ahincada ni el sentimiento con un celoso afán de amor.

No estimes, pues, la superioridad de tu fe sólo por la paz que reine en sus ámbitos. Una fe verdadera es como entraña que participa del soplo de tu vida; y la vida no consiente uniformidad, igualdad, paz sempiterna. Sólo en la máscara ó la estatua hay una expresión inmutable; la fisonomía real refleja los movimientos desiguales de un alma, que varían y renuevan cien veces la apariencia del color y la línea. No es el amor más libre de nubes el que más dura y ahonda. No es la fe más firme y enérgica aquella en que faltan una discordancia, una ansiedad, un descontento de sí misma, que la estimulan, por el dolor y la inquietud que le causan, como acicate que llevara metido dentro del corazón. Acaso duerme inalterable la fe que no reposa sino en la pasividad de la costumbre, y es comparable al charco que, desdeñado por la furia del viento, permanece en un ser; pero la fe compuesta

de la misma substancia que nosotros, la fe de un alma viva, es mar inquieta, que pasa de las calmas de la contemplación á las turbulencias del pensamiento acongojado, y de la pleamar del místico transporte á las bajantes de la flaqueza y de la duda.

CXVIII

¡Con qué pasmosa sutileza la obra lenta y asidua de sustitución, de que provienen las petrificaciones orgánicas, trueca el despojo vegetal en concreción silícea, sin cambiar en lo mínimo su forma y estructura!

Esta piedra fué fragmento soterrado de un tronco. Descompuesta la substancia vegetal, cada molécula que ella perdió en disolución secreta y morosa, fué sustituída al punto, y en su propio lugar, por otra de sílice. Cuando la última partecilla orgánica se hubo soltado, todo fué piedra en el conjunto; mas ni una línea, ni un relieve, ni un hueco, ni un ínfimo accidente de la construcción interna del tronco, faltaron en la conservación de la apariencia. Ésta es la superficie del tronco, con sus grietas y arrugas; éstas son las fibras corticales, y éstas las capas leñosas, y éstos los radios que van del núcleo á

la corteza, y éste el obscuro y compacto corazón del árbol. Aun cuando ese artificio de la Naturaleza se hubiera consumado ante un espectador perenne, éste no hubiese reparado en él; tal ha sido la lentitud, tal la perfección de la obra. Todo está intacto en la apariencia; todo ha cambiado en la substancia. Donde hubo el resto de un árbol, sólo hay un trozo de piedra.

.....

Ve ahí la imagen de lo que pasa en multitud de almas, que un día tuvieron una convicción que exaltaba el amor, una fe viva, personal, nutrida con la savia de su corazón y de su pensamiento, apta para renovarse y ganar en capacidad y simpatía. Luego, apartaron su atención del trato íntimo con las ideas, porque la atrajo á lo exterior del bullicio del mundo; ó bien, celosos de la integridad de su creencia, la guardaron de cuanto significara una remoción, un arranque innovador; y sea por lo uno ó por lo otro, mientras descansaban confiados en la idea que juzgaban con vida para siempre, llegó un tiempo en que ya lo que llevaron dentro de sí fué sólo una seca concreción, imagen engañosa de la fe que antes alentaban; con toda la disciplina que ella estableció, con todas las costumbres que determinó, con todo aquello que la constituía formalmente; con todo lo de la fe, menos su jugo y su espíritu. La paz y constancia que el alma toma entonces por signos de la resistente

firmeza de su sentimiento no son sino inmovilidad de cosa muerta. La obra lenta y delicada del tiempo, obrando sin perceptible manifestación, ha sido bastante para sustituir el espíritu que creó la forma por la forma vacía de espíritu. El tiempo ha robado al alma la esencia de su fe, y el alma no lo siente. Duerme, soñando en su pasado; tan incapaz de abandonar la creencia á que un día se atuvo, como de sacar de ella nuevo, original amor, nuevo entusiasmo, nueva ternura, nueva poesía, nueva ciencia... Así soportan en el alma el petrificado cadáver de una fe, rígidos devotos, graves prelados, apologistas elocuentes, quizás; sabios teólogos; quizás, ilustres pontífices. ¿Puede llamárseles convencidos ó creyentes? No, en realidad. ¿Impostores? Tampoco. Su sinceridad suele ser tan indudable como su ignorancia de lo que ocurre en su interior. *Creen que creen*, según la insustituíble expresión de Coleridge.

CXIX

Otra forma de engaño, de las que usurpan la autoridad de la razón en el gobierno de nuestras ideas, es la que podría calificarse, en cierto modo, de contraria á la que acabamos de consi-

derar: el entusiasmo y fervor que se encienden, inopinadamente y con fuerza avasalladora, en la dolosa práctica de una fe mentida.

Empezar por la simulación y concluir por la sinceridad, no es un caso infrecuente en las opiniones de los hombres. Tomas partido, adoptas una idea, sin convencimiento real, quizás por motivo interesado, quizás siguiendo pasivamente huellas de otros. Luego, en la confesión ó actividad de esa idea, te ilusionas hasta creerte firme y desinteresadamente convencido; y así, lo que primero fué máscara y engaño, pasa á ser, hasta cierto punto, verdad, capaz de inflamarte en llamas de pasión, y aun de arrebatarte al sacrificio generoso.

No implica esto que hayas llegado á convencerte; implica sólo que el simulacro con que engañaste á los demás ha concluído por engañarte á ti mismo, y piensas y sientes como si dentro de ti hubiera una idea que te gobernase por los medios propios de la madura convicción ó de la fe profunda, cuando no hay sino una sombra traidora, á la que, imprudentemente, hiciste camino en tus adentros, pensando tener dominio sobre ella, y que te ha robado tu libertad, obrando en ti como el mandato hipnótico á que se obedece, sin saberlo, después que se ha vuelto á la vigilia. ¿Cuántas veces el mentiroso concluye por creer, con toda ingenuidad, en sus inventos? El discutidor falaz, ¿cuántas veces pasa, sin

transición consciente, de la artificiosidad de sus sofismas al apasionamiento cierto y á la ilusión de que rompe lanzas por la verdad? ¿Cuántas el enamorado falso, compadecido de sí mismo, llora como penas de amor las que mueve el despecho de su ambición ó de su orgullo? El más vil culpado, ¿cuántas halla, en la dialéctica de su interés, recursos con que aplacar á su conciencia, y aun con que obtener que ella le declare inocente? ¿Cuántas el divino poeta llega á sentir la realidad de lo que finge, hasta tomar, olvidando su personalidad verdadera, el alma de sus criaturas?...

Caso semejante á esos es este del ilusionado por sus propios fingimientos de entusiasmo y de fe. Quien tenga hecha una mediana observación en los secretos de las opiniones humanas, no dejará de conocer algún ejemplar de este linaje de convencidos y creyentes, que empezaron por un aparentar habilidoso, ó cuando más por una adhesión sin fervor ni madurez reflexiva, y que, después de mezclados en el tumulto de la acción, créense ellos mismos sinceros, lo cual es casi como si lo fueran, y obran al tenor de esta sinceridad, y tal vez se manifiestan capaces de los extremos de constancia, lealtad y valentía, en que muestra su temple la convicción heroica.

La primera palabra que, afirmando falsamente una idea, se dice en alta voz; el primer acto

con que se aparenta servirla, ante las miradas ajenas, son ya un paso en el sentido de olvidar lo que hubo, en la intención, de mentira. Después, amores y odios que nacen de la acción; el interés y la vanidad, mancomunados en pro de la perseverancia; la sugestión de la sociedad de que se entra á formar parte; la táctica sutil y poderosa del hábito: todo conspira á redondear la obra. De esta manera se cría un remedo de convicción que engaña á la propia alma en que se produce; que no es una pura falsedad, un arte de cómico, puesto que arrastra consigo el corazón y la creencia, y tal cual te figuras á ti mismo, así te hace aparecer ante el mundo, siendo tú el primer engañado; pero que dista más aún de la convicción entera y verdadera: aquella que tiene su asiento en la razón y que no llega á ti cautelada por el interés y la costumbre, sino que te busca de frente y triunfa de ti esgrimiendo como arma tu propio y libre pensamiento.

CXX

Aun en el revelador, en el profeta, en el apóstol, en el que amoneda ideas con su busto y leyenda, y sin descender á contar en este nú-

mero al impostor que lleva adelante la grosera simulación de una fe; aun en aquéllos, ¿cuántas veces la idea que es fundamento de su originalidad, talismán de su dominio y su gloria, puede haber tenido por principio, no la intuición inspirada, ni el hondo y laborioso discurso, ni la segunda vista del corazón; no estas vías de sinceridad; sino un cálculo del interés, una volubilidad de la mente, un juego sofístico, encubridores que dieron paso dentro del alma á la idea, la que, á favor del tiempo, concluye por interesar y cautivar al mismo que la concibió sin creer en ella, hasta el punto de aparecérsele un día como absoluta verdad, y exaltarle á la fe ciega, y ocupando el centro de su alma, de donde ya no habrá fuerza que la quite, servir en adelante de norma y de motor á la actividad de ese grande espíritu para que él la honre y la propague?...

Yo no olvidaré nunca la revelación de Marmontel, en sus *Memorias*, sobre el origen de la filosofía naturista de Rousseau: de aquella abominación por los resultados de la cultura, y aquella fe en la bondad de lo espontáneo y primitivo, que fueron como el tuétano de sus obras y dieron nervio y carácter á su pensamiento. Refiere Marmontel confidencias de Diderot, que bien pudieran no discordar con la verdad, aun cuando sabidas enemistades fueran parte á excitarlas. Paseaban juntos el autor de

La Religiosa y el del *Emilio*, y manifestó éste su propósito de concurrir al certamen abierto por la Academia de Dijon sobre el influjo de las ciencias y artes en la moralidad de las costumbres. «¿Qué tesis sostendrá usted?», preguntó el enciclopedista. «La afirmativa», respondió Juan Jacobo. Observó á esto Diderot que lo común y trivial de la solución afirmativa alejaba toda probabilidad de lucimiento, en tanto que lo audaz é inaudito de la negativa prestábase de suyo al interés y la originalidad. «Es cierto...—dijo, después de meditar un instante, Rousseau—á la negativa me atengo.» Y su «memoria» del certamen, semilla donde están virtualmente contenidas tantas cosas de su obra futura, fué la famosísima invectiva contra la civilización que destierra de la sociedad humana el candor de la naturaleza.

De aquel pueril y nada austero movimiento de ánimo nació acaso toda una filosofía, que, si en el espíritu del apóstol llegó á ser, sin duda, sinceridad y pasión, en el espíritu y la realidad del mundo fué pasión y fuego de incendio.

CXXI

¡Cuán complejo problema es este de nuestras relaciones con nuestro propio pensamiento!

¡Cómo están ellas sujetas á los mismos engaños y artificios que las relaciones entre unos y otros hombres! ¡Y hasta qué punto es á veces necesario el más hábil, enérgico y pertinaz esfuerzo de sinceridad; para discernir, dentro de la propia conciencia, la idea que realmente *vive*, de la que, con semejanzas de vida, yace muerta, y de la que nunca fué en nosotros sino eco vano, remedio sin espíritu!

¿Cuánto tiempo hace quizás que no te detiene á mirar frente á frente la idea á que te vincula una pasada elección: el dogma, la escuela ó el partido, que da á tu pensamiento nombre público?

Ayúdate de la soledad y del silencio. Procura alguna vez que un impulso íntimo del alma te lleve á esa alta mar del alma misma, donde sólo su inmensidad desnuda y grave se ve; donde no vibran ecos de pasión que te enajenen; donde no llegan miradas que te atemoricen ó te burlen, ni hay otro dueño que la realidad de tu sér, superior á la jurisdicción de tu voluntad. Y allí, como si consultaras, á través del aire límpido, la profundidad del horizonte, pregúntate sin miedo: —¿Es verdad, verdad honda, que yo crea en esto que profeso creer? Tal convicción que adquirí un día, y en la que desde entonces descanso, ¿resistirá ahora á que en este centro de verdad la traiga ante mis ojos? Tal sentimiento, que considero vivo aún, porque alguna vez lo

estuvo, ¿no le hallaré muerto si me acerco á moverle? ¿No vivirá mi fe de la inercia de un impulso pasado? ¿Me he detenido á probar si cabe dentro de ella lo que he sabido después, por obra del tiempo. Cuando la afirmo, ¿la afirmación es sólo una costumbre de mis labios, ó es cada vez, cual debe serlo, nuevo parto de mi corazón? Si ahora hubiera de decidir mi modo de pensar por vez primera; si no existiesen las vinculaciones que he formado, las palabras que he dicho, los lazos y respetos del mundo, ¿elegiría este campo en que milito?... ¿Y aquella duda que pasó un día por mi alma y que aparté de mí por negligencia ó por temor?... Si la hubiera arrostrado con sinceridad valerosa, ¿no hubiera sido el punto de arranque para una revolución de mis ideas? Mi permanencia en esta comunidad, mi adhesión á esta filosofía, mi fidelidad á esta ley, ¿no son obstáculos para que adelante en la obra del desenvolvimiento propio? ¿Me digo la verdad de todo esto á mí mismo?... ¿No se cruza entre el fondo de mi pensamiento y mi conciencia el gesto de una máscara?...

Haz esta meditación. Ponla bajo la majestad de la alta noche, ó vé con ella al campo, abierto y puro, libre de ficción humana, ó junto al mar, gran confidente de meditabundos, cuando el viento enmudece sobre la onda dormida. Ayúdate de la soledad y del silencio.

CXXII

¡Ah! si todos tuviéramos por hábito esa depuración de nuestro espíritu, ese ejercicio de sinceridad, ¿qué inmenso paso no se habría dado en el perfeccionamiento de nuestro carácter y nuestra inteligencia? Pero la inmensa multitud de los hombres, no sólo ignora en absoluto tal género de meditación, reservado á los que ahincan muy hondo en la seriedad del pensar, sino que espantan y alejan presurosos de su pensamiento la más leve sombra que haya logrado penetrar por sus resquicios á empañar la serenidad del fácil acuerdo en que él reposa. Afrontar la sombra importuna que amaga á nuestra fe y procurar desvanecerla de modo que arguya raciocinio, esfuerzo y triunfo bien ganado, es acto de íntima constancia á que no se atreven los más: unos, por indolencia de la mente, que no se aviene á ser turbada en la voluptuosidad con que dormita en una vaga, nebulosa creencia; otros, por la pasión celosa de su fanatismo, que les lleva á sospechar que en cada pensamiento nuevo haya oculto un huésped traidor, y los precave contra el asomo de una idea con la escrupulosidad de aquel gigante de

quien decían los antiguos que rondaba, sin darse punto de reposo, los contornos de Creta, para evitar que se estampase en sus playas huella de extranjero.

¿No sería capítulo importante en las prácticas de una comunión de hombres de verdad y libertad, que, al modo de los inventarios que periódicamente acostumbran hacer los mercaderes, ó, mejor, á la manera del *jubileo* de la antigua Ley, por el cual se apartaba, dentro de cierto número de años, uno destinado á renovar la vida común mediante la remisión de las deudas y el olvido de los agravios, se consagrara, cumplido cada año, en nuestra existencia individual, una semana cuando menos para que cada uno de nosotros se retrajese, favorecido por la soledad, á lo interior de su conciencia, y de allí, en silencio pitagórico, llamara á examen sus opiniones y doctrinas tal cual las profesa ante el mundo, á fin de aquilatar nuevamente su sinceridad, la realidad de su persistencia en lo íntimo y tomar otro punto de partida si las sentía agotadas, ó resumirlas y darlas luego impulso si las reconocía consistentes y vivas?

La primera vez que esto se hiciera yo doy por cierto que serían superadas todas nuestras conjeturas en cuanto á la rareza de la convicción profunda y firme. Y ¡qué de inopinadas conversiones veríamos entonces! ¡Cuántos remedos de convencimiento y de fe, que andan

ufanos por el mundo creyéndose á sí propios hondas realidades del alma, se desharían no bien fueran sacados de la urna donde la costumbre sin reflexión los preserva, como el cadáver que, por acaso, ha mantenido la integridad de su forma en el encierro de la tumba, y apenas lo toca el aire libre se disuelve y avienta en polvo vano!

CXXIII

No hay convicción tal que, una vez adquirida, debas dejar de trabajar sobre ella. Porque, aunque su fundamento de verdad sea para ti el más firme y seguro, nada se opone á que remuevas, airees y retemples tu convicción, y la encares con nuevos aspectos de la realidad, y muestres su fortaleza en nuevas batallas, y la lleves contigo á explorar tierras del pensamiento, mares de la incredulidad y de la duda, que ella puede someter á su imperio engrandeciéndose; ni á que, corroborándola dentro de ella misma, te afanes por hacer más fuerte y armónica la conexión de las partes que la componen.

Pues si ella es la verdad, ¿no es deber tuyo entrar cada vez más adentro de la verdad y adherirte á ella, en cuanto sea posible, por más

motivos de convencimiento y amor? Trabaja, pues, sobre la convicción adquirida; relaciónala con nuevas ideas, con nuevas experiencias, con nuevas instancias de la contradicción, con nuevos espectáculos del teatro del mundo. Si ella resiste y prevalece, ¿cuánto más probada no quedará su energía? ¿Cuántos más elementos no habrá conquistado y sojuzgado, ordenando á su alrededor, por su propia virtud y eficacia, todas las cosas con que la pusiste en contacto? La convicción más firme será la que más multitud de ideas mantenga en torno suyo y alcance á unirlas en más ceñida y concorde relación. Todo lo que vive y progresa se mueve doblemente en el sentido de una mayor complejidad y un mayor orden. Si sólo te preocupa perfeccionar la unidad y el buen arreglo de tu convicción, sin agregarle elementos de afuera que la extiendan y reanimen, caerás en el automatismo de una fe bien disciplinada, pero estrecha. Si sólo atiendes á aumentar la provisión de ideas de tu espíritu y no cuidas de repartirlas y ordenarlas, caerás en la anarquía del pensamiento contradictorio y tumultuoso. Pero cada idea que ganes para tu mente, si aciertas á ponerla en adecuada relación con la idea superior y maestra que ocupa el centro de tus meditaciones, será un lazo más que asegure la estabilidad de esta última, como nueva raíz que se desprende de ella y se entraña en el seno de las cosas.

Aun cuando supieras que nunca habías de abandonar la posición actual de tu espíritu, sino que reposarías de por vida en lo que ahora juzgas la verdad, no por ese deberías soltar de la mano los instrumentos de la investigación y del juicio, como el obrero que da por terminada su tarea; la tarea tuya consistiría, desde entonces, en extender las relaciones de tu verdad; en adaptarla á lo nuevo que trae consigo cada hora; en amaestrarla, como ave de altanería, para la caza del error; en propender á que ella envolviese en sus anillos una completa y bien trabada concepción del mundo.

Pero nadie puede afirmar: «Esta es mi fe definitiva»; y cuando llevamos adelante ese empeño de airear y ejercitar la convicción de nuestra mente, y se levanta ante nosotros una idea que no sólo se niega á subordinarse en forma alguna á aquella convicción, sino que, planteado el conflicto, la resiste y la hiere en lo íntimo, de modo que no podemos escudarla, ¿qué queda por hacer sino declarar la vieja potestad vencida, y pasar á la idea nueva el cetro de nuestro pensamiento, si hemos de proceder en estas lides según la viril y caballeresca ordenanza de la razón?...

CXXIV

Una convicción que adquirimos con los afanes y vigilias de nuestro entendimiento es como hacienda que allegamos con el sudor de nuestra frente: trabajo acumulado; pero de igual manera que quien goza de bien ganada hacienda, no por eso, si se tiene fuerzas y propicia edad, puede optar por desperdiciarlas en el ocio, enajenando á la corriente activa del mundo la parcela de vida que la Naturaleza infundió en sus entrañas y confió á su voluntad, como crédito con que lo habilitó ó armas de que le proveyó para el combate; de igual manera, quien moralmente vive de los réditos de una fe que adquirió y no retempla ó reconquista esta fe por el diario trabajo de su pensamiento; si hay en él capacidad de pensar, ¿no es un vano y abandonado ocioso?... Y aún más lo es quien disfruta, no de una convicción que formó en otro tiempo por sí mismo, sino de la creencia que, sin esfuerzo propio, recibió por tradición, ó se le transmitió por autoridad; hacienda heredada, que él no cohonesta ni mejora, cual regalón inútil que pasa sin gloria por la vida, mientras, á su alrededor, resuena en los yunques, y

vibra en la palabra, y ennegrece con su aliento los aires, el fecundo trabajo de los otros.

CXXV

Cada vez que en tu alma se levanta un anhelo de libertad, un impulso de sinceridad, que te excita á romper la cadena, consumida de herrumbre, con que aún te sujeta una opinión pasada, y á mostrar en estatuaria desnudez tu pensamiento, voces distintas se conciertan para disuadirte, para matar en germen tu resolución viril y aprisionarte en el sofisma perezoso del «quiero creer, y no debo detenerme á sutilizar por qué creo».

Esas voces que te amilanan proceden, ya de boca de los otros, ya de lo interior de ti mismo.

Primera voz: voz de las que nacen dentro de ti, voz del orgullo. Esta tiende, en lo flaco de tu corazón, al punto donde radican el cuidado de la vana apariencia y los respetos humanos, y de esa flaqueza saca fuerzas con que resistir á la verdad, que te busca como enamorada leal y candorosa.

¿Cuál es la más necia forma del orgullo? El orgullo de la inmovilidad.

¿Quizás resistes por soberbia á reparar tu

error, á abandonar tu parapeto de sofismas? ¿Quizás te envanece tu permanencia inalterable allí donde te puso tu primer vislumbre de las cosas, ó donde acaso te encerraron, sin mediación de tu discernimiento, sugestiones del mundo, que tú, ciego, confundes con raíces de convicción y de fe?... ¿Y eso puede ser fundamento de soberbia? ¿Y eso puede oponerse á que restituyas tu alma á la corriente de la vida?...

¡Orgullo por inmovilidad! Nunca estará tan quieta tu alma como la piedra, á quien así concedes, sin saberlo, la superioridad en lo creado. ¿Concibes que la esclavitud engendre orgullo? Pues si esclavitud es enajenación de la personalidad, pérdida del dominio propio, ¿cuál es tu condición, mientras persistes en no tocar con tu pensamiento vivo el yugo que tu inexperiencia te impuso, sino esclavitud aceptada por la voluntad, que es como nace para el esclavo la ignominia?... Esclavo voluntario eres; esclavo de una vanidad, esclavo de una ficción, esclavo de una sombra; esclavo de tu propio pasado, que es lo que ha muerto de ti: esclavo de la Muerte.

CXXVI

Otra voz viene de las gradas de este circo del mundo, ó se anticipa en tu conciencia á la que

de allí se alzará si se consuma tu voluntad de emanciparte. «¡Apóstata, traidor!», clama esa voz de reconvención y de afrenta. Y el dogma ó la opinión con que ella se autoriza saben bien cómo es, porque ella sonó de igual manera en los oídos de aquel que los confesó primero que ninguno: «¡Apóstata, traidor!» Esta es la canción de la nodriza para el alma que nace á la vida del pensamiento personal después de su vegetar inconsciente en el útero de una tradición ó una escuela. No hay creencia humana que no haya tenido por principio una inconsecuencia, una infidelidad. El dogma que ahora es tradición sagrada, fué en su nacer atrevimiento herético. Abandonándolo para acudir á tu *verdad*, no haces sino seguir el ejemplo del maestro que, por fundarlo, quebrantó la autoridad de la idea que en su tiempo era dogma. Y si acaso él no hubo menester de apostatar de esta fe, porque no fué educado en su doctrina, sino que vino de afuera á trastornarla, cuando menos formó su séquito é instituyó su comunión con aquellos á quienes indujo á apostatar. Así como remontándose al origen del más alto linaje de nobleza siempre se llegará á un glorioso advenedizo: á un aventurero heroico, á un bárbaro soldado ó rudo trabajador, así, buscando en sus nacientes la fe más venerable, la idea más entonada por la majestad y pompa de los siglos, siempre se llegará al apóstata, al heresiarca, al rebelde. Y así como

el honor de aquella aristocracia viene todo él del arranque personal del hombre obscuro que, levantándose sobre el polvo, levantó á su posteridad consigo, de igual manera el magnetismo, la fuerza interna, de esta fe, son como la *ondulación* de aquel arranque personal de rebeldía, de desobediencia, de audacia, del hereje que apostató de la fe antigua para tener una fe *suya.*

CXXVII

LA DESPEDIDA DE GORGIAS

Ésos que están sentados á una mesa donde hay flores y ánforas de vino, y que preside un viejo hermoso y sereno como un Dios; ésos que beben, mas no dan muestra de contento; ésos que suelen levantarse á consultar la altura del sol, y á veces se enjugan una lágrima, son los discípulos de Gorgias. Gorgias ha enseñado, en la ciudad que fué su cuna, nueva filosofía. La delación, la suspicacia, han hecho que ella ofenda y alarme á los poderosos. Gorgias va á morir. Se le ha dado á escoger el género de muerte, y él ha escogido la de Sócrates. Á la hora de entrarse el sol ha de beber la cicuta: aún tiene vida por

dos más, y él las pasa en serenidad sublime, rector de melancólica fiesta, donde las flores acarician los ojos de los convidados, que el pensamiento enciende con luz íntima, y un vino suave difunde el soplo para el brindis postrero. Gorgias dijo á sus discípulos: «Mi vida es una guirnalda á la que vamos á ajustar la última rosa.»

Esta vez, el placer de filosofar con gracia, que es propio de almas exquisitas, se realzaba con una desusada unción. «Maestro—dijo uno—, nunca podrá haber olvido en nosotros, para ti ni para tu doctrina». Otro añadió: «Antes morir que negar cosa salida de tus labios». Y cundiendo este sentimiento, hubo un tercero que propuso: «Jurémosle ser fieles á cada una de sus palabras, á cuanto esté virtualmente contenido en cada una de sus palabras; fieles ante los hombres y en la intimidad de nuestra conciencia; siempre é invariablemente fieles!...» Gorgias preguntó al que había hablado de tal modo: «¿Sabes, Lucio, lo que es jurar en vano?» «Lo sé—repuso el joven—; pero siento firme el fundamento de nuestra convicción, y no dudo de que debamos consolar tu última hora con la promesa que más dulce puede ser á tu alma.»

Entonces Gorgias comenzó á decir de esta manera:

—¡Lucio! Oye una anécdota de mi niñez. Cuando yo era niño, mi madre se complacía tanto en mi bondad, en mi hermosura, y sobre

todo en el amor con que yo pagaba su amor, que no podía pensar sin honda pena en que mi niñez y toda aquella dicha pasaran. Mil y mil veces la oía repetir: «¡Cuánto diera yo porque nunca dejases de ser niño!...» Se anticipaba á llorar la pérdida de mi dulce felicidad, de mi bondad candorosa, de aquella belleza como de flor ó de pájaro, de aquel amor único, merced al cual sólo ella existía en la tierra para mí. No se resignaba á la idea de la obra ineluctable del Tiempo, bárbaro numen que pondría la mano sobre tanto frágil y divino bien, y desharía la forma delicada y graciosa, y amargaría el sabor de la vida, y traería la culpa allí donde estaba la inocencia sin mácula. Menos aún se avenía con la imagen de una mujer futura, pero cierta, que acaso había de darme penas del alma en pago de amor. Y tornaba al pertinaz deseo: «¡Cuánto daría porque nunca, nunca, dejases de ser niño!...» Cierta ocasión oyóla una mujer de Tesalia, que pretendía entender de ensalmos y hechizos, y le indicó un medio de lograr anhelo tan irrealizable dentro de los comunes términos de la Naturaleza. Diciendo cierta fórmula mágica, había de poner sobre mi corazón, todos los días, el corazón de una paloma, tibio y mal desangrado aún, que sería esponja con que se borraría cada huella del tiempo; y en mi frente pondría la flor del íride silvestre, oprimiéndola hasta que soltase del todo su humedad, con

lo que se mantendría mi pensamiento limpio y puro. Dueña del precioso secreto, volvió mi madre con determinación de ponerlo al punto por obra. Y aquella noche tuvo un sueño. Soñó que procedía tal como le había sido prescripto, que transcurrían muchos años, que mi niñez permanecía en un ser; y que favorecida ella misma con el dón de alcanzar una ancianidad extrema, se extasiaba en la contemplación de mi ventura inalterable, de mi belleza intacta, de mi pureza impoluta... Luego, en su sueño, llegó un día en que ya no halló, para traer á casa, ni una flor de íride, ni un corazón de paloma. Y al despertarse y acudir á mí, la mañana siguiente, vió, en lugar mío, un hombre viejo ya, adusto y abatido; todo en él revelaba un ansia insaciable; nada había de noble ni grande en su apariencia, y en su mirada vibraban relámpagos de desesperación y de odio. «¡Mujer malvada!—le oyó clamar, dirigiéndose á ella con airado gesto—me has robado la vida, por egoísmo feroz, dándome en cambio una felicidad indigna, que es la máscara con que disfrazas á tus propios ojos tu crimen espantable... Has convertido en vil juguete mi alma. Me has sacrificado á un necio antojo. Me has privado de la acción, que ennoblece; del pensamiento, que ilumina; del amor, que fecunda... ¡Vuélveme lo que me has quitado! Mas ya no es hora de que me lo vuelvas, porque este mismo es el día en que la ley natural prefijó el

término á mi vida, que tú has disipado en una miserable ficción, y ahora voy á morir, sin tiempo más que para abominarte y maldecirte...» Aquí terminó el sueño de mi madre. Ella, desde que le tuvo, dejó de deplorar la fugacidad de mi niñez. Si yo aceptara el juramento que propones, ¡oh Lucio!, olvidaría la moral de mi parábola, que va contra el absolutismo del dogma revelado de una vez para siempre; contra la fe que no admite vuelo ulterior al horizonte que desde el primer instante nos muestra. Mi filosofía no es religión que tome al hombre en el albor de la niñez, y con la fe que le infunde, aspire á adueñarse de su vida, eternizando en él la condición de la infancia, como mi madre antes de ser desengañada por su sueño. Yo os fuí maestro de amor: yo he procurado daros el amor de la verdad; no la verdad, que es infinita. Seguid buscándola y renovándola vosotros, como el pescador que tiende uno y otro día su red, sin mira de agotar al mar su tesoro. Mi filosofía ha sido madre para vuestra conciencia, madre para vuestra razón. Ella no cierra el círculo de vuestro pensamiento. La verdad que os haya dado con ella no os cuesta esfuerzo, comparación, elección: sometimiento libre y responsable del juicio, como os costará la que por vosotros mismos adquiráis, desde el punto en que comencéis realmente á vivir. Así, el amor de la madre no le ganamos con los méritos propios: él

es gracia que nos hace la Naturaleza. Pero luego otro amor sobreviene, según el orden natural de la vida; y el amor de la novia, éste sí, hemos de conquistarlo nosotros. Buscad nuevo amor, nueva verdad. No se os importe si ella os conduce á ser infieles con algo que hayáis oído de mis labios. Quedad fieles á mí, amad mi recuerdo en cuanto sea una evocación de mí mismo, viva y real, emanación de mi persona, perfume de mi alma en el afecto que os tuve; pero mi doctrina no la améis sino mientras no se haya inventado para la verdad fanal más diáfano. Las ideas llegan á ser cárcel también, como la letra. Ellas vuelan sobre las leyes y las fórmulas; pero hay algo que vuela aún más que las ideas, y es el espíritu de vida que sopla en dirección á la Verdad...

Luego, tras breve pausa, añadió:

—Tú, Leucipo, el más empapado en el espíritu de mi enseñanza: ¿qué piensas tú de todo esto? Y ya que la hora se aproxima, porque la luz se va y el ruido del mundo se adormece: ¿por quién será nuestra postrera libación?, ¿por quién este destello de ámbar que queda en el fondo de las copas?...

—Será, pues—dijo Leucipo—, por quien, desde el primer sol que no has de ver, nos dé la verdad, la luz, el camino; por quien desvanezca las dudas que dejas en la sombra; por quien ponga el pie adelante de tu última huella, y la

frente aun más en lo claro y espacioso que tú; por tus discípulos, si alcanzamos á tanto, ó alguno de nosotros, ó un ajeno mentor que nos seduzca con libro, plática ó ejemplo. Y si mostrarnos el error que hayas mezclado á la verdad, si hacer sonar en falso una palabra tuya, si ver donde no viste, hemos de entender que sea vencerte: Maestro, ¡por quien te venza, con honor, en nosotros!

—¡Por ése!—dijo Gorgias; y mantenida en alto la copa, sintiendo ya al verdugo que venía, mientras una claridad augusta amanecía en su semblante, repitió—: ¡Por quien me venza con honor en vosotros!

CXXVIII

Desventurado el maestro á quien repugne anunciar, como el Bautista, al que vendrá después de él, y no diga: *Él debe crecer; yo ser disminuído.* Funda dogmas inmutables aquel que viene á poner yugo y marca de fuego, de las que allí donde una vez se estampan, se sustituyen por siempre al aspecto de naturaleza; no los funda quien es enviado á traer vida, luz y nueva alma.

La palabra de Cristo, así como anunció la pre-

eminencia del sentido interno y del espíritu sobre la letra, la devoción y la costumbre, dejó también, aun refiriéndose á lo que es espíritu y substancia, el reconocimiento de su propia relatividad, de su propia limitación, no menos cierta (como en lo material, la del mar y la montaña) por su grandeza sublime; el reconocimiento de la lontananza de verdad que quedaba fuera de su doctrina declarada y concreta, aunque no toda quedase fuera de su alcance potencial ó virtual, de las posibilidades de su desenvolvimiento, de su capacidad de adaptación y sugestión.

Este es el significado imperecedero de aquellas hondas palabras de la Escritura, que Montano levantó por lábaro de su herejía: «Aún tendría otras cosas que enseñaros, mas no podríais llevarlas.» Vale decir: «No está toda la verdad en lo que os digo, sino sólo la suma de verdad que podéis comportar.»

Así, contra la quietud estéril del dogma, contra la soberbia de la sabiduría amortajada en una fórmula eterna, la palabra de Cristo salvó el interés y la libertad del pensamiento de los hombres por venir: salvó la inviolabilidad del misterio reservado para campo del esfuerzo nuestro en las porfías de la contradicción, en los anhelos de la duda, sin los cuales la actividad del pensamiento, sal del vivir humano, fuera, si lo decimos también con palabras evangélicas, «como la sal que se tornara desabrida».

«*Aún tendría otras cosas que enseñaros, mas ahora no podríais llevarlas*»; significa lo mismo en lo que es aplicable á la conciencia de la Humanidad, que en lo que se refiere á la del individuo: no hay término final en el descubrimiento de lo verdadero, no hay revelación una, cerrada y absoluta, sino cadena de revelaciones, revelación por boca del Tiempo, dilatación constante y progresiva del alma, según sus merecimientos y sus bríos en el seno de la infinita verdad.

CXXIX

Desde el instante en que una idea se organiza en escuela, en partido, en secta, en orden instituído con el objeto de moverla y hacerla prevalecer como norma de la realidad, ya fatalmente pierde una parte de su esencia y aroma, del libre soplo de vida con que circulaba en la conciencia del que la concibiera ó reflejara, antes de que la palabra del credo y la disciplina de las observancias exteriores la redujesen á una inviolable unidad. Y á medida que el lazo de esta unidad se aprieta y que su propaganda y su milicia, confirmándose, han menester de más medido y estrecho movimiento, su espíritu en-

flaquece, y lo que la idea gana en extensión aumentando la numerosidad de su rebaño, piérdelo de hondor en la conciencia individual.

No es en las tablas de la fórmula, no es en las ceremonias del rito, ni en la letra del programa, ni en la tela de la bandera, ni en las piedras del templo, ni en los preceptos de la cátedra, donde la idea está viva y da su flor y su fruto. Vive, florece y fructifica la idea, realiza la fuerza y virtud que tiene en sí, desempeña su ley, llega á su término y se transforma y da de sí nuevas ideas, mientras se nutre en la profundidad de la conciencia individual; expuesta, como la nave lo está al golpe de las olas, á los embates de la vida interior de cada uno: libremente entregada á las operaciones de nuestro entendimiento, á los hervores de nuestro corazón, á los filos de nuestra experiencia, como entretejida é identificada con la viva urdimbre del alma.

No ya la inmutabilidad del dogma en que una idea cristaliza, y la tiranía de la realidad á que se adapta al transcender á la acción: el solo leve peso de la palabra con que la nombramos y clasificamos, es un obstáculo que á menudo basta para trabar y malograr, en lo interior de las conciencias, la fecunda libertad de su vuelo.

La necesidad de clasificar y poner nombre á nuestras maneras de pensar no se satisface sin sacrificio de alguna parte de lo que hay en ellas de más esencial y delicado. De esa necesidad

nacen errores y limitaciones que, no sólo adulteran la íntima realidad de nuestro pensamiento en el concepto de los otros, sino que por el maravilloso poder de sugestión que está vinculado á las palabras, reaccionan sobre nosotros mismos y ponen como bajo un yugo, ó mejor, comprimen como dentro de un molde el natural desenvolvimiento de la idea que ha hecho su nido en nuestra alma. «¿Qué filosofía, qué religión profesas; cuál es, en tal ó cual respecto, la doctrina á que adhieres?» Y has de contestar con un nombre; vale decir: has de vestirte de uniforme, de hábito... Para quien piensa de veras, ¡cuán poco de lo que se piensa sobre las más altas cosas, cabe significar por medio de los nombres que pone á nuestra disposición el uso! No hay nombre de sistema ó escuela que sea capaz de reflejar, sino superficial ó pobremente, la complejidad de un pensamiento *vivo*. ¡Y cuán necesario es recordar esta verdad á cada instante! Una fe ó convicción de que sinceramente participas es, en lo más hondo de su carácter, una originalidad que á ti solo pertenece; porque si las ideas que arraigan en ti con fuerza de pasión, te impregnan el alma con su jugo, tú, á tu vez, las impregnas del jugo de tu alma. Y además, una idea que *vive* en la conciencia, es una idea en constante desenvolvimiento, en indefinida formación: cada día que pasa es, en algún modo, cosa nueva; cada día que pasa es, ó más

vasta ó más neta y circunscripta, ó más compleja, ó más depurada; cada día que pasa necesitaría, en rigor, de nueva definición, de nuevo credo, que la hicieran patente; mientras que la palabra genérica con que has de nombrarla es siempre igual á sí misma... Cuando doy el nombre de una escuela, fría división de la Lógica, á mi pensamiento vivo no expreso sino la corteza intelectual de lo que es en mí fermento, verbo de mi personalidad entera, no expreso sino un residuo impersonal, del que están ausentes la originalidad y nervio de mi pensamiento y los del pensamiento ajeno, que, por abstracción, identifico en aquella palabra con el mío. La clasificación de las ideas nos da, en un nombre, un vínculo aparente de simpatía y comunión con multitud de almas que, penetradas en lo substancial de su pensar, en lo que éste tiene de innominado é incomunicable, fueran para nosotros almas de enemigos. ¡Ay!; cuántas veces los que realmente son hermanos de alma, han de permanecer para siempre separados por esa pared opaca y fría de un nombre; porque la íntima verdad de su alma, donde estaría el lazo de hermandad, no encuentra nombre que la transparente entre aquellos que las clasificaciones usuales tienen destinados para las opiniones de los hombres!

Y no tan sólo desconocimiento y frialdad: odio y muerte, á raudales, han desatado entre huma-

nos pechos los nombres de las ideas: sus *nombres*—antes que su esencial realidad, y por de contado, muy antes que lo que está aún más hondo que ellas: el *espíritu* y la intención y la fe; odio y muerte; ¡pena infinita!—, entre quienes, si recíprocamente se vieran, por intuitivo relámpago, el fondo del alma, rota esa venda de los nombres adversos, se hubieran confundido allí, sobre el mismo ensangrentado campo de la lucha, en inmenso abrazo de amor!

CXXX

Una inconsecuencia aparente, un cambio que el vulgo toma á prueba de versatilidad, puede ser, muy por el contrario, acto de ejemplar consecuencia, acto de perseverancia en una idea más honda, en un propósito más fundamental que aquellos en que consiste el cambio: idea y propósito á cuyo natural desenvolvimiento se debe la eliminación de las formas gastadas que se abandonan y la adopción de otras nuevas; no de diverso modo que como el desenvolvimiento consecuente del germen está en pasar de la semilla á la planta, de la planta á la flor, de la flor al fruto: formas sucesivas cuyo impulso no pára mientras persiste el principio vital que está pre-

sente en todas ellas y las enlaza las unas con las otras.

Inconsecuencia del árbol fuera dejar su vida inmovilizada en la flor, oponiéndose al tránsito de que nace el fruto: inconsecuencia para con la ley de su naturaleza. Quizás, si hubiera quien ignorase esta ley, viendo la flor intacta y permanente, mientras la de otros árboles había cuajado en fruto, diría: «¡Oh árbol consecuente, que no desampara la leve envoltura de la flor, y emplea en mantenerla viva su savia!»; mas nosotros veríamos inconstancia del árbol donde ése fidelidad y consecuencia.

Así, una vida de hombre puede estar gobernada, de lo más íntimo del alma, por una grande idea ó una inquebrantable pasión, y ser este principio dominante el que, mostrando su constancia y su brío, impone al alma la modificación de sentimientos é ideas menos esenciales que él; aunque quizás más aparentes, quizás menos vinculados á aquella parte de nosotros que perciben las miradas del mundo Por eso el mundo ve la inconstancia que está en la superficie, y no la firmeza del amor que asiste en lo hondo.

Cuando oigas voces malévolas que hablan de apostasía en el pensar, de infidelidad en la conducta, recuerda siempre, antes de dar tu juicio, esto de que por la estabilidad y permanencia del más firme asiento de su alma suele ser por lo que el hombre varía en tal ó cual relación de

sus afectos é ideas; por la tenacidad de un amor ó convicción más altos, cuyo adecuado camino sigue su curso en el sentido de ideas y sentimientos divergentes de aquéllos con que había coincidido en esa relación hasta entonces, y de este modo hay tenacísima voluntad que, vista de lejos, parece errátil vagar sin rumbo distinto, y hay caracteres, en apariencia muy contradictorios, que son, en el fondo, caracteres muy unos.

Todo está en conocer su resorte central y dominante; su pasión ó idea superior: ese «primer móvil» del alma, no siempre manifiesto en las acciones de los hombres, y descubierto el cual vemos tal vez resolverse las disonancias de una vida en unidad y orden supremo, como aquel que, confuso y desconcertado entre sublimes ondas de música, halla de pronto el hilo conductor que ordena el vasto ruido en estupenda armonía.

CXXXI

La severidad del vulgo suele ensañarse sólo con la falsedad de los que mudan de doctrina por inconstantes ó venales, y rara vez castiga hasta donde fuera justo esa otra falsedad que se manifiesta por la permanencia ficticia en una

idea que no tiene ya raíces vivas dentro del corazón. Menos ostensible y ocasionado á escándalo, este linaje de falsedad es mucho más frecuente y no menos pernicioso que el que reprueba el vulgo. Y si aquel que, obedeciendo á un estímulo que no es el de la sincera convicción, abandona la idea bajo cuyas banderas militaba, merece nombre de apóstata, aquel otro que persevera en la exterioridad de la creencia cuando ha sentido agotarse de ella la substancia y el brío, ¿no apostata de la verdad que se le anuncia por este acabamiento de la fe que tuvo? Sí, por cierto; y aún podría decirse que cuantas veces vuelve del sueño de la noche y recupera la actividad del pensamiento sin emplearla en someterse á esa verdad, otras tantas veces apostata. Apostasía de muchos y muy altos; apostasía invisible y silenciosa, que se renueva, día á día, bajo altivas frentes, por entre las cuales va lisonjera el aura popular, y que luego los mármoles de soberbias tumbas decorarán, acaso, con los símbolos de la convicción y la firmeza...

CXXXII

Si esta falsa perseverancia, y, en general, si el sacrificio de la vigilante libertad de la razón en

aras de una inmutable idea, no engendran, en la realidad de la vida de los hombres, todos los extravíos de pensamiento y de conducta que parecerían su inevitable secuela, débese á que, contra la voluntad del obcecado y el fanático, y quizás sin que él mismo lo advierta, el instintivo arranque de su espíritu, ó la sugestión del ambiente en que vive, tuercen, para muchos de sus actos y juicios, la lógica de aquella permanencia servil.

De Pirron, padre de los escépticos, se cuenta que, empeñado en negar toda posibilidad de certidumbre, y para demostrar la desconfianza en que debían tenerse los datos del sentido, jamás desviaba el paso de la dirección en que marchaba porque ante él se presentase un obstáculo, ya fuese éste una pared, un pozo, ó una hoguera. Ocurre preguntar cómo Pirron no era detenido por la pared, ni se abrasaba en la hoguera, ni se precipitaba en el pozo. Pero Diógenes Laercio, que esto refiere, cuida de agregar que el caminante escéptico iba rodeado de un grupo de oficiosos amigos, los cuales le obligaban por fuerza á cambiar de dirección cuando era necesario. Así, sin discordancia entre la voluntad y la filosofía de Pirron, su filosofía dejaba de aparejar graves riesgos para profesada al aire libre, y Pirron podía ser á un tiempo filósofo y paseante. Los dogmáticos y *obsesionados* superiores, inflexibles cuanto se quiera en la

profesión de su doctrina, suelen salvarse, merced á dichosas inconsecuencias en la vida real, de la funesta lógica de su intolerancia, porque, como Pirron, tienen solícitos amigos que les siguen de cerca: tan de cerca que van dentro de su propio espíritu. Estos amigos de Pirron son la lealtad del juicio, la sensibilidad moral, el buen gusto, las fuerzas espontáneas, muchas veces inconscientes, del alma, que, llegado el momento, acuden á evitar el peligro cruzado en el sentido de la marcha, apartándola de la recta fatal.

XCXXIII

Sigamos atendiendo á las voces que se levantan de tu alma cuando, por acudir á la verdad, tientas romper el lazo que te une á lo pasado en la historia de tu espíritu. Esta que suena ahora es triste y suave; y por suave y triste, poderosa. Mézclanse en ella melancolías del recuerdo, ternuras de la gratitud.

¿Es quizás un sentimiento de fidelidad el que detiene tu impulso de ser libre? ¿Te duele ser infiel con ideas que han sido el regazo donde se adurmió tu alma, el materno seno de que se nutrió, la voz amante que oyó, al despertar, tu

pensamiento?... Piensa, en primer lugar, que la separación no obliga al odio, ni aun á la indiferencia y el olvido. La autoridad de la razón puede exigir de ti el abandono del error que ella ha disipado y el amor por la verdad que ella te enseña; pero que en tu corazón quede piedad y gratitud para los sueños en que te meció el error, ¿qué mal nacerá de esto? Ese sentimiento piadoso, si persiste después de tu desengaño y tu libertad, ¿por qué no lo ha de dejar vivir la razón austera, mientras él no sea obstáculo que impida tu marcha hacia adelante? ¿Y cuántos hay que, emancipados para siempre, conocen la voluptuosidad moral de cuidar, en un refugio de su alma, la imagen y el aroma de la fe perdida?...

Así, un primer amor que malogró la muerte ú otro límite de la fatalidad, dura tal vez, en lo íntimo de la memoria, mucho más que como fría representación de lo pasado; dura en aquella parte mejor de la memoria que confina con los términos del corazón y que imprime en él, tiernamente, las figuras que evoca; y aun cuando la vida traiga consigo amores nuevos, aquel amor primigenio es como una caja de sándalo donde todo nuevo amor entra y se acomoda; y sigue viviendo á través de ellos, y nota con encanto correspondencias, semejanzas, miradas y sonrisas que reaparecen en otros ojos y otros labios, uniendo en lazo de inmortal simpatía dos pasio-

nes, libres de conflicto, purificadas de celos y egoísmos de amor, por la distancia que separa á la vida de la muerte.

Para que un amor que ha escollado en la realidad persista en ti idealmente, de manera delicada y profunda, no es necesario que sacrifiques en holocausto á él el resto de tu vida, ni que selles, resumiéndolas como en la cavidad de una tumba, las fuentes de tu corazón. Si logras, por dicha, hallar otro objeto de amor que te cautive, tu fidelidad al primero puede manifestarse aún por los ecos que en tu memoria despierta esta nueva melodía que compone tu alma; por la esfumada lontananza con que el recuerdo completa y poetiza el paisaje del amor nuevo. Y de igual modo, cuando la razón te fuerza á abandonar una fe que te ha llenado el alma de amor, no es menester que cobres aborrecimiento á esa fe, ni aun lo es que dejes de amarla. Puedes serle fiel y grato todavía: fidelidad y gratitud caben en la devoción del recuerdo, que cuida sus reliquias con esmero piadoso, y evoca con melancólico afecto la imagen del perdido candor; y como en el caso de los dos amores de que te hablaba, que, en sublime hermandad, el uno hace revivir memorias del otro, se complace tal vez en notar coincidencias, afinidades, simpatías, entre los sentimientos morales con que la vieja fe te modelara y las enseñanzas en que te inicia la severa razón.

CXXXIV

Una fe que verdaderamente ha arraigado en la profundidad de tu conciencia, tomando allí los principios de su savia, enviada luego á distribuirse é infiltrarse por el alma toda; una fe que concuerda con tu vida, rara es la vez que no deja, después de secarse y morir, algún vestigio inmortal, algún recuerdo de sí que no desaparece, y que, en medio de la nueva fe ó la nueva convicción que la sustituyen, ó de la duda en que para siempre quedas, mantiene vivo un destello de aquel pasado amor de tu alma.

Vestigio inmortal: no huella transitoria, como esa que, en los primeros tiempos de una conversión, acusa, por tal cual ráfaga de inconsecuencia, por tal cual impulso regresivo del sentimiento ó de la voluntad, el esfuerzo que la fe que has abandonado hace por rescatar el corazón que fué suyo y el esfuerzo que la fe nueva ha menester aun para reducir ciertos rincones del corazón á su imperio.—Este otro vestigio, más íntimo, de que quiero hablarte, es como onda difusa que persiste en todo tu sér, y no se manifiesta irregular y desentonadamente, sino á la manera de la lontananza del paisaje ó del

fondo del cuadro. Es como una vaga armonía, *sombra sonora* de una música que, amortecida por la distancia, llega, en eco perenne, desde lo más hondo de ti.

Dejan este vestigio, sobre todo, la fe y la apasionada convicción que te poseyeron en la dulce primera edad del pensamiento; cuando las creencias que adquieres cruzan sus estambres en los husos que van urdiendo el tejido más fino y resistente de su personalidad; cuando la idea traba con las potencias afectivas asociaciones de esas que ya no se disuelven sin entrar á desanudarlas en el mismo centro del alma. La fe, el entusiasmo, la «verdad querida», de entonces, aun después que son reemplazados por otros y parecen desvanecidos hasta en la copia del recuerdo, suelen transparentarse bajo aquellos que han ocupado su lugar, é influir de alguna suerte en su totalidad y su carácter: que es como cuando el vencido en la guerra llega, por su superioridad en artes pacíficas, á dominar suave y calladamente al vencedor.

Perdura en las paredes del vaso la esencia del primer contenido; de modo que el licor nuevo que viertes se impregna en esa esencia; y cuantas veces mudas el licor, tantas otras veces se mezcla con el aroma propio del nuevo, el dejo del que fué servido antes que todos.

Así es como la austeridad cristiana pone su sello al paganismo de Juliano el apóstata. Así

Renan (y este es patentísimo ejemplo) logra la extraña armonía de su espíritu: la educación sacerdotal del maestro, la fe de su adolescencia religiosa, van con él, en lo íntimo del alma, cuando él pasa el meridiano de la razón, y aroman y coloran para siempre su vida, y le dan actitud y unción de sacerdote, aun cuando predica la duda y el análisis; porque, muerta la fe, como creencia, queda indeleble, en él, como virtud de poesía, como fragancia del ambiente interior, como *timbre* del sentimiento, como hada oculta en el misterio del alma; como fuerza ideal, mantenedora de mil hondas asociaciones y costumbres.

La duda de Renan está impregnada de religiosidad hasta los tuétanos. La iglesia de Treguier tiende hasta el último día de Renan su sombra amiga. ¿No cabe preguntar si algo, si no tan intenso, semejante, no ocurre en todo aquel que ha tenido una fe, una apasionada convicción, realmente *suya?* La esencia que ellas dejan de su paso, se apoca, se enrarece, subordina á otras su intensidad; pero nunca, acaso, se disipa. Nada permanece en absoluto; pero, tampoco, nada que ha prendido una vez con eficacia, muere del todo, en lo latente de la vida moral.

CXXXV

... Y dice otra de las voces disuasivas: —Teme la soledad, teme el desamparo. Cuando abandonas el dulce arrimo de una fe, cortas la amarra que mantenía tu nave sujeta á lo seguro de la costa, y te aventuras en el mar incierto y sin límites. Contigo van tres cuervos...

Cuentan las crónicas del descubrimiento de Islandia que, partiendo unos navegantes de Noruega á explorar el piélago que avanza, al Norte, hacia los hielos eternos, llevaron tres de aquellas aves fatídicas consigo. Aún no había brújula entonces. Llegados á alta mar, los navegantes soltaron, como medio de determinar su ruta, á los tres cuervos, de los cuales uno volvió en dirección al punto de partida, quedóse el otro en el barco y se adelantó el restante con misterioso derrotero. Siguió la nave tras el último; y rasgado el secreto de las brumas boreales, la tierra nueva no tardó en destacarse de la confusa lejanía.

También contigo van tres cuervos—sigue diciendo la voz—, cuando, sin brújula, te pierdes, mar adentro, en el punto desde cuya soledad no se divisa tierra firme de fe. Quizás vas hacia

donde te guía el cuervo aventurado, y arribas, por fin, á nueva costa. Quizás temes lo no sabido de este rumbo, y le dejas, para seguir al cuervo cauto que te devuelve, en arrepentimiento, al puerto que te vió partir. Pero, ¡ay!, quizás también, sin acertar á ponerte en ninguno de los rumbos contrarios, permaneces en angustiosa incertidumbre, junto al cuervo que ha quedado contigo con fidelidad aciaga y sarcástica. ¿Sacrificarás tu fe á una esperanza aleatoria? El mar por donde se arriesgan los que dudan está lleno de naves inmóviles ó errantes, sobre cuyo mástil más alto domina, como grímpola negra, un triste cuervo, posado en desolante quietud.

CXXXVI

La fuerza de esa admonición es poderosa tratándose del flaco de espíritu, que no nació para sentir el peso de otra autoridad que la que se le impone de afuera y se contiene en una fórmula encumbrada sobre el tímido vuelo de su razón. Tema éste en buen hora afrontarse con la soledad infinita; y como el niño que esconde los ojos en el regazo de la madre, rehuya la luz y vuélvase á su seguro. Pero en el alma capaz de libertad, en el alma para quien libertad significa lucha y

trabajo, no habrá temor de que la renuncia al amparo de una fe caduca sea, en definitiva, desorientación y zozobra y redunde en ausencia de aquel principio director, como polo magnético del alma, que hemos considerado necesario para mantener el orden de la vida y darla sazón de idealidad. Porque en el fuerte, la duda no es ni ocio epicúreo ni aflicción y desánimo, sino antecedente de una reintegración, apercibimiento para una reconquista, que tiene por objeto lograr, mediante el esfuerzo indomable de la conciencia emancipada, nueva *verdad*, nuevo centro de espiritual amor, nuevos fundamentos para el deber, la acción y la esperanza. Y este propósito nunca es vano si leal y perseverantemente se le lleva adelante. En la generación del convencimiento y la creencia, el socorro de la voluntad suple infinito; y como el reino de los cielos, la verdad *padece fuerza*. Ni aun se podrá decir que, cuando tal propósito no tenga premio inmediato, cuando se prolongue mucho tiempo en búsqueda é incertidumbre, quede el alma, mientras no se arriba á término, sin potestad que la resguarde y ordene. El poder de disciplina moral estará, entretanto, adscrito al anhelo y la porfía por la futura convicción. Este tenaz empeño, que concentra y reparte las energías de la mente para arrostrar las proposiciones de la duda, envuelve una potencia no menos eficazmente autoritaria que la vinculada á la fe

en que se reposó. Como esta fe, se opone al desconcierto del alma y á la frigidez que la hiela; como ella, impide el vacío de los días sin objeto ideal. ¿Y cuál no será su superioridad para esa función de disciplina, si la pasada fe no era la *personal* y profunda, enamorada y pensadora, sino aquella otra, vegetativa y lánguida, sin calor y sin jugo, que se nutre á los pechos de la costumbre y la superstición?...

CXXXVII

Importantísimo cuidado es este de mantener la renovación vital, el progresivo movimiento, de nuestras ideas, sobre que vengo hablándote, pero no olvides nunca que para que tal renovación sea positivamente una fuerza en el gobierno de la propia personalidad, y no se reduzca á un mecanismo encerrado, como en la caja de un reloj, en el círculo del conocimiento teórico, preciso es que su impulso se propague á los sentimientos y los actos, y concurra así á la orgánica evolución de nuestra vida moral.

La idea que ocupa nuestra mente, y la domina, y cumple allí su desenvolvimiento dialéctico, sin dejar señales de su paso en la manera como obramos y sentimos, es cosa que atañe á

la historia de nuestra inteligencia, á la historia de nuestra sabiduría, mas no á la historia de nuestra personalidad.

Toma ese guijarro del suelo; vé á abrir un hueco proporcionado á su espesor, en la corteza de aquel árbol, y de este modo, pon el guijarro en la corteza. ¿Podrá decirse que has vinculado á la vida del árbol ese cuerpo sin vida?

Hiere más hondamente en el tronco; ábrelo hasta el centro mismo donde su tejido se espesa y endurece, y en esta profundidad pon el guijarro. ¿Dirás tampoco ahora que forma parte de la vida del árbol ese trozo de piedra?

Adquieres, por comunicación magistral, ó por tu esfuerzo propio, una idea, una convicción; la fijas en tu mente; la aseguras en tu memoria; la corroboras y afianzas por el raciocinio: ¿é imaginarás que eso baste para que la idea te renueve; para que modifique, en la relación que le competa, tu manera de ser, convirtiéndose en vida incorporada á tu vida, en fuerza acumulada á esa que mueve las palpitaciones de tu corazón y ajusta el ritmo de tu aliento?

Como el guijarro en el árbol, así la idea dentro de ti, mientras no la arrastra en su corriente férvida la sensibilidad, única fuerza capaz de cambiar el tono de la vida.

Si tu adhesión á una verdad no pasa del dominio del conocimiento, por mucho que la veas firme y luminosa, por mucho que sepas susten-

tarla con la dialéctica más limpia y más sutil, y aun cuando ella traiga implícita la necesidad de una conducta ó un modo activo de existencia distintos de los que hasta entonces has llevado, ¿crees, por ventura, que acatarás esa necesidad; crees que dejarás de ser el mismo?

No te reforman de alma la verdad ni el error que te convencen; te reforman de alma la verdad y el error que te apasionan.

Vano será que cambies de doctrina, de culto ó de maestro, aun cuando sea con sinceridad, si, al par de la convicción novel, no nace en ti el sentimiento poderoso que toma la idea nueva, y como levadura que se entraña en la masa, la sumerge en lo más hondo de ti, y allí la mezcla y disuelve en la substancia de tu alma, de suerte que no haya en ti cosa que no se colore, en algún modo, del matiz de la idea, y se impregne de su sabor, y se hinche con su fermento.

Gran distancia va de convencido á convertido. Conversión dice tanto como moción profunda que trastorna el orden del alma; como idea ejecutiva, que, operando sobre la voluntad por intermedio del sentimiento, que es su seguro resorte, rehace ó modifica la personalidad. Convicción es dictamen que puede quedar, aislado é inactivo, en la mente.

No hablemos ya de aquellos que, sin verdadera convicción, por automatismo ó con engaño de sí propios, profesan una idea, una doctrina, á

cuyo fondo firme y esencial no descendieron nunca; pero aun los convencidos de verdad, sin excluir de entre ellos los más capaces de desentrañar de una idea, por los bríos de su entendimiento, toda la luz que pueda mostrarla clara y convincente á los otros: si dentro de ellos mismos la idea no despierta el eco misterioso del corazón y no concuerda con los actos, ¿quieres decirme qué vale é importa en ellos la idea para la realidad de la vida: para esa realidad que no es fría lápida donde se inscriban sentencias, sino vivo y palpitante engendro del sentimiento y de la acción?...

CXXXVIII

Fácil es observar cómo espíritus que, con entera sinceridad de pensamiento, pasan del uno al otro polo en el mundo de las ideas, permanecen absolutamente los mismos si se les juzga por el tenor de su personalidad sensible y activa, aun cuando las ideas en que consiste el cambio sean de las que interesan al orden de la vida moral. Si judíos primero y luego cristianos, su cristianismo guardará la rigidez y sequedad que comunica al espíritu la férula del testamento viejo; si dogmáticos en un principio y librepen-

sadores después, el libre pensamiento tendrá en ellos la intolerancia propia del que se considera en posesión de la verdad eterna y exclusiva. Este es el desvalimiento práctico de la conversión puramente intelectual, tan inhábil para traer una lágrima á los ojos como para fundar ó disolver una costumbre.

Pero la imaginación y el sentimiento, agentes solidarios de las más hondas operaciones que sufre la substancia de nuestro carácter, donde la voluntad radica, y por tanto—cuando persistentes y enérgicos—, fuerzas de que la idea ha menester para revestirse de imperio y poner á la voluntad en el camino de las conversiones eficaces, son también por otro estilo que el puro entendimiento, origen de vanas conversiones, más vanas aún que las que el puro entendimiento engendra, porque debajo de ellas no hay siquiera la resistencia racional de un convencimiento lógico, aunque incapaz de traducirse en vida y acción. Tales son las efímeras y engañosas conversiones que vienen de un temblor del corazón apenas rasguñado, ó de un lampo de la veleidosa fantasía; las conversiones en que un espíritu de escasa personalidad cede, como cuerpo instable, á la impresión que se recibe del nuevo hecho que se presencia, del nuevo libro que se conoce, de las nuevas gentes con quienes se vive. Para levantarse sobre cada una de estas impresiones, apreciándola serenamente en su objeto,

y propendiendo á retenerla y ahondarla, y á convertirla así en sentimiento duradero y firme voluntad, si es que el objeto lo merece; ó, por lo contrario, á apartarla del alma, mediante la atención negativa y la táctica de la prudencia, si no hay para ella causa justa, es necesaria la vigilante autoridad de esa misma razón, que por sí sola nunca producirá más que convicciones inertes, pero que obrando como centro de las potencias interiores, será siempre la irreemplazable soberana, sin cuyo poder una creencia que se adquiera no pasará de ciega fe ó endeble sentimentalismo.

CXXXIX

Además, si la idea pura no alcanza á sustituir al sentimiento ni á hacer lo que él, puede, hábil y perseverantemente, provocarlo y suscitarlo. Excogitando la ocasión, acumulando excitaciones y estímulos, entrando en alianza con el tiempo, que traspasa en sigilo las rocas en connivencia con la gota de agua, evitando la tentación hostil, cuidando la emoción favorable, incipiente y tímida, con esmero solícito, como quien quiere fuego, y para aprovechar una sola chispa que tiene, allega ramillas y las dispone bien, y distribuye sutil y delicadamente el soplo de sus

labios, hasta que la ve levantarse en llamarada: así la idea pura y fría logra arrancar del corazón remiso el fuego de amor que la complemente.

Vencer una pasión que nos sojuzga, y criar en lugar de ella, voluntariamente, otra pasión, es empeño heroico, pero no quimérico. Y en el mismo seno de aquella pasión que se ha de desarraigar y sustituir, hallará tal vez la voluntad el punto de partida, la piedra angular, la simiente fecunda con que arribar á la nueva y contraria pasión. Porque nuestra complexidad personal se reproduce en todo cuanto pasa dentro de nosotros, y un sentimiento, una costumbre, una tendencia de nuestro carácter, son otros tantos complexos, en los que se agregan y organizan elementos de la más varia y disímil condición. Y así, por ejemplo, dentro de la intimidad de la pasión impura, del hábito funesto, de la voluntad extraviada, caben elementos separables de belleza moral. Ellos no faltan ni en la ferocidad de los odios, ni en la sordidez de las falacias, ni en la brutalidad de las concupiscencias. Pertenece á la intuición del maestro psicólogo y del moralista redentor, descubrir esos aliados suyos contenidos en la pasión ó el hábito de que se propone emancipar á un alma, y combatir á estos en su propio seno y asentar el cimiento de la regeneración sobre la misma cerviz del enemigo.

Y ¡qué inauditas contradicciones hallaríamos, si nos fuera dado sondar esa complejidad de que hablamos, en lo íntimo de cada sentimiento! ¡Qué estupendos consorcios verifica esta química del corazón!... ¿Hay afinidades que ella no manifieste y realice? ¿Hay aparentes repulsiones que ella no venza? Placer y dolor, amor y odio, son contrarios más en la esfera de la abstracción y del lenguaje, que en la de la realidad concreta y viva.

¿Cuánto no se ha dicho de la dificultad de clasificar en los términos del dolor ó el placer el sentimiento de la contemplación melancólica, del ensueño abandonado y lánguido? ¿La melancolía es gozo, es pena?... Y en el parasismo de la sensualidad, cuando las células disgregadas mueven el *furor y desesperación* de que hablaba Lucrecio, y en la complacencia con que el espectador de la tragedia deja correr sus lágrimas, herido por los filos cariciosos del Arte, y en la voluptuosidad del paladar, propia del *goloso de lo amargo*, y en aquella otra extraña voluptuosidad del que remueve sus heridas para despertar el sufrimiento y gozarse en su encono; y en la sonrisa con que el mártir, sabedor de que el martirio es el pórtico de la bienaventuranza, resplandece entre las llamas de la hoguera; y en el sarcasmo con que el poeta maldecidor mezcla el agrio de su ofensa al regocijo de la burla; en todos estos casos, los dos polos de la

sensibilidad se tocan y unimisman: ya es el placer quien aprovecha del dolor y le convierte en siervo suyo; ya es el dolor quien se insinúa en el seno del placer y vive allí del jugo que de él toma, como la víbora, que trepando á un lecho de nodriza en el misterio de la noche, se nutre á pechos de mujer.

Amor y odio no se eximen de esta natural fuerza humorística que se complace en aunar las más opuestas determinaciones del sentimiento. Si amor y odio caben en un mismo impulso de alma, sábelo quien tuvo amor capaz de sobrevivir á la traición é incapaz de contener el rugido de la honra ó el clamor de la venganza por la felicidad perdida: supiéronlo Lancioto mientras Francesca leía en el libro fatal, Otelo ante el sueño de Desdémona. Si la ternura de la madre puede embeberse, sin dejar de ser tal, en la crueldad del homicida, súpolo mostrar aquel pintor antiguo que unió en el semblante de Medea la voluntad que mata y la que implora, la intención aleve y la caricia.—Soberbia y humildad son enemigos que he visto abrazarse muchas veces, en palabras y gestos que transparentaban un alma de asceta, de bautista, un alma puritana. Nada más contradictorio que el miedo desolador y el ímpetu iracundo; pero el soldado novel á quien la angustia y confusión de su entrada en la batalla, mueven á precipitarse, cerrados los ojos, en lo mortífero del fue-

go, ¿no saca del exceso de flaqueza el arranque de la temeridad? Nada aparentemente más inconciliable que el sentimiento de la admiración conmovida y el de la risa burlesca, manera del desprecio; pero, ¿tienes más que volver á leer ciertas escenas del *Quijote*, para sentirlos, enlazados en paradoja sentimental, dentro de ti mismo?

La contradicción aparece claramente en esas situaciones de alma, en que intervienen, con proporcionado poder, dos fuerzas antagónicas. Pero en el complexo de cualquier sentimiento personal existe siempre la nota contradictoria, disonante, aunque por débil y recóndita, no transcienda y quede desvanecida en el acorde del conjunto.—¿Cómo se engendra la pasión en el alma? Como la muchedumbre que se levanta al paso de una bandera ó de un profeta. La iniciativa de una emoción dotada de misterioso poder de proselitismo y simpatía, reune dentro de nosotros elementos vagos y dispersos, y los ordena á una finalidad, y los concita á la acción. Entre los elementos de tal manera congregados, los hay fieles, inconmovibles y seguros; pero los hay también que no se adhieren sin reserva y no permanecen sin desgano ó malicia. Hay en la heterogénea muchedumbre, el indolente, el forzado, el posible prófugo, el posible traidor, ¿Qué importa que no se les perciba mientras la pasión marcha á su objeto, como la horda que el furor

guerrero arrebata? Ellos van dentro de ella; y no hay pasión en cuyos reales no militen de estos soldados sin estímulo. Conclúyese de aquí que toda pasión humana es, en alguno de sus elementos, contradictoria del carácter que prevalece en su conjunto. Medita en esto, y tradúcelo por esta otra proposición, tan sugestiva para cuando te convenga mantener y afianzar cierta pasión, cierta fuerza organizada en tu alma, como para cuando te interese reducirla y vencerla: *Toda pasión humana lleva en sí misma el germen de su disolución.*

En lo hondo del amor más ardiente, de la fe más esclava de su objeto, hay un *resabio* de crítica, una veleidad de desconfianza y de duda; como la salamandra que vivía en el fuego de la hoguera; como el grano de polvo que constituye siempre el núcleo de la gota de agua. En lo hondo del escepticismo más helado y más yermo, más arraigado en la solidez de la razón, más puesto á prueba por la experiencia de la vida, hay un temblor de idealidad inconsciente, hay un hilo de ilusión y de fe, que así puede ser la brizna vana perdida en el suelo del camino, como el vestigio que dejó de su paso una oficiosa araña que un día volverá á su tarea...

CXL

LUCRECIA Y EL MAGO

Artemio, corregidor de la Augostólida de Egipto, en tiempo que elegirás dentro del crepúsculo de Roma, era neófito cristiano. A la sombra de su severa ancianidad vivía, en condición de pupila, Lucrecia, cuyo padre, muerto cuando ella estaba en la niñez, había sido conmilitón y amigo de Artemio. No defraudaba esta Lucrecia el esplendor de tal nombre. Antes se le adelantaba por la calidad de una virtud tan cándida, igual y primorosa, que tenía visos y reflejos de beatitud. Un día llegó á casa de Artemio un religioso de algún culto oriental: bramino, astrólogo, ó quizás mago caldeo, de los que por el mundo romano vagaban añadiendo á su primitivo saber, retazos de la helénica cultura y profesando artes de adivinación y encantamiento. El corregidor le recibió de buen grado; la religiosidad de estos cristianos de Oriente solía darse la mano con la afición á cosas de hechicería. Oyendo decir al mago que, entre las capacidades de su ciencia, estaba la de poner de manifiesto lo que las almas encerraban en su

centro y raíz más apartados de la sospecha común, Artemio hizo comparecer á Lucrecia, movido del deseo de saber qué prodigiosa forma tomaba, en lo radical y más denso de su espíritu, la esencia de su raro candor. El mago declaró que sólo precisaba una copa que ella colmase de agua por su propia mano, y que bajo la diafanidad del agua vería pintarse, como en limpio espejo, el alma de Lucrecia. «Veamos —dijo Artemio—qué estrella de inocente fulgor, qué cristalino manantial, qué manso cordero ocupa el fondo de esta alma...» Fué traída la copa, que Lucrecia llenó de agua hasta los bordes, y, hecho esto, el mago concentró en la copa la mirada, y la doncella y su tutor anhelaron oir lo que decía. «En primer término—empezó—, veo, como en todas las almas que he calado con esta segunda vista de mis ojos, una sima ó abismo comparable á los que estrechan el paso del viajero en los caminos de las montañas ásperas. Y allá, en lo hondo, en lo hondo...» Interrumpióse, vacilando, un momento. «¿Lo digo?», preguntó después. Y como Artemio inclinase la cabeza: «Pues lo que veo—continuó—en las profundidades de ese abismo es una alegre, briosa y resplandeciente cortesana. Está acostada bajo alto pabellón de los de Tiro, y duerme. Viste toda de púrpura, con el desceñimiento y transparencia que, más que la propia desnudez, sirven de dardo á la provocación. Un

fuego de voluptuosidad se desborda de sus ojos, velados por el sueño, y enciende en las comisuras de los labios como dos llamas, entre las que se abre la más divina é infernal sonrisa que he visto. La cabeza reposa sobre uno de los brazos desnudos. El otro sube en abandono, todo entrelazado de ajorcas que figuran víboras ondeantes, y entre el pulgar y el índice alza una peladilla de arroyo, sangrienta de color, que es de los signos de Afrodita. Eso es lo que esta alma tiene en lo virtual, en lo expectante, en lo que es sin ser aún; en fin, Artemio, en la sombra de que quisiste saber por artes mías...» «¡Vil impostor! —gimió en esto Lucrecia, llenos de lágrimas los ojos—. ¿Tu ciencia es esa? ¿tu habilidad es infamia? Traigan una brasa de fuego con que probar si pasa por mis labios palabra que no sea de verdad, y óiganme decir si anida en mí intención ó sentimiento que guarde relación con la imagen que pretende haber visto dentro de mi espíritu!» «Calla, pobre Lucrecia—arguyó el mago—, ¿acaso es menester que tú lo sepas? Tú dices verdad y yo también.» ¿Justo será entonces—dijo Artemio—menospreciar las promesas que nos cautivaban y preparar nuestro ánimo á la decepción?» «No pienso como tú—replicó el mago—; ¿quién te asegura que la cortesana despierte?» «Digo por si despierta», añadió Artemio. «Señor—repuso el mago—, yo te concedo que eso pase; pero yo ví también en el fondo del alma

de esa hetaira dormida que está en el fondo del alma de Lucrecia, y vi otro abismo, y en el seno del abismo una luz, y como envuelta y suspendida en la luz una criatura suavísima, por la que el ampo de la nieve se holgara de trocarse, según es de blanca. Junto á esta dea, mujer sin sexo, puro espíritu, juzgarías sombra el resplandor de la virtud de Lucrecia, y como la cortesana en tu pupila, ella, en la cortesana, duerme...» «Infiero de ahí—dijo el corregidor—que aun con el despertar de la cortesana, podrían resucitar sahumadas nuestras esperanzas en Lucrecia. Demos gracias á Dios, ya que en el extravío de su virtud hallamos el camino de su santidad.» «Sí —volvió á decir el mago—; pero no olvides que, como en las otras, hay en el alma de esa forma angélica un abismo al cual puedo yo asomarme.» «Y ¿quién—preguntó Artemio—es la durmiente de ese abismo?» «Te lo diría—opuso el mago—si fuera bien mostrar á los ojos de Lucrecia una pintura de abominación. Piensa en la escena de la Pasifae corintia de Lucio; piensa en mujer tal que para con ella la primera cortesana sea, en grado de virtud, lo que para con la primera cortesana es Lucrecia.» «¡Me abismas —prorrumpió Artemio—en un mar de confusiones! ¿Qué extraña criatura es esta que la amistad confió en mis manos?...» «Cesa en tu asombro—dijo, finalmente, el mago, acudiendo á reanimar á Lucrecia, que permanecía sumida en

doloroso estupor—: ella no es sér extraordinario, ni las que has visto por mis ojos son cosas que tengan nada de sobrenatural ó peregrino. Con cien malvados, que durmieron siempre en lo escondido de su sér, subió á la gloria cada bienaventurado, y con cien justos, que no despertaron nunca, en lo hondo de sí mismo, bajó á su condenación cada réprobo. Artemio, nunca estimules la seguridad en el justo, la desconfianza en el caído: todos tienen huéspedes, que no se les parecen en lo oculto del alma. Veces hay en que el bien consiste en procurar que despierte alguno de esos huéspedes; pero las hay también (y esto te importa) en que turbar su sueño fuera temeridad ó riesgo inútil. El sueño vive en un ambiente silencioso; la inocencia es el silencio del alma: ¡haya silencio en el corazón de Lucrecia!...»

CXLI

....

Ante los muros que separan de la sociedad humana la sombra de una cárcel, cuántas veces he sentido porfiar en el fondo de mi mente—en el fondo huraño y selvático donde las ideas no tienen ley—este pensamiento tenaz: ¿qué no podría hacer *la vida*, el recobro del goce natural

de libertad, acción y amor, con muchas de esas almas quitadas de la vida como agua soterrada, que no corre ni envía sus vapores al cielo? ¿Qué no podría hacer con ellas un grande impulso de pasión, un grande estímulo, un grande entusiasmo, un horizonte abierto, una *embriaguez* de dicha y de sol?...

Y ante el relato de un crimen que hace que midamos el abismo de un alma proterva, *trágica*, por la fuerza aciaga de la perversidad y del odio, cuántas veces he experimentado, aún más intensa quizás que la abominación por el mal que fué objeto de esa fueza, un sentimiento de admiración y... ¿cómo lo diré?... de *codicia*, de *codicia* comparable con la que ante el impulso desplegado por el huracán devastador, ó el mar iracundo, ó el alud que derriba casas y árboles, experimentaría quien se ocupara en buscar un motor nuevo, una nueva energía material de que adueñarse para magnificar el trabajo y el poder de los hombres.

En la quietud, en la acumulación baldía de la cárcel, hay fuerza vital de voluntad y de pasión, que, enderezada á un alto objeto, sería bastante para animar y llevar tras sí, con avasallador dinamismo, á ese rebaño humano que veo pasar bajo el balcón si levanto los ojos; en su mayor parte, inútil para el bien, inútil para el mal: ¡polvo vano que solevantan el egoísmo y el miedo!

Está más cerca de aquella noche tenebrosa que de esta pálida penumbra la luz por que se anuncia súbitamente el Espíritu... Y es más fácil hacer un Pedro el Ermitaño, ó un Jerónimo Savonarola, ó un Bartolomé Las Casas, de un criminal apasionado, que de un hombre recto que no tenga más que la fría rectitud que se funda en interés y discreción. Cuando se pone fuego á una selva, una vegetación del todo diferente de la que había brota y arraiga entre las cenizas del incendio. Es que gérmenes ocultos, vencidos hasta entonces por los que en la selva prevalecían, se manifiestan y desenvuelven á favor de la fertilidad del suelo, pródigo de sí, que dió esplendente prosperidad á los unos, como la dará, no menos franco y liberal, á los otros. Llámense aquéllos los gérmenes de la maldad heroica; éstos los de la heroica virtud. Vive una esperanza eternamente enamorada del alma en donde hay *fuerza*, condición de todas las superioridades, lo mismo las buenas que las malas. Á mucha suerte de gérmenes es propicio el suelo rico de calor y de jugo.

En el conflicto de dos potencias antitéticas, que se disputan el gobierno de un alma, si la una es vencida y la otra prevalece, adquiere realidad la superstición de ciertos salvajes, que imaginan que el valor y fuerza del caído pasan á incorporarse al ánimo del vencedor. ¿Qué otro sentido tiene la observación de que es en el pe-

sar y espanto de la culpa donde la santidad recogió siempre cosecha más opima, y de que la intensidad de la virtud guarda proporción con la causa del arrepentimiento?

Pero además de las poderosas y extraordinarias energías, para siempre anuladas con su primera aplicación al mal: aun en lo que se refiere al vulgo del crimen, ¡cuánto dolor en la fatalidad que unce el destino de una vida al yugo de lo que puede haber de fatal también en la sugestión de una ráfaga perversa!... La criminalidad recoge buena parte de su ración de almas dentro de la inmensa multitud de los que cruzan el temeroso campo de la vida sin forma propia y fija de personalidad; de los que en esta incertidumbre é indiferencia vagan, mientras el impulso de un momento no los precipita del lado de su condenación, como otro impulso de un momento los alzaría á lo seguro de la honra. Con frecuencia el culpado fué, hasta el preciso instante de su culpa, lo que yo llamaría una *conciencia somnolienta*, especie abundantísima. Fué, hasta ese instante, el que aún no es malo ni bueno. Fué aquel que, mohino por su desamparo y miseria, marcha una noche, al acaso, por las calles, sin determinación de hacer cosa que tenga transcendencia en su vida. Ve, tras una ventana, un montón de oro que relumbra, y un hombre indefenso junto á él: un mal demonio le habla al oído, y roba y mata. A lo instantáneo

de la tentación y de la culpa, sigue la perdurable *necesidad* social de la ignominia. Si el azar le hubiera puesto frente á una casa que fuese presa del incendio, y hubiese visto, allá en lo alto, una mujer ó un niño á punto de perecer entre las llamas, quizás un buen ángel le habría hablado al oído, y él se hubiera consagrado de héroe, y después de tal iniciación, perseveraría probablemente en el bien, y suyas para siempre fueran la dignidad y la gloria.

¿Con qué he de comparar lo que siento cuantas veces sé que un hombre joven y fuerte pasa, para ya no salir, ó bien para salir con la cabeza blanca, las puertas de la casa de amarga paz, de la casa de esclavitud y de vergüenza? Con el sentimiento de angustia que experimentamos ante la horrenda fatalidad del epiléptico que toma las apariencias del cadáver y es llevado en vida á la tumba. ¡Quizás hubiera despertado el epiléptico para vivir mucho más; quizás su vida hubiese sido hermosa y buena!... ¿Y su desesperación cuando recobra el sentido en el encierro pavoroso?... Cierto es que esta desesperación dura un instante, un instante no más; porque si mientras aún no fué sepultado puede haber duda sobre si en realidad estaba muerto, después de que ha pasado una hora en la clausura adonde no llegan luz ni aire, ¿quién dudará de que ha muerto de verdad?...

CXLII

. . . . . .

Si ya entrado en la vía de tu conversión, si encaminada tu voluntad en un sentido nuevo, te encuentras alguna vez volviendo á lo antiguo y reparas en que uno de tus pensamientos ó tus actos se atraviesa en el curso de aquel propósito, acude sin demora á rectificar ese pensamiento ó ese acto; pero no desmayes, aun cuando tal contrariedad se reproduzca, ni juzgues perdido el esfuerzo que hayas hecho por abandonar la manera de vida anterior. Una transformación moral que no ha arribado á lentos impulsos del tiempo y la costumbre, sino por inspiración y arranque de la voluntad, impone al alma un apresurado trabajo de disociación, para romper con viejos hábitos, y otro, no menos activo, de coordinación y disciplina, para formarlos nuevos y oficiosos. Esta doble tarea no se realiza sin interrupciones ni sin lucha. Alguna tentación reaccionaria, algún paso atrás, algún recuerdo dotado de fuerza ejecutiva, son, en el transcurso de ella, inevitables tropiezos. La iniciativa de la reforma, el primer durable esfuerzo voluntario, importan ya, sin duda, cierta co-

nexión de tendencias, sin la cual la idea aislada no tendría fuerza para salir fuera de sí misma; pero esta conexión no abarca, ni con mucho, en sus principios, todo el contenido del alma. Cuando la tendencia regeneradora ha hecho acto posesivo de la autoridad, aún le falta organizar su república y sojuzgar las propensiones reaccionarias ó indóciles. Hay, por necesidad, un período intermedio, durante el cual el enemigo que va de vencida suele volver la cara y logra tal vez algún efímero triunfo. Ve la imagen de las incertidumbres de ese estado moral, en las propias transformaciones de la Naturaleza, cuando se verifican por una transición más impetuosa y súbita que la acompasada que ella prefiere de ordinario; ve cómo en el tránsito de la infancia á la adolescencia, que es un caso natural de repentino cambio, el sér del niño resurte en ciertos momentos á la apariencia del alma del casi adolescente, y se da á conocer por puerilidades graciosas que resaltan en medio de una seriedad temprana, hasta que, por fin, la fuerza que lleva adelante la vida aparta de su lado esos últimos vestigios de la edad que pasó.

.....

CXLIII

Reanudando lo que decíamos, la conversión entera y eficaz arguye convicción racionalmente adquirida y sentimiento hondo y persistente. Suscitar y mantener esta última energía, si por espontánea afluencia no acude, es empeño costoso, pero no superior á las instancias de la voluntad. Cuando uno de ambos elementos falta, la conversión es ciega ó paralítica; y cuando uno de los dos es endeble, ella ve sólo como por relámpagos, ó sólo se agita como por movimientos espasmódicos.

En el escritor, el orador y el poeta, á un tiempo amos y esclavos de la palabra, la docilidad á las sugestiones cambiantes del ambiente, de donde nacen conversiones efímeras, sin consistencia intelectual, sin verdadero ejercicio del criterio, ni activo acompañamiento de la voluntad, suele ser la desventaja inherente á un amplio é imperioso dón de expresión, más apto, por su peculiar naturaleza, para recoger las cosas que en su derredor circulan y devolverlas en vívido reflejo, que para tomar su contenido del fondo de la propia personalidad. La veleidosa dirección del pensamiento, ó quizás mejor:

de la palabra, se dignifica y magnifica en esas grandes almas expresivas hasta asimilarse á la soberana facultad del primitivo *épico:* del alma casi impersonal puesta, como resonancia fiel y multiforme del pensar y el sentir ajenos, en el centro de un alma colectiva, que se reconoce toda entera en la vibrante voz del intérprete.

De tal modo: de modo que recuerda, hasta donde es posible en tiempos de alma complejísima, la *epifanía* social de los cantos de las edades épicas, resonó sobre la vasta agitación del pasado siglo el verbo arrebatador de Víctor Hugo, sucesivamente vinculado á las más diversas doctrinas, á las más opuestas direcciones morales que solicitaron la conciencia de sus contemporáneos; no tanto por desenvolvimiento interior del pensamiento y laboriosa evolución personal, cual la que rigió la magna vida de Goethe, cuanto por inmediata y como inconsciente repercusión de los clamores de afuera. No cabría reconocer sin salvedades, en la inconsecuencia *congenial* de Víctor Hugo, la majestuosa dinámica del pensamiento dueño de sí mismo, que, consagrado á la integración de *su* verdad, la busca en lo hondo de las cosas, y con exclusivo y pertinaz deseo; pero aun así, hay en esa inconsecuencia algo infinitamente más alto que la versatilidad que se reduce á vana impresión: hay la grandeza de un espíritu *cíclico*, que piensa sucesivamente como todos, porque á to-

dos los resume, y atrae á su inmenso órgano verbal todas las ideas, porque de todas es capaz de exprimir la esencia luminosa.

CXLIV

Por bajo de los simulacros, más ó menos inanes y superficiales, pero todavía sinceros, de la verdadera y cabal conversión: aquella en que inteligencia, sentimiento y voluntad amorosamente se abrazan, están los que son ya engaño calculado, ficción consciente y artera; están las formas de la menguada apostasía, hija del interés, por quien diríase que las ideas, las *Madres* que dominan en beatitud sublime el movimiento de las cosas, descienden á cínicas terceras en los goces y provechos del mundo.

La idea, encarnándose en la realidad, es la religión, es la escuela, es el partido, es la academia ó el cenáculo; es una activa comunión humana, con su dote de persecución ó de poder, de proscripciones ó de dignidades; y por entre unos y otros de esos campos donde plantan bandera las ideas, cruza la muchedumbre de los tentados á pasar del infortunio á la prosperidad, del descrédito al auge, ó á mantenerse, merced al cambio, en el auge y la prosperidad: desde el

decepcionado anónimo que malbarata el generoso entusiasmo de su juventud por las migajas de la mesa del poderoso, hasta el dominador sagaz, el fino hombre de acción, para quien las ideas son indiferentes instrumentos de su dominio, máscaras que la oportunidad de cada día quita y pone: especie ésta de la que Talleyrand podría ser acaso el típico ejemplar. Bueno será no dar al olvido, á pesar de ello, que la apariencia de fidelidad inconmovible á una idea, encubre, multitud de veces, la misma falsedad y el mismo interesado estímulo que se transparentan en la vulgar apostasía.

Cuando no es la habilidad de la acción: la ciencia y aptitud de gobernar á los hombres, el dón que el ambicioso infiel rebaja y convierte en vil industria, sino una superioridad más ideal y remontada por esencia sobre las bajas realidades humanas: la superioridad del pensador ó el artista, el dón de persuadir, de conmover ó de crear lo hermoso, más de resalte aparece lo abominable de la infidelidad que el egoísmo alienta. Es la ignominia del escritor venal, del poeta mercenario, llámense Paolo Giovo, ó Monti, ó Lebrún, y ya prostituyan los favores del numen por el oro que cae de manos del príncipe ó por el que se colecta en las reuniones de la plebe.

CXLV

Género de infidelidad no tan innoble cual la que engendra el ansia de vulgares provechos, es la que se inspira en la ambición del prestigio ó el renombre, sea desviando la sinceridad del pensamiento, en el sentido de una estupenda novedad, sea desviándola, por lo contrario, para agregarse á la opinión que prevalece por la fuerza de la tradición y la costumbre.

Guardó la antigüedad, y Luciano ató al remo de su sátira la memoria de aquel filósofo de Pario: Peregrino, imagen viva de este género de inconsecuencia, y que, por lo que hay de simbólico en su fin, podría, levantándole á un significado más alto, representar toda la atormentada legión de las almas que no encuentran contento ni reposo en ninguna determinación del pensamiento, en ninguna forma de la vida. Peregrino trajo en el alma el mal del incendiario de Efeso, la vana codicia de la fama. Pensó que lograría el objeto de su sueño por la boga de la doctrina que abrazase, ó por la ocasión que ésta le diera de poner á la luz su personalidad; y pasó de una á otra de las escuelas de sofistas, acudió luego al clamor con que comenzaba á extenderse

la fe de los cristianos, probó después atraer las miradas de las gentes con la zamarra del cínico; hasta que su funesta pasión le llevó á dar la vida por la fama, y en unos juegos públicos, donde la multitud lo viese y se espantase, se precipitó entre las llamas de una hoguera. Arder y disiparse en cenizas fué la muerte del que había disipado á los vientos su alma incapaz de convicción.

La debilidad de Peregrino es de las pasiones que más grave daño causan á la sinceridad del pensamiento, porque pone su mira, no en aquella noble especie de fama que se satisface con la aprobación de las mejores, mientras espera la sanción perenne del tiempo, certísimo recompensador de la verdad, sino en la fama juglaresca y efímera. Este sacrificio de la probidad del pensar á la tentación de un ruido vano se manifiesta comúnmente por dos alardes ó remedos falaces: la *falsa fuerza* y la *falsa originalidad.*

La *falsa fuerza* consiste en violentar la medida y norma del juicio, llevando una idea que, tal como se la halló, marcaba acaso el fiel de la verdad á extremos donde se desvirtúa, y esto, no por desbordada espontaneidad de la pasión, que puede ser exceso sublime, sino por busca consciente del efecto; para ponerse en un plano con la multitud, cuya naturaleza primitiva excluye ese sentido del grado y del matiz, que es el dón que la Némesis antigua hace á las mentes

superiores; porque la fuerza de la mente no es la energía arrebatada y fatal, que corre ignorante de su término, sino la fuerza que se asesora con un mirar de águila, y percibido el ápice donde están la armonía y la verdad, allí reprime el ímpetu de la afirmación, como la mano hercúlea que sofrena en el punto donde quiere la cuadriga que rige.

La *falsa originalidad* induce, por su parte, á prescindir del examen leal del raciocinio para buscar derechamente y con artificiosa intención el reverso de la palabra autorizada ó las antípodas de la posición del mayor número, sin reparar en que la originalidad que determina raro y supremo mérito es la que importa presencia de la *personalidad* en aquello que se dice y se hace, aunque este pensamiento ó esta acción, reducidos á su sér abstracto de *ideas*, no diverjan de un precedente conocido; porque donde hay hondo aliento de personalidad, donde la idea ha sido pensada y sentida nuevamente con la eficacia de la energía creadora, habrá siempre una virtud y un espíritu que no se parecerán á cosa de antes; como que el alma ha estampado su imagen allí, y sólo en el vulgo de las almas las hay de la condición de las monedas de un valor, que puedan trocarse sin diferencias las unas por las otras.

CXLVI

... Pero ni aun en esas que llamamos vulgares las hay que se puedan trocar sin diferencia. La originalidad es la verdad del hombre.

Nada más raro que la originalidad en la expresión del sentimiento; pero nada más común y vulgar que la originalidad del sentimiento mismo. Por la manera de sentir, nadie hay que deje de ser original. Nadie hay que sienta de modo enteramente igual á otro alguno. La ausencia de originalidad en lo que se escribe no es sino ineptitud para reflejar y precisar la verdad de lo que se siente.

Figúrate ante el más vulgar de los casos de pasión; ante el crimen de que hablan las crónicas de cada día. ¿Por qué mató el criminal; por qué robó; por qué manchó una honra? ¿Qué fué lo que le movió á la culpa? ¿El odio, la soberbia, la codicia, la sensualidad, el egoísmo?... No; esas son muertas abstracciones. Di que le impulsó *su* odio, *su* soberbia, *su* codicia, *su* sensualidad, *su* egoísmo; los *suyos,* cosas únicas, únicas en la eternidad de los tiempos y en la infinitud del mundo. Nadie odia, ni ha odiado, ni odiará absolutamente como él. Nunca hubo ni habrá

codicia absolutamente igual á su codicia, ni soberbia que con la suya pueda identificarse sin reserva. Multiplíquense las generaciones como las ondas de la mar; propáguese la Humanidad por mil orbes: nunca se reproducirá en alma creada un amor como el mío, un odio como el mío. Semejantes podrán tener mi amor y mi odio; nunca podrán tener iguales. Cada sentimiento, aun el más mínimo, de cada corazón, aun el más pobre, es un nuevo y diferente objetivo en el espectáculo que el divino Espectador se da á sí propio. Cada minuto de mi vida que cae al abismo de la eternidad rompe un molde que nunca volverá á fundirse. ¿Y qué te asombra en esto? ¿No sabes que en la inmensidad de la selva no hay dos hojas enteramente iguales; que no hay dos gotas enteramente iguales en la inmensidad del Océano?... Mira las luces del firmamento, cómo parecen muchas de ellas iguales entre sí, como otros tantos puntos luminosos. Y cada una de ellas es un mundo: ¡piensa si serán desiguales!... Cuando el pensamiento de tu pequeñez, dentro del conjunto de lo creado, te angustie, defiéndete con esta reflexión, tal vez consoladora: tal como seas, tan poco cuanto vivas, eres, en cada instante de tu existencia, una única, exclusiva originalidad, y representas en el inmenso conjunto un elemento insustituíble, un elemento, por insustituíble, necesario al orden en que no entra cosa sin sentido y objeto.

Jamás un sentimiento real y vivo se reproducirá sin modificación de una á otra alma. Cuando digo «mi amor», cuando digo «mi odio», refiriéndome al sentimiento que persona ó cosa determinada me inspiran, no aludo á dos tendencias simples y elementales de mi sensibilidad, sino que con cada una de esas palabras doy clasificación á un complexo de elementos internos que se asocian en mí según cierta finalidad; á un cierto acorde de emociones, de apetitos, de ideas, de recuerdos, de impulsos inconscientes: propios é inseparables de mi historia íntima. La total complexidad de nuestro sér se reproduce en cualquiera manifestación de nuestra naturaleza moral, en cualquiera de nuestros sentimientos, y cada uno de éstos es, como nosotros mismos, un orden singular, un carácter.

Fijando los matices del heroísmo antiguo, notaba ya Plutarco cuánta diferencia va de fortaleza á fortaleza, como de la de Alcibíades á la de Epaminondas; de prudencia á prudencia, como de la de Temístocles á la de Arístides; de equidad á equidad, como de la de Numa á la de Agesilao. Pero para que estas diferencias existan no es necesario que el sentimiento que las manifiesta sea superior y enérgico, ni que esté contenido en la organización de una personalidad poderosa. Basta con que el sentimiento sea real; basta con que esté entrelazado en la viva urdimbre de un alma. ¡Cuánta monotonía, apa-

rentemente, en el corazón y la historia de unos y otros hombres! ¡Qué variedad infinita, en realidad! Miradas á la distancia y en conjunto, las vidas humanas habían de parecer todas iguales, como las reses de un rebaño, como las ondas de un río, como las espigas de un sembrado. Se ha dicho alguna vez que si se nos consintiera abrir esos millares de cartas que vienen en un fardo de correspondencia, nos asombraríamos de la igualdad que nos permitiría clasificar en unas pocas casillas el fondo psicológico de esa muchedumbre de documentos personales: por todas partes las mismas situaciones de alma, las mismas penas, las mismas esperanzas, los mismos anhelos... ¡Esta es la ilusión del lenguaje! En realidad, cada una de las cartas deja tras sí un sentimiento único, una originalidad, un estado de conciencia, un caso singular que no podría ser sustituído por el que deja tras sí ninguna de las otras. Sólo que la palabra (y sobre todo la palabra fijada en el papel por manos vulgares) no tiene medios con que determinar esos matices infinitos. El lenguaje, instrumento de comunicación social, está hecho para significar géneros, especies, cualidades comunes de representaciones semejantes. Expresa el lenguaje lo *impersonal* de la emoción; nunca podrá expresar lo *personal* hasta el punto de que no queden de ello cosas inefables, las más sutiles, las más delicadas, las más hondas. Entre la realidad de mi

sérintimo, á que yo doy nombre de *amor*, y la de tu sér á que tú aplicas igual nombre, hay toda nuestra disparidad personal de diferencia. Apurar esta diferencia por medio de palabras; evocar por medio de ellas en mí la imagen *completa* de tu amor, en ti la imagen *completa* del mío, fuera intento comparable al de quien se propusiese llenar un espacio cualquiera alineando piedras irregulares y se empeñara en que no quedase vacío alguno entre el borde de las unas y el de las otras. Piedras, piedras irregulares con que intentamos cubrir espacios ideales, son las palabras.

La superioridad del escritor, del poeta, que desentrañan ante la mirada ajena el alma propia, ó bien que crean un carácter novelesco ó dramático, manifestándolo de suerte que, sobre el fondo humano que entrañe, se destaque vigorosamente una nota individual, de la que nazca la ilusión de la vida, está en vencer, hasta donde lo consiente la naturaleza de las cosas, esa fatalidad del lenguaje; está en domarle para que exprese, hasta donde es posible, la *singularidad individual*, sin la cual el sentimiento no es sino un concepto abstracto y frío. Consiste el triunfo del poeta en agrupar las palabras de modo que den la intuición aproximada de esa originalidad individual del sentimiento, merced á la sugestión misteriosa que brota del conjunto de las palabras que el genio elige y reune, como brota

de la síntesis química un cuerpo con nuevas cualidades, un cuerpo que no es sólo la suma de los caracteres de sus componentes.

Si todos los que escriben arribaran á trasladar al papel la imagen clara, y, por lo tanto, la nota diferencial, de lo que sienten, no habría escritor que no fuera original, porque no hay alma que no sienta algo exclusivamente *suyo* delante de las cosas; no hay dos almas que reflejen absolutamente de igual suerte el choque de una impresión, la imagen de un objeto. De aquí que la originalidad literaria dependa, en primer término, de la sinceridad con que el escritor manifiesta lo hondo de su espíritu, y, en segundo término, de la precisión con que alcanza á definir lo que hay de único y personal en sus imaginaciones y sus afectos. Sinceridad y precisión son resortes de la originalidad.

Por la *llegada* de un gran escritor, de un gran poeta, se determina siempre la revelación de nuevas tonalidades afectivas, de nuevas vibraciones de la emoción. Es que ese hombre acertó á expresar con precisión maravillosa lo *suyo*: otros experimentaron ante el mismo objeto estados de alma no menos ricos, acaso, de originalidad; no menos fecundos, acaso, en interés; pero, por no hallar modo de expresarlos, los condenaron al silencio, ó bien pasaron por mediocres escritores y poetas, sólo porque no supieron, como el genio sabe, traducir en palabras *casi todo* lo

que sintieron, ya que *todo* hemos de entender que excede de la capacidad de las palabras.

Si la substancia de la lírica y de la psicología novelesca está libre de la posibilidad de consumirse y agotarse con el transcurso del tiempo, débese á la complejidad y originalidad de todo sentimiento real. Porque aunque cualquiera manifestación de la humana naturaleza haya de contenerse, hasta el fin de las generaciones, dentro de cierto número de sentimientos fundamentales y eternos; aunque el último poeta muera cantando lo que el primero cantó en la niñez florida del mundo, siempre cada sentimiento tomará del alma individual en que aparezca, no sólo el sello del tiempo y de la raza, sino también el sello de la personalidad, y siempre el poeta de genio, al convertir en imágenes la manera como se manifiesta un sentimiento en su alma, sabrá hacer sensible ese *principio de individuación,* esa originalidad personal del sentimiento.

....

CXLVII

....

Una extrema versatilidad de ideas suele parar en una convicción más firme y segura que una

roca. Y es que aquel vagabundear del juicio no era signo de incapacidad de creer, ni ausencia de personalidad resistente. Era, por lo contrario, ese presentimiento de fe que persuade á no contentarse sino con la fe cabal y recia. Era la inquietud de quien busca su rumbo y no se aquieta hasta encontrarlo.

Toma el caminante un camino, y lo deja al corto trecho por otro, en que tampoco persevera. El espectador le tilda acaso de hombre vago ó voluble. Luego, el caminante acierta á hallar la dirección que apetecía, y con la seguridad del sonámbulo, sin desviar siquiera la mirada, sigue imperturbable—aun en la soledad, aun en las sombras—, como el *baqueano* en las tierras vírgenes de América.

San Justino, padre de los apologistas cristianos, ofrece ejemplo de este modo de llegar, como por sucesivas pruebas y eliminaciones, al rumbo en que uno se reconoce orientado con fijeza. Ese hombre insigne fué primero pagano. Vagó después, abandonando á los dioses, por la extensión de la antigua filosofía; y pasó de una á otra de las escuelas de su tiempo, sin que le retuviesen ni las ideas de Zenón, ni las de los peripatéticos, ni las de los pitagóricos. Convirtióse más tarde á la religión revelada, y esta vez su espíritu arraigó y se reposó para siempre en la creencia, hasta abonar con el martirio la fortaleza de su grande amor. Pero aquel husmear

anhelante de su pensamiento no fué inútil para el temple y el sello personal que tomó en él la fe definitiva, porque de todo ello quedó, en lo hondo de su alma, como un fermento, que sazona y enfervoriza á esa fe con la viril audacia de la razón independiente, y que, en la primera «Apología», pone en sus labios este grito sublime, cuyo sentido penetra, como un filo sutil, en la raíz de las intolerancias del dogma: *Todo el que ha vivido según la razón merece nombre de cristiano.*

. . . . . .

. . . . . .

CXLVIII

Quien, voluntaria y reflexivamente, contribuye á la renovación de su vida espiritual, ¿qué hace sino llevar adelante la obra, incapaz de término definitivo, que comenzó para él cuando aprendió á coordinar el primer paso, á balbucir la primera palabra, á reprimir por primera vez el natural impulso de fiereza? ¿Qué más es la educación, sino el arte de la transformación ordenada y progresiva de la personalidad; arte que, después de radicar en potestad ajena, pasa al cuidado propio, y que, plenamente concebido,

en esta segunda fase de su desenvolvimiento, se extiende, desde el retoque de una línea, desde la modificación de una idea, un sentimiento ó un hábito, hasta las reformas más vastas y profundas; hasta las plenas *conversiones*, que, á modo de las que obró la *gracia* de los teólogos, imprimen á la vida entera nuevo sentido, nueva orientación, y como que apagan dentro de nosotros el alma que había y encienden otra alma? Arte soberano, en que se resume toda la superioridad de nuestra naturaleza, toda la dignidad de nuestro destino, todo lo que nos levanta sobre la condición de la cosa y del bruto; arte que nos convierte, no en amos de la Fatalidad, porque esto no es de hombres, ni aun fué de los dioses, pero sí en contendores y rivales de ella, después de lograr que dejemos de ser sus esclavos.

Sólo porque nos reconocemos capaces de limitar la acción que sobre nuestra personalidad y nuestra vida tienen las fuerzas que clasificamos bajo el nombre de *fatalidad*, hay razón para que nos consideremos criaturas más nobles que el buey que empleamos en labrar el surco, el caballo cuyo lomo oprimimos y el perro que lame nuestros pies. Por este privilegio, que nos alza á una doble sublimidad, como disciplinados y como rebeldes, reaccionamos sobre nuestras propensiones innatas, y á veces les quitamos el triunfo; resistimos la influencia de las cosas que nos rodean; sujetamos los hábitos naturales ó

adquiridos, y merced á la táctica de la voluntad puesta al servicio de la inteligencia, constituímos nuevos hábitos; adaptamos nuestra vida á un orden social que recíprocamente modificamos, adaptándolo á nuestros anhelos de innovación y de mejora; prevenimos las condiciones que nos rodearán en lo futuro y obramos con arreglo á ellas; intervenimos en la ocasión y estímulo de nuestras emociones y en el ir y venir de nuestras imágenes, con lo que ponemos la mano en las raíces donde nace la pasión, y aun la fuerza ciega y misteriosa del instinto, que representa el círculo de hierro de la animalidad, se hace en nosotros plástica y modificable, porque está gobernada y como penetrada por la activa virtud de nuestro pensamiento.

Esta capacidad, esta energía, se halla potencialmente en toda alma; pero en inmensa muchedumbre de ellas apenas da razón de sí; apenas pasa sino en mínima parte á la realidad y la acción, y sólo en las que componen una restricta aristocracia sirve de modo consciente y sistemático á una idea de perfeccionamiento propio. Aparecería en la plenitud de su poder si todos atináramos á considerar nuestra vida como una obra de constante y ordenado progreso, en la que el alma adelantase, por su calidad é íntimo sér, como quien asciende exteriormente en preeminencia ó fortuna.

Pero, ¡cuán pocos son los que se consagran á

tal obra con amor y encarnizamiento de artistas; ya que no se le consagraran con devoción de creyentes en una norma imperativa de moralidad! Porque arte verdadero hay en ella; arte superior á cualquier otro. Las grandes existencias, en que la voluntad subyuga y plasma el material de la naturaleza con sujeción á un modelo que resplandece mientras tanto en la mente, son reales obras de arte, dechados de una habilidad superior, á la cual la substancia humana se rinde, como la palabra en el metro, la piedra en la escultura, el color en la tela. Así en Goethe la obra de la propia vida parece una estatua, una estatua donde el tenaz y rítmico esfuerzo de la voluntad, firme como cincel con punta de diamante, esculpe un ideal de perfección serena, noble y armoniosa. La vida de San Francisco de Asís está *compuesta* como una tierna y sublime música. Para encontrar imagen á la vida de monarcas como Augusto ó como Carlomagno sería preciso figurarse uno de esos monumentos cíclicos de la Arquitectura que encarnan en la piedra el genio de una civilización, templo clásico ó cristiana basílica. El arte de la vida de Franklin es el de una máquina, donde la sabia é ingeniosa adecuación de los medios al fin útil, y la economía de la fuerza, alcanzan ese grado de conveniencia y precisión en que la utilidad asume cierto carácter de belleza.

CXLIX

El primer instrumento de la regeneración es la esperanza de alcanzarla. Todo propósito y plan de educar, de reformar, de convertir, y aún diré más: toda persona que lo tome á su cargo, han de empezar por ser capaces de sugerir *la fe en ellos mismos* y obrar mediante esta fe en las almas donde ponen su blanco. Es la operación, preliminar é imprescindible, del forjador que calienta el duro metal para hacerlo tratable. Y desde luego sólo será eficaz y rendidora aquella educación que acierte á infundir en el espíritu á quien se aplica, como antecedente del esfuerzo que reclama de él, la persuasión de que el rasgo fundamental, la diferencia específica de la criatura humana es el poder de transformarse y renovarse, superando, por los avisos de su inteligencia y las reacciones de su voluntad, las fuerzas que conspiren á retenerla en un estado inferior, sea éste el sufrimiento, la culpa, la ignorancia, la esclavitud ó el miedo.

Menguado antecedente de una empresa de reforma moral será siempre el de propender á humillar la idea que el sujeto tiene de sí y mostrarle á su conciencia acongojada indigno del

triunfo. El maestro y el curador de almas, que á esto tienden, ya por inhabilidad, en que no obra la intención, ya por torcida táctica, destruyen en el alma del discípulo, el pecador ó el catecúmeno, el fundamento de su autoridad, que sólo vive de la fe que sugiere; y acaso, por una opuesta sugestión, confirman y vuelven perdurables los males que hallaron tiernos todavía y las resistencias que no supieron vencer con arte de amor en sus comienzos. Porque, si realmente puede haber una parte muerta é incapaz de reanimación en un alma viva, será aquella parte en que radique la desesperanza, *estigma* comparable al *diabólico*, que disecaba como cosa sin vida, para siempre, la carne donde se asentaba su impresión en el elegido del Mal.

No es esta que te encarezco la ciega confianza que consiste en suponer el triunfo inmediato; llano su camino; rasa la tabla de las disposiciones heredadas; despreciables las potencias enemigas que de todas partes nos asedian; sin valor real la tentación; sin fuerza con que prevalecer las reacciones posibles. Es aquel otro linaje de confianza que muestra el triunfo al final del esfuerzo pertinaz y costoso, y que enaltece el poder de la aptitud virtualmente contenida en nuestra naturaleza para llevar adelante ese esfuerzo, y que obliga á la voluntad, y la asegura, con lo imperativo del deber de intentarlo. Cualquiera otra fe, cualquier otro optimismo, es vanidad fu-

nesta, y como la desconfianza pesimista, con quien se identifica á fuer de posiciones absolutas, incide en perezoso fatalismo.

Hay dos voces en el engaño tentador: la que nos insinúa al oído: «Todo es fácil»; la contrapuesta, que nos dice: «Todo es en vano.» Sólo que el exceso de confianza puede llevar algunas veces á término; puede arrebatarnos, en un vuelo, á la cumbre; porque aun cuando la esperanza se vuelve loca, es capaz de cosas grandes, y la locura de la esperanza suele ser la fuerza que obra en el milagro y el prodigio; mientras que por el camino de la duda mortal no es posible llegar más que á la realidad de la decepción que ella anticipa y de la sombra que ella prefigura. Así, coronando el heroísmo de la voluntad, compitiendo con la misma eficacia de la obra, resplandece, para la ciencia del observador, no menos que resplandeció para la fe del creyente, la virtud de la *esperanza viva.*

CL

La ESPERANZA como norte y luz; la VOLUNTAD como fuerza; y por primer objetivo y aplicación de esta fuerza, nuestra propia personalidad, á fin de reformarnos y ser cada vez más poderosos y mejores.

Porque, en realidad, ¿qué es lo que, dentro de nosotros mismos, se exime en absoluto de nuestro poder voluntario, mientras el apoyo de la voluntad no acaba con el postrer aliento de nuestra existencia?

¿El dolor? ¿El amor? ¿La invención? ¿La fe? ¿El entusiasmo? ¿El sueño? ¿El sentir corporal? ¿La función de nuestro organismo?

Hechos y potencias son esos que parecen levantarse sobre el poder de nuestra voluntad, para obrar ó no obrar, para ser ó no ser; señalándole límites tan infranqueables como los que las leyes de la Naturaleza física señalan al alcance y virtud de un agente material. Pero esta maravillosa energía, que lo mismo mueve una falange de tus dedos, que puede rehacer, de conformidad con una imagen de tu mente, la fisonomía del mundo, se agrega ú opone también á aquellas fuerzas que juzgamos fatales; y cuando ella se manifiesta en grado sublime, su intervención aparece y triunfa; de modo que da vida al amor ó lo sofoca; anonada al dolor; enciende la fe; compite con el genio que crea; vela en el sueño; trastorna la impresión real de las cosas; rescata la salud del cuerpo ó la del alma, y levanta, casi del seno de la muerte, el empuje y la capacidad de la vida.

En el vientre del muchacho esparciata, donde el cacharro oculto bajo el manto muerde hasta matar, sin que se oiga un lamento; en el horni-

llo donde Mucio Scévola pone la mano y ve cómo se quema, «sin retorcer ceja ni labio»; en el martirio donde Campanella, reconcentrado en su idea contumaz, calla y no sufre, la voluntad vence al dolor y le aniquila. No fué otro el fundamento de la soberbia estoica, despreciadora del dolor, que inspiró la gloriosa frase de Arria y la moral de Epicteto, y que resurge en lo moderno con Kant, para asentar, más firme que nunca, sobre la ruina de todo dogma y tradición y de la misma realidad del mundo, el solio de la Voluntad omnipotente.

En la misteriosa alquimia del amor, en la oculta generación de la fe, cosas que se confunden con lo más impenetrable y *demoníaco* del alma, la Voluntad se sustituye tal vez á la espontaneidad del instinto, y crea el amor donde no le hay, partiendo á golpes de hierro, pues falta fuego que derrita, el hielo de la indiferencia; y arranca la fe viva de las entrañas de la duda, como el niño á quien sacan á vivir del vientre de su madre muerta. Así, por la pertinacia de la atención y del hábito, quien quiere creer, al cabo cree; quien tiene voluntad de amar, al cabo se enamora. Ya supo de esto Pascal cuando afirmó la virtualidad de la fórmula y el rito para abrir paso á la fe dentro del alma remisa á sus reclamos.

En la divina operación del genio, la Voluntad no sólo acumula el combustible que luego una

chispa sagrada inflama y consume, sino que aun esta chispa puede provenir de su solicitud; y la gracia no muy largamente concedida por la Naturaleza, el dón incierto, la aptitud dudosa ó velada, se transfiguran y agigantan por ella, á punto de semejar una creación de ella misma, y serlo casi, alguna vez. Demóstenes, Alfieri, y aquellos que citamos ya caracterizando la vocación anticipada á todo indicio de aptitud: el pintor Carracci, Máiquez el cómico, son ejemplos de artista vencedor de su primera inferioridad, cuya más peregrina obra de arte parece ser su propio genio. La invención es á menudo un acto de voluntad, ante todo; como el que, según la tradición religiosa, sacó la luz y el mundo de las primitivas tinieblas. Y desde luego, este arranque para romper con lo sabido y usado, en que consiste la invención, ¿no es uno mismo, por su carácter y el modo de desenvolverse, con el arranque por el cual se aparta de la uniformidad del instinto y la costumbre del acto plenamente voluntario?... La Voluntad reune el material que el genio anima; provoca y da lugar á aquella chispa misteriosa; y luego, hallada la idea en que consiste la invención, toma otra vez su férula y rige la labor paciente que desenvuelve y apura el contenido de la idea, ya en el desarrollo dialéctico, ya en el perfeccionamiento mecánico, ya en la ejecución literaria; última, esforzada lid, que Carducci compara

hermosamente, por lo que toca á la invención del poeta, con los afanes del sátiro, perseguidor de la ninfa leve y esquiva en el misterio de los bosques.

Aun á lo connatural y orgánico del cuerpo llega la jurisdicción de la voluntad. De cómo las ansias más esenciales ceden á su influjo, habla aquel rasgo de Alejandro, cuando, atormentado su ejército, y él mismo, por las angustias de la sed, logra un poco de agua que una avanzada le trae, dentro de un casco, de una fuente no muy próxima; y para animar á los suyos á soportar el sufrimiento hasta llegar á ella, en vez de beber vuelca el casco en el suelo, mientras sus labios abrasados se tienden tal vez, por instintivo impulso, al agua que se evapora en el ardor del aire... Sabido es el poder que Weber tenía para contener ó acelerar por el esfuerzo consciente, las palpitaciones de su corazón. Goethe, no menos grande que por el genio, por la vida, ensalza la eficacia de la voluntad para baluarte de la salud del cuerpo, hablándonos de cómo piensa haber escapado una vez de contagioso mal sólo por la concentración imperiosa de su ánimo en la idea de quedar inmune. El sueño, obra de una magia que se desenvuelve en nosotros sin nuestra participación ni consentimiento, usa un hermoso modo de rendir parias al poder voluntario, y en las ficciones de esa magia es observación de psicólogos que un acto

enérgico de voluntad, soñado dentro de lo que la imaginación pinta y simula, suele rasgar de inmediato el velo del sueño, y volver, al que duerme, á la realidad de la vida. Así, aun el remedo, aun el fantasma, de la Voluntad, es eficiente y poderoso, y vence á lo demás de las sombras que el sueño extiende y maneja sobre la íntima luz de nuestras noches.

CLI

LA PAMPA DE GRANITO

Era una inmensa pampa de granito; su color, gris; en su llaneza, ni una arruga; triste y desierta; triste y fría; bajo un cielo de indiferencia, bajo un cielo de plomo. Y sobre la pampa estaba un viejo gigantesco; enjuto, lívido, sin barbas; estaba un gigantesco viejo de pie, erguido como un árbol desnudo. Y eran fríos los ojos de este hombre, como aquella pampa y aquel cielo; y su nariz, tajante y dura como una segur; y sus músculos, recios como el mismo suelo de granito; y sus labios no abultaban más que el filo de una espada. Y junto al viejo había tres niños ateridos, flacos, miserables: tres pobres

niños que temblaban, junto al viejo indiferente é imperioso, como el genio de aquella pampa de granito.

El viejo tenía en la palma de una mano una simiente menuda. En su otra mano, el índice extendido parecía oprimir en el vacío del aire como en cosa de bronce. Y he aquí que tomó por el flojo pescuezo á uno de los niños, y le mostró en la palma de la mano la simiente, y con voz comparable al silbo helado de una ráfaga, le dijo: «Abre un hueco para esta simiente»; y luego soltó el cuerpo trémulo del niño, que cayó, sonando como un saco mediado de guijarros, sobre la pampa de granito.

«Padre — sollozó él — ¿cómo le podré abrir si todo este suelo es raso y duro?» «Muérdelo», contestó con el silbo helado de la ráfaga; y levantó uno de sus pies, y lo puso sobre el pescuezo lánguido del niño; y los dientes del triste sonaban rozando la corteza de la roca, como el cuchillo en la piedra de afilar; y así pasó mucho tiempo, mucho tiempo; tanto que el niño tenía abierta en la roca una cavidad no menor que el cóncavo de un cráneo; pero roía, roía siempre, con un gemido de estertor; roía el pobre niño bajo la planta del viejo indiferente é inmutable, como la pampa de granito.

Cuando el hueco llegó á ser lo hondo que se precisaba, el viejo levantó la planta opresora; y quien hubiera estado allí hubiese visto entonces

una cosa aún más triste, y es que el niño, sin haber dejado de serlo, tenía la cabeza blanca de canas; y apartóle el viejo con el pie, y levantó al segundo niño, que había mirado temblando todo aquello. «Junta tierra, para la simiente», le dijo. «Padre—preguntóle el cuitado—, ¿en dónde hay tierra?» «La hay en el viento; recógela», repuso; y con el pulgar y el índice abrió las mandíbulas miserables del niño; y le tuvo así contra la dirección del viento que soplaba, y en la lengua y en las fauces jadeantes se reunía el flotante polvo del viento, que luego el niño vomitaba, como limo precario; y pasó mucho tiempo, mucho tiempo, y ni impaciencia, ni anhelo, ni piedad, mostraba el viejo indiferente é inmutable sobre la pampa de granito.

Cuando la cavidad de piedra fué colmada, el viejo echó en ella la simiente, y arrojó al niño de sí, como se arroja una cáscara sin jugo, y no vió que el dolor había pintado la infantil cabeza de blanco; y luego, levantó al último de los pequeños, y le dijo, señalándole la simiente enterrada: «Has de regar esa simiente»; y como él le preguntase, todo trémulo de angustia: «Padre, ¿en dónde hay agua?» «Llora; la hay en tus ojos», contestó; y le torció las manos débiles, y en los ojos del niño rompió entonces abundosa vena de llanto, y el polvo sediento la bebía; y este llanto duró mucho tiempo, mucho tiempo, porque para exprimir los lagrimales cansa-

dos estaba el viejo indiferente é inmutable, de pie sobre la pampa de granito.

Las lágrimas corrían en un arroyo quejumbroso tocando el círculo de tierra; y la simiente asomó sobre el haz de la tierra como un punto; y luego echó fuera el tallo incipiente, las primeras hojuelas; y mientras el niño lloraba, el árbol nuevo criaba ramas y hojas, y en todo esto pasó mucho tiempo, mucho tiempo, hasta que el árbol tuvo tronco robusto, y copa anchurosa, y follaje, y flores que aromaron el aire, y descolló en la soledad; descolló el árbol, aún más alto que el viejo indiferente é inmutable, sobre la pampa de granito.

El viento hacía sonar las hojas del árbol, y las aves del cielo vinieron á anidar en su copa, y sus flores se cuajaron en frutos; y el viejo soltó entonces al niño, que dejó de llorar, toda blanca la cabeza de canas; y los tres niños tendieron las manos ávidas á la fruta del árbol; pero el flaco gigante los tomó, como cachorros, del pescuezo, y arrancó una semilla, y fué á situarse con ellos en cercano punto de la roca, y levantando uno de sus pies juntó los dientes del primer niño con el suelo; juntó de nuevo con el suelo los dientes del niño, que sonaron bajo la planta del viejo indiferente é inmutable, erguido, inmenso, silencioso, sobre la pampa de granito.

CLII

Esa desolada pampa es nuestra vida, y ese inexorable espectro es el poder de nuestra voluntad, y esos trémulos niños son nuestras entrañas, nuestras facultades y nuestras potencias, de cuya debilidad y desamparo la voluntad arranca la energía todopoderosa que subyuga al mundo y rompe las sombras de lo arcano.

Un puñado de polvo, suspendido por un soplo efímero sobre el haz de la tierra, para volver, cuando el soplo acaba, á caer y disiparse en ella; un puñado de polvo: una débil y transitoria criatura, lleva dentro de sí la potencia *original*, la potencia emancipada y realenga, que no está presente ni en los encrespamientos de la mar, ni en la gravitación de la montaña, ni en el girar de los orbes; un puñado de polvo puede mirar á lo alto, y dirigiéndose al misterioso principio de las cosas, decirle: «Si existes como fuerza libre y consciente de tus obras, eres, como yo, una Voluntad; soy de tu raza, soy tu semejante; y si sólo existes como fuerza ciega y fatal, si el universo es una patrulla de esclavos que rondan en el espacio infinito teniendo por amo una sombra que se ignora á sí misma, en-

tonces yo valgo mucho más que tú; y el nombre que te puse, devuélvemelo, porque no hay en la tierra ni en el cielo nada más grande que yo!»

CLIII

Omnipotente fuerza, luz transfiguradora en los hombres, no lo es menos en los pueblos. Allí, en el mapa que tengo frente adonde escribo, veo una mancha menuda, que abre un resquicio para su pálido verde, entre la gran mancha amarilla de Alemania y el celeste claro que representa al mar. Esa mancha menuda es el más pasmoso toque de pincel que se haya impreso sobre la superficie del mundo, desde que este cuadro infinito fué originalmente pintado. ¿Sabes las maravillas de voluntad que significa para el pueblo cuya obra es, esa pinta humilde del mapa? ¿Sabes hasta qué punto ella es efectivamente su obra? No ya la riqueza, ni la fuerza, ni la libertad, ni la cultura; la tierra, el suelo que pisa, el solar sobre que está puesta la casa, el limo en donde arraiga el árbol, el terrón que desmenuza la reja, son invenciones de su genio, artificiosidades de su industria, milagros de su querer. Palmo á palmo, ese pueblo quitó su tierra á las aguas; ola por ola, rechazó el em-

bate del mar; día por día, sintió que faltaba para sus movimientos el espacio; bajo sus pies, el sustento; en torno suyo, el hálito y el calor del terruño; como despierta el huérfano y busca en vano el regazo de la madre; y día por día, los rescató con esfuerzo sublime; día por día, tuvo tierra de nuevo; como si al amanecer de cada sol, hundiera el brazo bajo el agua, y allá, en el fondo del abismo, tomase á la roca por sus crestas, y la alzara de un arranque titánico y la pusiese otra vez sobre el haz de la onda... ¡Tierra del suelo sin consistencia y del color sin contornos: baja, húmeda, lisa; tú eres el mayor monumento que la voluntad del hombre tiene sobre el mundo! Pueblo manso y tenaz, grande en muchas tareas; tejedor y hortelano, pintor y marino; pueblo donde se da culto á las flores, que manos blancas y oficiosas cuidan en competencia tras las ventanas de donde acaso se ve, si aclara la bruma, partir las naves que van á tierras caras al sol, por ébano y naranjas y fragantes especias! Como las vacas de tus establos, así tu voluntad es fuerte y fecunda; en el desvaído azul de tus ojos hay reflejos de acero que vienen de tu alma; nadie como tú, pueblo ni hombre, se debió tanto á sí mismo; porque tal como el pájaro junta su nidamenta con las briznas de heno y las ramillas, y la tierra menuda, y de este modo ya tejiendo, hebra por hebra, su nido, de igual manera juntaste tú ese flaco barro que

huellas; pueblo donde se ama á las flores, donde el candor doméstico aguarda la vuelta del trabajador en casas limpias como plata, y donde ríos morosos van diciendo, si no el himno, el salmo de la libertad!

CLIV

Cuanto se dice de la unidad consciente que llamamos *personalidad* en cada uno de nosotros, ¿no puede extenderse, sin esencial diferencia, al genio de un pueblo, al espíritu de una raza, igualmente capaces del nombre de *personalidad*? ¿No se reproduce en esos grandes conjuntos todo lo que la observación del psicólogo halla en el fondo de nuestra historia íntima, y no se dan en ellos también todos los grados de armonía y continuidad con que cabe que se manifieste esta síntesis viva que la conciencia individual refleja? ¿No hay pueblos cuya personalidad, compacta y fortísima, se acumula en una sola idea, en una sola pasión, y para lo demás son sordos y ciegos, como el fanático y el obsesionado; otros, en cambio, cuya unidad personal es una complejidad concorde y graciosa; otros, en que dos tendencias reñidas se alternan, ó mantienen un conflicto perenne, como en los temperamentos

que llevan dentro de sí mismos la contradicción y la lucha; otros, incoherentes, disueltos, descaracterizados por un anárquico individualismo que es como la dispersión de su personalidad; otros que no la tienen propia y viven de la ajena, en la condición del sonámbulo, bajo el influjo de la admiración ó del miedo; otros que, extáticos en la contemplación de su pasado, parecen fuera de la realidad de la vida, como el que logra revivir con su personalidad de otro tiempo merced á la fascinada atención de la memoria; otros que, en su entusiasmo, furor ó desconcierto, remedan la alteración personal de la embriaguez; otros, fáciles para modificar su personalidad mediante su desenvolvimiento progresivo; otros, propensos á inmovilizarla en la costumbre; otros, en fin, cuyo carácter sufre profunda desviación desde cierto punto de su historia, como quien volviendo de una honda crisis moral, tórnase en todo distinto de lo que era?...

CLV

Si á la continuidad de las generaciones se une la persistencia de cierto tipo hereditario, no ya en lo físico, sino también en lo espiritual, y una suprema idea dentro de la que pueda enlazarse,

en definitiva, la actividad de aquellas sucesivas generaciones, el pueblo tiene una personalidad constante y firme. Esta personalidad es su arca santa, su paladión, su fuerza y tesoro; es mucho más que el suelo donde está asentada la patria. Es lo que le hace único y necesario al orden del mundo: su originalidad, dádiva de la Naturaleza, que no puede traspasarse á otro ni recobrarse si una vez se ha perdido, á no ser abismándose en la profundidad interior donde está oculta. Porque toda alma nacional es una agrupación de elementos ordenada según un ritmo que ni tiene precedentes en lo creado, ni se reproducirá jamás, una vez roto aquel inefable consorcio.

Mantener esta personalidad es la epopeya ideal de los pueblos. Veces hay en que el carácter colectivo se eclipsa y desaparece, no disuelto por la absorción de la raza en otra más populosa ó más enérgica, sino replegado sólo bajo una personalidad de imitación y artificio. Como suele suceder en los hombres, la verdad de la Naturaleza cede entonces sus fueros á un amaneramiento que arraiga, más ó menos someramente, en la costumbre. Tal, por ejemplo, cuando la civilización descolorida y uniforme del siglo XVIII, extendiéndose desde la corte de Francia, ahoga la originalidad, el genio tradicional de cada pueblo; y así en usos y leyes como en Literatura, sustituye un modelo de convención

al espontáneo palpitar de la vida; hasta que despiertan aquellas *voces de las naciones* que oyó Herder, y la savia estancada vuelve á subir por el árbol de cada terruño, y en todas partes el corazón y la fantasía buscan el materno calor de la memoria.

Otras veces, aún no existe personalidad, como en el temperamento del niño, maraña de tendencias anárquicas; y un gran impulso de proselitismo y pasión, que representa lo que la crisis de la pubertad en los pueblos, levanta y fija para siempre la forma personal que no existía; como cuando á la voz del Profeta las tribus nómadas de Arabia se alzan de súbito á la dignidad de la Historia; ó cuando la palabra de Lutero llega á países, aún sin alma, del Septentrión, y los sacude é inflama, y hace que su alma se anuncie, y que estampen su sello en la corteza de la tierra.

CLVI

Pero sin abdicar de esa unidad personal; sin romper las aras del numen que se llama *genio* de la raza, los pueblos que realmente *viven*, cambian de amor, de pensamiento, de tarea; varían el rito de aquel culto; luchan con su pasado,

para apartarse de él, no al modo como el humo fugaz, ó la hoja y la pluma, más livianas que el viento, se apartan de la tierra, sino más bien á la manera que el árbol se aparta de su raíz, en tanto que crece y va como concibiendo y bosquejando la idea de la fronda florida que ha de ser su obra y su cúspide.

No siempre, para juzgar si será posible en cierto sentido ó dirección este desenvolvimiento, ha de darse paso á la duda porque apariencias del pasado finjan una fatalidad ineluctable y enemiga. No siempre el fondo de disposiciones y aptitudes de un pueblo debe considerarse limitado por la realidad aparente de su historia. Nuevas capacidades pueden suscitarse mientras la vida dura y se renueva, unas veces creándolas por sugestión y ejemplo de otros, y fundiéndolas en lo íntimo á favor de un fuego de heroísmo y pasión que encienda el alma y la disponga para operar en ella; otras veces, evocándolas de misterioso fondo ancestral, donde duermen y esperan, como la aurora en el fondo de las sombras; porque también en el alma de los pueblos hay de esas reservas ignoradas de facultades, de vocaciones, de aptitudes, que aún no se manifestaron en acto, ó que, no bien manifiestas, se soterraron, y tienden lenta y calladamente al porvenir, por la oculta transmisión de la herencia. De este modo el genio poético y contemplativo del sajón surge otra vez en la

Inglaterra del Renacimiento, después de ahogado bajo el férreo pie del normando conquistador.

Cambian los pueblos mientras viven; mudan, si no de ideal definitivo, de finalidad inmediata; pruébanse en lides nuevas; y estos cambios no amenguan el sello original, razón de su sér, cuando sólo significan una modificación del *ritmo* ó estructura de su personalidad por elementos de su propia substancia que se combinan de otro modo, ó que por primera vez se hacen conscientes; ó bien cuando, tomado de afuera, lo nuevo no queda como costra liviana que ha de soltarse al soplo del aire, sino que ahonda y se concierta con la viva armonía en que todo lo del alma ordena su impulso.

Gran cosa es que esta transformación, subordinada á la unidad y persistencia de una norma interior, se verifique con el compás y ritmo del tiempo; pero lo mismo que pasa en cada uno de nosotros, nunca ese orden es tal que vuelva inútiles los tránsitos violentos y los bruscos escapes del tedio y la pasión. Cuando el tiempo es remiso en el cumplimiento de su obra; cuando la inercia de lo pasado detuvo al alma largamente en la incertidumbre ó el sueño, fuerza es que un arranque impetuoso rescate el término perdido, y que se alce y centellee en los aires el hacha capaz de abatir en un momento lo que erigieron luengos años. Esta es la heroica eficacia de la revolución bélica, enviada de Proteo á

la casa de los indolentes y al encierro de los oprimidos.

....

CLVII

El invierno, viejo, fuerte, se acerca. Su impetuoso resuello llega en ráfagas largas al ambiente de esta tarde de otoño, y roba á todo lo que hay de movible en el paisaje, su quietud ó la suave ondulación con que se adormecía. Ahora se inquieta, como malcontento de su lugar, cuanto es capaz de movimiento; las ramas, sacudidas desde su raíz; las aspas del molino, que se persiguen entre sí con furia vana; la cadena del pozo; las ropas tendidas á secar en el cercado vecino; el polvo yacente, que se levanta en gruesas nubes. Por el cielo vagan esos blancos vellones que el viento suele agitar, como enseña, en sus combates. El balcón de la casa de enfrente no se ha abierto. Tras sus cristales asoma una cara dulce y pensativa, más pálida que de costumbre. En cambio, de esa otra cara, casi infantil, que, junto á la enorme y bondadosa de la vaca, veo pasar todas las tardes, el soplo recio hace brotar dos frescas rosas.

Sentado á la ventana, empleo mi ocio en la

contemplación. Mientras en mi chimenea se abre un ojo de cíclope que desde hace tiempo permanecía velado por su párpado negro, y junto á mí mi galgo ofrece sus orejas frías y sedosas á las caricias de su amo, se fija mi atención en una muda sinfonía: la de las hojas, que desprendidas, en bandadas sin orden, de los árboles que van dejando desnudos, pueblan el suelo y el aire, á la merced del viento. Me intereso, como en una ficción sentimental, en sus aciagas aventuras. Ora se alzan y van en vuelo loco; ora, más al abrigo, ruedan solitarias, breve trecho, y quedan un momento inmóviles, antes de trazar lánguidamente otro surco; ora se acumulan y aprietan como medrosas ó ateridas; ya se despedazan y entregan en suicidio á la ráfaga, deshechas en liviano polvo; ya giran sin compás al rededor de sí mismas, como poseídas danzantes... Su suerte varia es pasto de mi fantasía, cosquilleo de mi corazón. Me parecen en ocasiones los despojos volantes de un sacrificio de papeles viejos, con los que se avientan cartas de amores idos y vanidades de la imaginación, obras que no pasaron de su larva. Las imagino después el oropel de una corona destrozada de cómico. Se me figuran otras veces manos exangües y amarillas; manos de moribundo, que buscan vanamente tañer, en una lira que no encuentran, una melodía triste que saben... Caen, caen sin tregua, las hojas; y el alma del paisaje én-

trase, en tanto, por las puertas del sentido, al ambiente de mi mundo interior. Me reconcentro, sin dejar de atender á las aladas moribundas. Comienza á cantar dentro de mí esa elegía marchita que, en el *pathos* romántico, hay para la caída y el murmullo de las hojas secas. Abandono, voluptuosidad de melancolía; complacencia en lo amargo fino y suave...

¿Dónde está ahora, respecto de mí mismo, el objeto de mi contemplación? ¿Adentro? ¿Afuera?... Caen, caen sin tregua las hojas, y por un instante siento que su tristeza de muerte se comunica á todo lo visible, y sube al cielo y le entristece también, y alcanza hasta la línea lejana en que una niebla tenue empieza á tejer su veste de lino. Pero luego, muy luego, la expresión mortal que se había extendido en el paisaje como sombra de nube se concreta y fija nuevamente en las hojas, que son las que de veras se van y perecen, y que no volverán nunca á su árbol... En lo demás queda sólo una esfumada aureola de esa tristeza, como dolor que nace de simpatía. Las hojas son lo único que muere. El sentimiento de mi contemplación de otoño no llega á producir en mi alma esa ilusión de sueño en que la apariencia triste y bella cobra el imperio de la realidad y nos persuade casi de la universal agonía de las cosas. *Sé* que este desmayo de la vida no dura. La idea de la resurrección próxima y cierta vela dentro de mí,

como en penumbra ó lontananza, y mantiene mi sentimiento de la escena en la clave de un recogimiento melancólico. No de otra manera sobre el desconcierto de las hojas caídas se yergue la armazón escueta de los árboles, firme y desnuda como la certidumbre, y en el acero claro del aire graba una promesa, simple y breve, de nueva vida.

CLVIII

Este es mi espíritu cuando toca á su término la corriente de las ideas que para pasar á tu espíritu tenía. El alma del paisaje me da el alma de la última página; y como infusa y concentrada en ella, el alma de las otras; y mi alma misma se reconoce en la pintura de la Naturaleza, y por la pintura ve en imagen que el libro es su verbo fiel y tiene su acento. El libro y ella son uno; un libro que se escribe, ó es papel vano, ó es un alma que teje con su propia substancia su capullo. Mientras vuela esta alma mía en el viento que remueve las hojas y conduce las voces de los hombres, mensajero del mundo, lazo que no se pierde, yo quedaré aprestándome otra alma, como el árbol otro follaje y otra cosecha la tierra de labor; porque quien no cambia de

alma con los pasos del tiempo, es árbol agostado, campo baldío. Criaré alma nueva en recogimiento y silencio, como está el pájaro en la muda; y si llegada á sazón, la juzgo buena para repartirla á los otros, sabrás entonces cuál es mi nuevo sentir, cuál es mi nueva *verdad*, cuál es mi nueva palabra.

FIN DE LA OBRA

ÌNDICE

Páginas.

LXXX. Quien no avanza, retrocede. El cambio ha de armonizarse con el orden. La inquietud del febricitante.—LXXXI. Vulgar facilidad para el cambio por deficiencia de personalidad.—LXXXII. Ejemplo típico de renovación personal. El espíritu de Goethe.—LXXXIII. El *dilettantismo*. Complejidad del alma contemporánea.—LXXXIV. Diferencia entre el *dilettantismo* y la renovación positiva de la personalidad.—LXXXV. Renovación falaz y artificiosa. Alcibíades.—LXXXVI. Los viajes como instrumento de renovación. Aureola ó penumbra de nuestro «yo».—LXXXVII. La emancipación personal y la soledad. El monje Teótimo.—LXXXVIII. La soledad y la permanencia en la patria.—LXXXIX. Los viajes y nuestra capacidad de simpatía.—XC. La nostalgia: elementos que entran en ella.—XCI. El viajero de vocación es un alma opuesta al asceta y el estoico. El *vagabondaggio*.—XCII. Los viajeros del

Páginas.

Renacimiento. El *caminante:* Paracelso. El viajero de vocación es siempre el *caminante.*—XCIII. Viajeros que, á su vuelta, magnetizan una sociedad. Contrarias formas de esta influencia.—XCIV. Los viajes en la educación del artista.—XCV. Naturaleza y arte: Italia. Milton; Goethe.—XCVI. Inconfundible sello de los viajes en la obra artística.—XCVII. Los viajes en la revelación y el desenvolvimiento de las vocaciones científicas. Montesquieu; Stuart Mill... 7 á 61

XCVIII. Almas simples é inmutables: una sola idea; un solo impulso de pasión. Sublimidad posible de estos caracteres.—XCIX. Cabe también en ellos cierto género de gracia. La manzana de Safo.—C. Dos distintas especies de almas entusiastas. Los seis peregrinos.—CI. Necesidad de un principio director en el espíritu de cada uno de nosotros. Este principio puede ser inconsciente.—CII. La influencia del techo. De cómo un principio director influye en todo lo del alma, sin necesidad de quedar solitario y único.—CIII. El enamorado y la omnipresencia de su pasión.—CIV. Una vocación suscita otras. Asociación ó subordinación de vocaciones. Casos en que coexisten sin asociarse.—CV. Vocaciones de Arte y Ciencia que se subordinan á la vida de acción. Diferentes vocaciones activas que se auxilian y complementan entre sí. Fecundidad de la unión de dos elementos contradictorios en una vocación comple-

Páginas.

ja.—CVI. Vocaciones activas subordinadas á las de la Ciencia y el Arte.—CVII. Subordinación de una vocación artística á otra científica, y de una científica á otra artística. Asociación de diferentes vocaciones artísticas entre sí. Vocación de un arte interpretativa unida á la de la correspondiente arte creadora. Auxilios que se prestan la aptitud de producir y el entendimiento crítico.—CVIII. Asociaciones permanentes entre las diferentes aptitudes científicas. Asociaciones puramente históricas ó accidentales. La ciencia teórica y la facultad de su aplicación utilitaria. La facultad de enseñar, etc.—CIX. Coexistencia de una vocación verdadera y otra falsa.—CX. Otro punto de vista en la coexistencia y asociación de vocaciones..... 61 á 131

CXI. Virtud disciplinaria de toda potencia ideal que nos gobierna.—CXII. La disciplina del amor y la calidad del objeto en que el amor se cifra.—CXIII. De cómo una potencia ideal evita la pérdida de infinitas minuciosidades de nuestra actividad interna.—CXIV. Hylas.—CXV. Convicción, fe. La tolerancia y cómo ha de entendérsela.—CXVI. Toda fe ó convicción ha de ser modificable y perfectible. La sinceridad consigo mismo.—CXVII. No es la convicción más honda la más igual y tranquila.—CXVIII. Las petrificaciones orgánicas. Fe petrificada. Los que *creen que creen*.—CXIX. Empezar por la simulación y acabar

Páginas.

por la sinceridad.—CXX. Posible autosugestión en el apóstol. Una anécdota de Rousseau.—CXXI. Proposición de un soliloquio fecundo. ¡Ayúdate de la soledad y del silencio!...—CXXII. «Jubileo» que debería existir.—CXXIII. No hay convicción tal que puedas dejar de trabajar sobre ella.—CXXIV. Una convicción bien adquirida es trabajo acumulado.—CXXV. Voces que se oponen á la emancipación de una conciencia. Primera voz: la del orgullo.—CXXVI. Segunda voz: «¡Apóstata, traidor!»—CXXVII. La despedida de Gorgias.—CXXVIII. «Aún tendría otras cosas que deciros, mas no podríais llevarlas.»—CXXIX. La idea que se organiza en escuela ó partido, pierde fatalmente parte de su esencia. Nombres que engendran odio.—CXXX. Inconsecuencia aparente y perseverancia esencial.—CXXXI. Apostasía con disfraz de constancia.—CXXXII. Los amigos de Pirron.—CXXXIII. Tercera voz: ternura y gratitud. Cómo un primer amor puede vivir al través de los que le suceden.—CXXXIV. Vestigio inmortal que deja de su paso toda fe sincera.—CXXXV. Cuarta voz: temor á la soledad y el desamparo. Los tres cuervos del descubrimiento de Islandia.—CXXXVI. En el fuerte, la duda no es desconcierto ni ocio. La duda laboriosa es, como la fe, principio de disciplina.—CXXXVII. La idea, para ser eficaz, ha de acompañarse del sentimiento. El guijarro y el árbol.—CXXXVIII. Conversiones livianas. La

Páginas.

imaginación y la sensibilidad en la conversión.—CXXXIX. La idea puede suscitar el sentimiento. Contradicciones íntimas. Toda pasión humana lleva en sí misma el germen de su disolución.—CXL. Lucrecia y el mago.—CXLI. Ante los muros de la cárcel. El criminal heroico. Fatalidad de un momento. El epiléptico en la tumba.—CXLII. Tentaciones regresivas en la conversión incipiente.—CXLIII. Un amplio dón de expresión como incentivo de falsos cambios de ideas.—CXLIV. La apostasía venal.—CXLV. La pasión de peregrino. Apostasía por codicia de fama. La *falsa fuerza,* la *falsa originalidad.*—CXLVI. Paradoja sobre la originalidad.—CXLVII. Versatilidad que remata en convicción firme y segura..... ..... 132 á 232

CXLVIII. La vida es arte supremo.—CXLIX. El primer instrumento de la regeneración es la esperanza de alcanzarla.—CL. La esperanza, como luz; la voluntad, como fuerza. Omnipotencia de la voluntad.—CLI. La pampa de granito.—CLII. Sentido de esa parábola.—CLIII. La voluntad colectiva. Un milagro del mapa.—CLIV. La personalidad en los pueblos.—CLV. El genio nacional.—CLVI. Cambiar sin descaracterizarse.—CLVII. Cuadro de otoño.—CLVIII. Final..... 232 á 260

EDITORIAL - AMÉRICA

BIBLIOTECA AYACUCHO

(HISTORIA DE AMÉRICA)

I—II. Memorias de O'Leary: Bolívar y la emancipación de Sur-América.—7,50 pesetas.

III. Memorias de O'Connor: Independencia Americana.—5,00 pesetas.

IV. Memorias del General José Antonio Páez: Autobiografía.—7,50 pesetas.

V. Memorias de un Capitán del Ejército Español, por el Capitán Rafael Sevilla. 5 pesetas.

VI-VII. Memorias del General García Camba. Para escribir la historia de las armas españolas en el Perú.—7,50 pesetas.

VIII. Memorias de un oficial de la Legión británica: Campañas y Cruceros.—4 pesetas.

IX. Memorias del General O'Leary: Ultimos años de la vida pública de Bolívar.—7,50 pesetas.

X. María Graham.—Diario de su residencia en Chile (1822) y de su viaje al Brasil (1823).—Trata de San Martín. Cochrane.—O'Higgins.—7,50 pesetas.

XI. Memorias del Regente Heredia.—Monteverde. Bolívar.—Boves. Morillo. 4,50 pesetas.

XII. Memorias del general Rafael Urdaneta. — 7,50 pesetas.

XIII. Memorias de Lord Cochrane.—6 pesetas.

XIV. Memorias de Urquinaona.—7 pesetas.

XV. Memorias de William Bennet Stevenson.— 5,50 pesetas.

XVI. Memorias póstumas del general José María Paz.—8 pesetas.

XVII. Memorias de Fray Servando Teresa de Mier. 8 pesetas.

XVIII. La creación de Bolivia, por Sabino Pinilla. 7,50 pesetas.

XIX. La Dictadura de O'Higgins, por M. L. Amunátegui y B. Vicuña.—7,50 pesetas.

XX. Cuadros de la Historia militar y civil de Venezuela. (Desde el descubrimiento y conquista de Guayana hasta la batalla de Carabobo), por Lino Duarte Level.—8 pesetas.

De venta en todas las buenas librerías de España y América.

BIBLIOTECA DE AUTORES VARIOS

(ESPAÑOLES Y AMERICANOS)

SE HAN PUBLICADO:

I.—OFRENDA DE ESPAÑA Á RUBÉN DARÍO, por Valle-Inclán, Unamuno, Antonio Machado, Cávia, Pérez de Ayala, Díez-Canedo, González Olmedilla, Cansinos-Assens, etc, etc.

Precio: 3,50 pesetas.

II.—ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO: *Escritores representativos de América.*—**(Rodó. Blanco-Fombona. Carlos A. Torres. Carlos O. Bunge. J. Santos Chocano.)**

Precio: 4,50 pesetas.

III.—RAFAEL ALTAMIRA: *España y el programa americanista.*

Precio: 3,50 pesetas.

IV.—POESÍAS INÉDITAS de Herrera el divino, Quevedo, Lope de Vega, Argensola (Lupercio), Góngora, Marqués de Ureña y Samaniego, María Gertrudis Hore, Álvaro Cubillo de Aragón, Juan de Matos Fragoso, Cristóbal del Castillejo, Luis Gálvez de Montalvo, Zaida (poetisa morisca), Tirso de Molina, Baltasar de Alcázar.

BIBLIOTECA DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

Obras de los más ilustres publicistas americanos.

SE HAN PUBLICADO:

I.—ORESTES FERRARA: *La guerra europea.*
Profesor de Derecho público en la Universidad de la Habana.
Causas y pretextos.
Precio: 3,50 pesetas.

II.—ALEJANDRO ALVAREZ: *La diplomacia de Chile durante la emancipación y la sociedad internacional americana.*—Precio: 3,50 ptas.
Consultor del ministerio (chileno) de Relaciones Exteriores.

III.— JULIO C. SALAS: *Etnología é Historia de Tierra-Firme. (Venezuela y Colombia).*—4 pesetas.
Profesor de Sociología en la Universidad de Mérida (Venezuela).

IV.—CARLOS PEREYRA: *El Mito de Monroe.*—Precio: 4,50 ptas.
Antiguo profesor de Sociología en la Universidad de México y Miembro del tribunal permanente de Arbitraje, de La Haya.

V.—JOSÉ DE LA VEGA: *La Federación en Colombia.*
Miembro del Centro de Historia, de Cartagena (Colombia.)
Precio: 3,50 pesetas.

VI.—M. DE OLIVEIRA LIMA: *La evolución histórica de la América Latina.* Precio: 3,50 pesetas.
De la Academia brasilera.

VII.—ANGEL CÉSAR RIVAS: *Ensayos de historia política y diplomática.* Precio: 4 pesetas.
De la Academia de la Historia, de Venezuela.

VIII.—JOSÉ GIL FORTOUL: *El hombre y la historia. (Ensayo de Sociología venezolana).*—Precio. 3 ptas.
De la Academia de la Historia, de Venezuela.

IX.—JOSÉ M. RAMOS MEJÍA: *Rosas y el Doctor Francia.*
Presidente del Consejo Nacional de Educación en la República Argentina.
(Estudios psiquiátricos.)
Precio: 3,50 pesetas

X.—Pedro M. Arcaya: *Estudios de sociología venezolana.*
Miembro de la Academia de la Historia, de Venezuela, y Ministro de Relaciones Interiores.
Precio: 4 pesetas.

XI-XII.— J. D. Monsalve: *El ideal político del Libertador Simón Bolívar.*
Miembro de número de la Academia de la Historia, de Colombia.
Dos gruesos vols. á 4,75 cada uno.

XIII.—Fernando Ortíz: *Los negros brujos. (Apuntes para un estudio de Etnología criminal.)*
Profesor de Derecho público en la Universidad de la Habana.
Precio: 4,50 pesetas.

XIV—José Nicolás Matienzo.—*El Gobierno representativo federal en la República Argentina.*
Profesor en las Universidades de Buenos Aires y la Plata.
Precio: 5 pesetas.

XV.—Eugenio María de Hostos: *Moral Social.*
Profesor de Sociología en la República Dominicana y de Derecho Constitucional en la Universidad de Santiago de Chile.
Precio: 4 pesetas.

XVI-XVII.—J. V. Lastarria: *La América.*
Enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Chile en las repúblicas del Plata y en Brasil, etc.
Precio: 8 pesetas los dos volúmenes.

XVIII.—Cecilio Acosta: *Estudios de Derecho internacional.*
Miembro de la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras, de Caracas.
Precio: 3,50 pesetas.

XIX.—William R. Shepherd: *La América Latina.*
Profesor de Historia en la Universidad de Columbia (E. U.)
Traducción directa del inglés, por R. Blanco-Fombona.
Precio: 3,50 pesetas.

XX.—Emilio Rabasa: *La organización política de México. (La Constitución y la Dictadura.)*
Exsenador del Congreso Federal de México.
Precio: 4,50 pesetas.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

Obras publicadas (á 3,50 ptas. tomo).

I.—M. Gutiérrez Nájera: *Sus mejores poesías.*
II.—M. Díaz Rodríguez: *Sangre patricia.* (Novela) y *Cuentos de color.*
III.—José Martí: *Los Estados Unidos.*
IV.—J. E. Rodó: *Cinco ensayos.*
V.—F. García Godoy: *La literatura americana de nuestros días.*
VI.—Nicolás Heredia: *La sensibilidad en la poesía castellana.*
VII.—M. González Prada: *Páginas libres.*
VIII.—Tulio M. Cestero: *Hombres y piedras.*
IX.—Andrés Bello: *Historia de las Literaturas de Grecia y Roma.*
X.—Domingo F. Sarmiento: *Facundo.* (Civilización y barbarie en la República Argentina.)
XI.—R. Blanco-Fombona: *El Hombre de Oro* (Novela).
XII.—Rubén Darío: *Sus mejores Cuentos y sus mejores Cantos.*
XIII.—Carlos Arturo Torres: *Los Idolos del Foro.* (Ensayo sobre las supersticiones políticas.)
XIV.—Pedro-Emilio Coll: *El Castillo de Elsinor.*
XV.—Julián del Casal: *Sus mejores poemas.*
XVI.—Armando Donoso: *La sombra de Goethe.*—4 pesetas.
XVII.—Alberto Ghiraldo: *Triunfos nuevos.*
XVIII.—Gonzalo Zaldumbide: *La evolución de Gabriel d'Annunzio.*
XIX.—José Rafael Pocaterra: *Vidas oscuras.* (Novela.) 4 pesetas.
XX.—Jesús Castellanos: *La Conjura.* (Novela.)
XXI.—Javier de Viana: *Guri y otras novelas.*
XXII.—Jean Paul (Juan Pablo Echagüe): *Teatro argentino.*
XXIII.—R. Blanco-Fombona: *El Hombre de Hierro.* (Novela.)
XXIV.—Luis María Jordán: *Los Atormentados.* (Novela.)
XXV.—Carlos Arturo Torres: *Estudios de crítica moderna.*—4 pesetas.
XXVI.—Salvador Díaz Mirón: *Lascas.* Precio: 2,75 pts.
XXVII.—Carlos Pereyra: *Bolívar y Washington.*—4,50 pesetas.
XXVIII.—Rafael M. Merchán: *Estudios Críticos.*
XXIX-XXX.—Bernardo G. Barros: *La caricatura contemporánea.*
XXXI-XXXII—José Enrique Rodó: *Motivos de Proteo.*
XXXIII.—Manuel Gutiérrez Nájera: *Cuentos de color de humo y Cuentos frágiles.*

Publicaciones de la EDITORIAL-AMÉRICA

BIBLIOTECA DE LA JUVENTUD HISPANO-AMERICANA

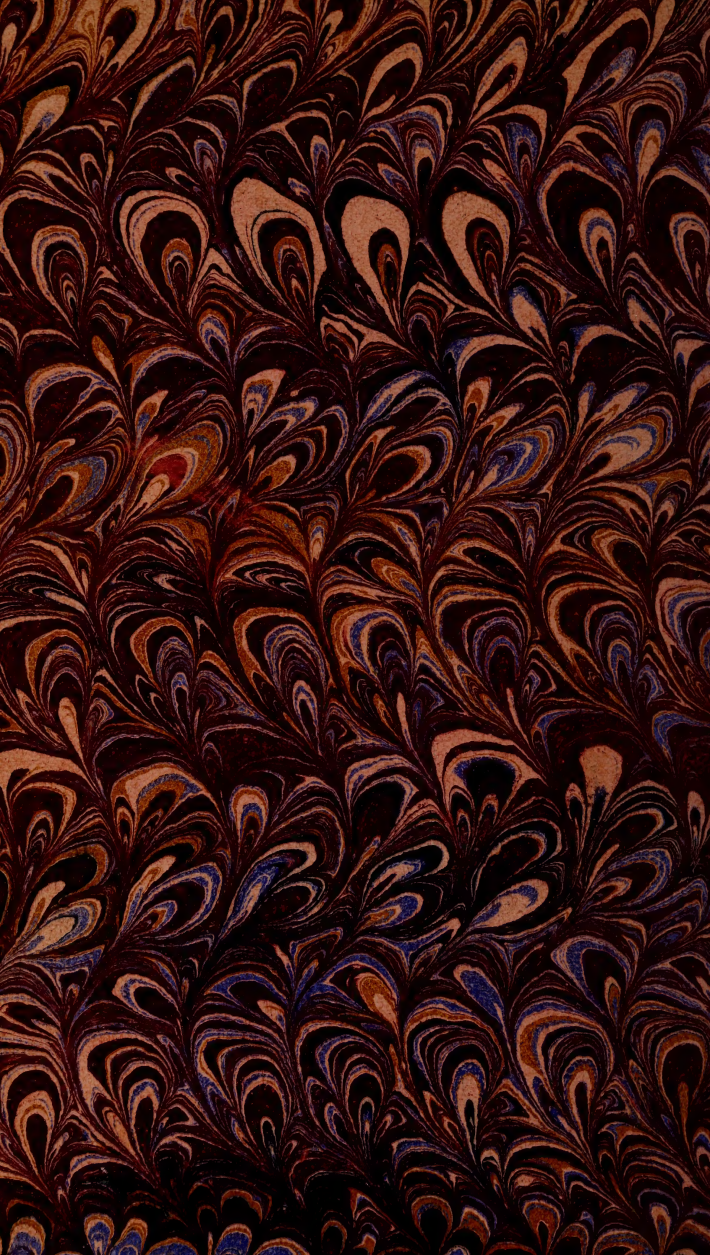
SE HAN PUBLICADO:

I.—*Hernán Cortés y la epopeya del Anáhuac,* por Carlos Pereyra.—3,50 ptas.

II.—*Francisco Pizarro y el tesoro de Atahualpa,* por Carlos Pereyra.—3 ptas.

III.—*Humboldt en América,* por Carlos Pereyra.—3,50 ptas.

IV.—*El general Sucre,* por Carlos Pereyra. 3,50 ptas.



UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU

Ls.
R695mo

152415

Author Rodó, José Enrique

Title Motivos de Proteo. Vol.2